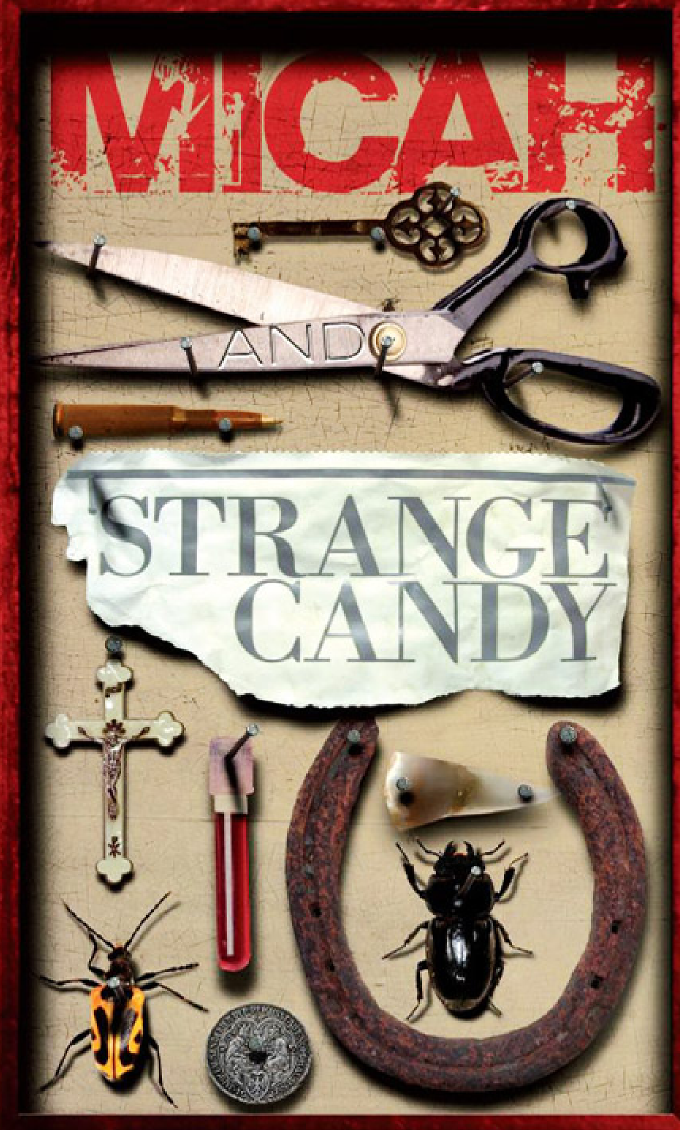
LAURELL K. HAMILTON



AN ALL NEW ANITA BLAKE, VAMPIRE HUNTER NOVEL, AND MORE ORIGINAL TALES IN ONE SPECIAL VOLUME

ePUB

Hay muchas razones para resucitar a los muertos, algunas son privadas, otras públicas. En este caso, los agentes del FBI tienen un testigo que murió antes de que pudiese testificar.

Quieren resucitarlo para tomarle declaración. Así que aquí estoy, en un avión destino Philadelphia, volando para hacer mi trabajo.

Pero no estoy sola. Micah está conmigo. Micah, el líder de la jauría de hombres leopardo de St. Louis. Un rey para mi reina. El único de mis amantes que puede calentar mi sangre con una sola mirada de sus ojos de gato. Estoy feliz de tenerlo a mi lado… Hasta que mencionó que este sería nuestro primer tiempo juntos y a solas. Ningún señor Vampiros. Ningún lobo alfa. Sólo Micah y yo… y todos mis temores y dudas.



Laurell K. Hamilton

Micah and Strange Candy

Anita Blake, cazavampiros-13

ePUB v1.0
fenikz 26.07.13

Título original: *Micah and Strange Candy*

Traducción «NO OFICIAL»

Editor original: fenikz (v1.0)
ePub base v2.1



UNO

Hacía media hora que había amanecido cuando sonó el teléfono. Destrozó el primer sueño de la noche en mil pedazos tanto que ni siquiera podía recordar lo que estaba soñando. Me desperté jadeando y confundida, lo suficientemente dormida como para sentirme peor, pero no descansada.

Nathaniel refunfuñaba a mi lado, murmurando:

—¿Qué hora es?

La voz de Micah llegó desde el otro lado de la cama, su voz baja y gruñona, espesa con el sueño.

—Temprano.

Traté de incorporarme, apretujada entre los dos, donde siempre dormía, pero estaba atrapada. Atrapada en las sábanas con un brazo enredado en el pelo de Nathaniel. Por lo general se lo trenzaba para dormir, pero anoche todos habíamos llegado tarde, incluso para nuestros estándares, y nos recostamos en la cama tan pronto como pudimos.

—Estoy atrapada —dije, tratando de extraer mi mano de su pelo sin lastimarlo o enredarlo aún más. Su pelo era espeso y caía hasta los tobillos, había un montón para hacer un enredo.

—Deja que salte el contestador —dijo Micah. Se había levantado sobre los codos lo suficiente para ver el reloj—. Hemos tenido menos de una hora de sueño. —Su pelo era una masa de rizos despeinados alrededor de su cara y hombros. Su rostro era tenue en la oscuridad de las opacas cortinas.

Finalmente conseguí liberar mi mano del pelo tibio y con olor a vainilla de Nathaniel. Me tendí de costado, apoyada en el codo, esperando a que el contestador saltara y nos dejara saber si era la policía para mí o la línea directa de la Coalición de Peludos para Micah. Nathaniel, como stripper, no recibía muchas llamadas de emergencia. Menos mal, no estaba segura de querer saber lo que sería una llamada de emergencia para un stripper. Las ideas que me podía imaginar al respecto eran tontas o nefastas. Diez timbres y finalmente el contestador se puso en marcha. Micah habló sobre el sonido de su propia voz en el mensaje del contestador.

—¿Quién puso el contestador de la segunda línea telefónica a diez timbres?

—Yo —dijo Nathaniel—. Parecía una buena idea cuando lo hice.

Nos habíamos puesto una segunda línea telefónica, porque Micah era la ayuda principal de una línea directa a la que los nuevos cambiaformas podían llamar y obtener asesoramiento o rescate. Ya sabes, «estoy en un bar y estoy a punto de perder el control, venid a buscarme antes de transformarme en público». Técnicamente no era ilegal ser un cambiaformas, pero los nuevos a veces perdían el control y se comían a alguien antes de llegar a controlarse. Probablemente serían tiroteados por la policía local antes de poder ser acusados de asesinato. Si la policía tenía balas de plata. Si no… podría ser algo muy, muy malo.

Micah entendía los problemas de los peludos, porque era el Nimir-Raj local, su rey leopardo.

Hubo un momento de respiración en el mensaje, demasiado rápido, frenético. El sonido me hizo sentarme en la cama, dejando que las sábanas se enrollaran en mi regazo.

—Anita, Anita, soy Larry. ¿Estás ahí? —Parecía asustado.

Nathaniel cogió el auricular antes que yo, pero dijo:

—Oye, Larry, ella está aquí. —Me entregó el auricular con el rostro preocupado.

Larry Kirkland, compañero federal, reanimador y verdugo de vampiros, no entraba en pánico fácilmente. Había crecido, o envejecido, desde que había empezado a trabajar conmigo.

—Larry, ¿ocurre algo malo?

—Anita, gracias a Dios. —Su voz tenía un alivio mayor de lo que jamás quería haber oído en la voz de nadie. Eso significaba que esperaba que yo hiciera algo importante por él. Algo que suponía una presión terrible o un problema en sus manos.

—¿Qué pasa, Larry? —pregunté, y no pude mantener la preocupación fuera de mi propia voz.

Tragó saliva suficientemente fuerte como para que pudiese escucharlo.

—Estoy bien, pero Tammy no.

Me aferré al auricular. Su esposa era la detective Tammy Reynolds, miembro de la Brigada Regional de Investigación Sobrenatural. Mi primer pensamiento fue que había sido herida en acto de servicio.

—¿Qué pasó con Tammy?

Micah se apoyó contra mí. Nathaniel se había puesto muy silenciosamente a mi lado. Habíamos estado todos en su boda. Mierda, yo había estado en el altar al lado de Larry.

—El bebé. Anita, está de parto.

Debería haberme hecho sentir mejor, pero no lo hizo, no mucho.

—Sólo está de cinco meses de embarazo, Larry.

—Lo sé, lo sé. Están tratando de detener el parto, pero no saben… —No terminó la frase.

Tammy y Larry habían estado saliendo durante un tiempo cuando Tammy se quedó embarazada. Se habían casado cuando ella estaba de cuatro meses de embarazo. Ahora el bebé que había hecho tanto cambiar todos sus planes podría no llegar a nacer. O al menos no sobrevivir. Mierda.

—Larry, estoy… Jesús, Larry, lo siento mucho. Dime qué puedo hacer para ayudar. —No podía pensar en nada, pero haría cualquier cosa que me pidiera. Era mi amigo, y había tanta angustia en su voz. Nunca había dominado esa voz vacía de policía.

—Tengo que presentarme en un vuelo a las 8 a.m. para levantar a un testigo para el FBI.

—El testigo federal que murió antes de poder declarar —dije.

—Sí —dijo Larry—. Necesitan que el reanimador que le traiga de

vuelta sea uno de nosotros, ya que también somos agentes federales. El que yo fuera un agente federal fue una de las razones por las que el juez accedió a permitir el testimonio del zombi.

—Me acuerdo —dije, pero no estaba feliz. No iba a negarme o acobardarme, no con Tammy en el hospital, pero odiaba volar. No, tenía miedo a volar. Maldita sea.

—Sé lo mucho que odias volar —dijo.

Eso me hizo sonreír, que él estuviera tratando de hacerme sentir mejor cuando su vida estaba a punto de romperse.

—Está bien, Larry. Voy a ver si el vuelo tiene algunos asientos vacíos. Si no, voy a conseguir un vuelo más tarde, pero iré.

—Todos mis archivos sobre el caso están en Animators, Inc. Había parado en la oficina para cogerlos y cargar el maletín cuando Tammy llamó. Creo que mi maletín está en el suelo de nuestra oficina. Tengo todos los ficheros dentro. El agente responsable es… —Y vaciló—. No puedo acordarme. Oh, demonios, Anita, no puedo acordarme. —Estaba siendo presa del pánico de nuevo.

—Está bien, Larry. Lo voy a encontrar. Llamaré a los federales y les diré que ha habido un cambio de personal.

—Bert va a estar molesto —dijo Larry—. Tus tarifas son casi cuatro veces las mías por el levantamiento de un zombi.

—No podemos cambiar el precio a mitad del contrato —dije.

—No, —y casi se echó a reír—, pero Bert va a estar molesto de que ni siquiera lo intentemos.

Me reí, porque tenía razón. Bert había sido nuestro jefe, pero había sido reducido a gerente del negocio, porque todos los reanimadores de Animadores, Inc., nos habíamos reunido y organizado un golpe de estado. Le habíamos ofrecido ser gerente de negocios o nada. Lo aceptó cuando se dio cuenta de que sus ingresos no se verían afectados.

—Voy a buscar los archivos de la oficina. Voy a buscar un vuelo. Voy a estar allí. Tú sólo cuida de ti mismo y de Tammy.

—Gracias, Anita. No sé lo que yo… me tengo que ir… el médico está aquí. —Y se marchó.

Le pasé el teléfono a Nathaniel, quien lo colocó con cuidado en la base.

—¿Es muy grave? —dijo Micah.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. No creo que Larry lo sepa, no en realidad. —Empecé a

arrastrarme fuera de las mantas y del nido de calidez que sus cuerpos hacían.

—¿Adónde vas? —preguntó Micah.

—Tengo un vuelo que programar y unos archivos que encontrar.

—¿Estás pensando en salir de la ciudad en un avión tú sola? —preguntó Micah. Estaba sentado con las rodillas dobladas sobre el pecho, los brazos rodeándolas.

Le devolví la mirada desde el pie de la cama.

—Sí.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana o pasado.

—Entonces hay que reservar al menos dos asientos en el avión.

Me llevó un momento comprender lo que quería decir. Yo levantaba muertos y era verdugo legal de vampiros. Eso es lo que la policía sabía a ciencia cierta. Era un agente federal, porque todos los verdugos de vampiros que podían pasar la prueba de armas de fuego habían sido «adquiridos» para tener más poder y estar mejor regulados. O esa era la idea. Pero también era el sirviente humano de Jean-Claude, el vampiro maestro de St. Louis. A través de vínculos con Jean-Claude había heredado algunas capacidades. Una de esas habilidades era el *ardeur*. Era como si el sexo fuese alimento, y si no comía lo suficiente enfermaba.

Eso no era tan malo, pero también podría lastimar a alguien con quien estuviera metafísicamente atada. No sólo causarles dolor, sino, potencialmente drenarles la vida. O el *ardeur* podría simplemente optar por alguien al azar para alimentarse. Lo que significaba que el *ardeur* se levantaba y elegía una víctima. No siempre tenía muchas opciones sobre la elección. Puaj.

Por lo tanto, me alimento de mi novio y de algunos amigos. No me podía alimentar de la misma persona todo el tiempo, porque, accidentalmente, podría amarlo hasta la muerte. Jean-Claude también soportaba el *ardeur* y había tenido que alimentarlo durante siglos, pero mi versión era un poco diferente de la suya, o tal vez no era tan buena controlándolo todavía. Estaba trabajando en ello, pero mi control no era perfecto, y sería algo realmente malo perder el control en un avión lleno de extraños. O en una camioneta llena de agentes federales.

—¿Qué voy a hacer? —pregunté—. No puedo llevar a mi novio en un caso federal.

—No vas como un agente federal, en realidad no —dijo Micah—. Son tus habilidades de reanimadora las que quieren, así que dirás que soy tu ayudante. Ellos no saben nada.

—¿Por qué tienes que ir tú? —preguntó Nathaniel. Se recostó sobre las almohadas, las sábanas apenas cubrían su desnudez.

—Porque se alimentó de ti la última vez —dijo Micah. Él se movió lo suficiente como para tocar el hombro de Nathaniel—. Puedo alimentarla con más frecuencia que tú sin desmayarme o enfermar.

—Porque eres el Nimir-Raj y yo sólo soy un hombre leopardo corriente. —Hubo un momento de mal humor en su voz, y luego suspiró—. No pretendo ser un problema, pero nunca he estado aquí con vosotros dos fuera.

Micah y yo nos miramos el uno al otro y tuvimos uno de esos momentos. Habíamos estado viviendo todos juntos durante unos seis meses. Pero él y Nathaniel se habían mudado al mismo tiempo. Yo nunca había salido con ninguno de los dos a solas, en realidad no. Quiero decir que había salido con ellos de forma individual, y el sexo no siempre era una actividad de grupo, pero los arreglos para dormir sí lo eran.

Micah y yo teníamos una cierta necesidad de tiempo personal, tiempo para nosotros solos, pero Nathaniel no. A él no le gustaba mucho estar solo.

—¿Quieres quedarte con Jean-Claude mientras estemos fuera? —pregunté.

—¿Me querrá allí si no estás? —preguntó Nathaniel.

Yo sabía lo que quería decir, pero…

—A Jean-Claude le gustas.

—No le importará —dijo Micah—, y a Asher no le importará en absoluto.

Había algo en la forma en que dijo eso último que me hizo mirarlo. Asher era el segundo de Jean-Claude al mando. Habían sido amigos, enemigos, amantes, enemigos, y habían compartido una mujer que ambos amaron durante algunas décadas de felicidad en siglos de infelicidad.

—¿Por qué lo dices así? —pregunté.

—A Asher le gustan los hombres más que a Jean-Claude —dijo Micah.

Le fruncí el ceño.

—¿Estás diciendo que ha intentado conquistaros a ti o a Nathaniel?

Micah se echó a reír.

—No, de hecho Asher es siempre muy, muy cuidadoso a nuestro

alrededor. Teniendo en cuenta que ambos hemos estado desnudos en una cama con Asher, Jean-Claude y contigo más de una vez, yo diría que Asher ha sido un perfecto caballero.

—Entonces, ¿por qué el comentario sobre que a Asher le gustan los hombres más que a Jean-Claude? —pregunté.

—Es la manera en que Asher mira a Nathaniel cuando tú no miras.

Miré al otro hombre en mi cama. Parecía totalmente en casa medio desnudo en mis sábanas.

—¿Asher te molesta?

Negó con la cabeza.

—No.

—¿Has notado que él te mira de la forma en que Micah acaba de decir?

—Sí —dijo Nathaniel, el rostro todavía pacífico.

—¿Y eso no te molesta?

Sonrió.

—Soy stripper, Anita. Hay un montón de gente que me mira de esa manera.

—Pero no duermes desnudo en una cama con ellos.

—No duermo desnudo en una cama con Asher tampoco. Él toma mi sangre, así puede follar contigo. Puede ser sensual, pero no es sobre sexo; es sobre la sangre.

Fruncí el ceño, tratando de pensar a mi manera a través de la maraña en la que se había convertido mi vida amorosa.

—Pero Micah está sugiriendo que Asher te ve como algo más que comida.

—No lo sugiero —dijo Micah—. Estoy diciendo que si Asher creyera que a ti y a Jean-Claude no os iba a molestar, le habría pedido ya a Nathaniel ser más que amigos.

Miré de uno al otro.

—¿Él lo habría hecho?

Ambos asintieron al unísono, como si hubieran practicado.

—¿Y los dos sabíais esto?

Volvieron a asentir.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque tú, o yo, siempre estábamos allí para proteger a Nathaniel —dijo Micah—. Ahora no vamos a estar.

Suspiré.

—Estaré bien —dijo Nathaniel—. Si estoy muy preocupado por mi virtud, me voy a las literas con Jason. —Su sonrisa se amplió aún más.

—¿Qué tiene de gracioso? —pregunté. Sonaba enfadada, porque me había perdido por completo todo el asunto «a Asher le gusta Nathaniel». A veces me sentía lenta, y a veces sentía totalmente que no estaba preparada para hacer frente a los hombres en mi vida.

—La mirada en tu cara, tan preocupada, tan sorprendida. —Saltó de la cama, dejando la sábana detrás de él. Se arrastró hacia mí, desnudo y hermoso. Yo estaba en el extremo de la cama y no tenía adónde ir. Pero vino hacia mí tan rápido que intenté retroceder y terminé cayéndome de la cama. Me senté desnuda en el suelo, tratando de decidir si me quedaba alguna dignidad que salvar.

Nathaniel se inclinó sobre la cama y me sonrió.

—Si te digo que fue muy lindo, ¿te enfadarás conmigo?

—Sí —dije, pero estaba luchando para no sonreír.

Inclinó la parte superior de su cuerpo fuera de la cama, hacia mí.

—Entonces no lo voy a decir —dijo—. Te quiero, Anita. —Se inclinó, pero si nos íbamos a besar tendría que ponerme de rodillas para encontrarle a mitad de camino.

Me moví hacia el beso que me estaba ofreciendo y susurré contra sus labios:

—Yo también te amo.

—Dime a qué ciudad tenemos que volar —dijo Micah desde la cama—, y voy a mirar los vuelos.

Rompí el beso lo suficiente como para murmurar:

—Philadelphia.

Nathaniel se inclinó hacia mí otra vez, una mano agarrando el poste de la cama para mantenerse en su lugar. Los músculos de su brazo flexionados sin esfuerzo mientras usaba la otra mano para apartar el pelo de mi cara.

—Te voy a extrañar.

—Te echaré de menos, también —dije, y me di cuenta lo que había querido decir. Pero podría ser capaz de explicar al FBI un «asistente», no dos. Dos y empezarían a preguntarse quiénes eran y en que me estaban ayudando exactamente. O eso es lo que me dije. Mirando fijamente a los sorprendentes ojos lavanda de Nathaniel, me preguntaba si me importaba lo que el FBI pensara de mí lo suficiente como para dejarlo atrás. Casi no. Casi.



DOS

Recogimos los archivos de Larry de camino al aeropuerto. Micah condujo para que yo pudiera encontrar el número telefónico para llamar y dejar saber a todos que en Philly haríamos un cambio de vehículo «modelo». En la tarjeta de visita se podía leer Agente Especial Chester Fox.

Él contestó al segundo timbre.

—Fox. —Ni siquiera un hola. ¿Qué había en el trabajo policial que te hacía tener en el teléfono una mala educación?

—Soy el Alguacil Anita Blake. ¿Usted esperaba al Alguacil Kirkland esta mañana?

—No viene, —adivinó Fox.

—No, pero yo sí.

—¿Qué pasó con Kirkland?

—Su esposa está en el hospital. —Me pregunté cuánto le debía por teléfono. Decidí que no mucho.

—Espero que esté bien. —Su voz había perdido parte de su mal humor. Sonaba casi amistoso. Esto me hizo pensar mejor de él.

—Probablemente lo va a estar, pero no están tan seguros del bebé.

El silencio reinó durante un momento, probablemente había compartido más de lo que debía. Esa muchacha de nuevo. Era más difícil ser conciso.

—No lo sabía. Siento que el Alguacil Kirkland no pueda hacerlo y aún más al conocer la razón. Espero que las cosas se resuelvan por ellos.

—Yo también. Así que estoy como reemplazo.

—Sé quién es usted, Alguacil Blake. —Él había vuelto a sonar menos feliz—. Su reputación le precede. —Eso último sin duda no fue feliz.

—¿Tendremos un problema, agente Fox?

—Agente Especial Fox —dijo.

—Bien, ¿vamos a tener un problema, Agente Especial Fox?

—¿Usted es consciente de que tiene la cuenta de asesinatos más alta de algún verdugo de vampiros en este país?

—Sí, en realidad, soy consciente de eso.

—Estás aquí para resucitar un muerto, Alguacil, no ejecutar a nadie. ¿Está claro?

Ahora me estaba enfadando.

—No mato por el placer de hacerlo, Agente Especial Fox.

—Eso no es lo que he oído. —Su voz era tranquila.

—No crea en todos los rumores que escuche, Fox.

—Si creyera en todo, no dejaría que pusiera un pie en mi ciudad, Blake.

Micah tocó mi pierna, de manera consoladora, mientras conducía con una sola mano. Estábamos sobre la 70, lo que significaba que estaríamos en el aeropuerto en algún momento.

—Sabe, Fox, si eres infeliz por estar conmigo, podemos dar la vuelta y no ir. Levante a su propio maldito zombi.

—¿Nosotros?

—Traigo a un ayudante —dije, con voz furiosa.

—¿Y exactamente con que le ayuda? —Su voz estaba llena de ese tono, ese tono que los hombres han estado usando durante siglos contra la mujer. Ese tono que lograba dar a entender que éramos putas sin decirlo.

—Voy a ser muy clara aquí, Agente Especial Fox. —Mi voz tenía cólera tranquila, una voz fría que usé en lugar de gritar. La mano de Micah apretaba mi muslo—. Su actitud me hace pensar que no seremos capaces de trabajar juntos. Que ha escuchado tantos rumores que no sabría la verdad

aunque esta le mordiera en el culo.

Empezó a decir algo, pero lo interrumpí.

—Piense cuidadosamente la siguiente cosa que va decir, Agente Especial Fox, porque dependiendo de lo que diga, podré o no podré verle en Philly hoy o nunca.

—¿Estás diciéndome que si no juego bien, no jugara en absoluto? —Su voz era tan fría como la mía.

—Bueno, demonios. Fox, acabo de tomármelo como una profesional en este momento. ¿Qué tienes en contra de mis bragas?

Suspiró sobre el teléfono.

—Investigué a los Alguaciles que también son reanimadores. Es una lista corta.

—Sí, —le dije—, lo es.

—Kirkland entra, hace el trabajo y el papeleo. Cada vez que te metes en un caso, todo parece ir al infierno.

Respiré hondo y conté hasta veinte. Diez no me servía.

—Vuelve y mira a través de la clase de casos por los que me llaman, Fox. Nadie me llama a menos que las cosas ya se hayan ido a la mierda. Esto no es causa y efecto.

—Has trabajado algo de mierda. Concederé eso, Alguacil Blake. —Suspiró otra vez—. Pero tienes la reputación de matar primero y preguntar después. En cuanto a los rumores, tienes razón, no pintan un panorama muy halagador de ti.

—Se podría tener en cuenta, Fox, que cualquier hombre que haya escuchado historias sucias sobre mí no llegan a joderme.

—¿Estás segura de eso?

—Absolutamente.

—Así que estás diciendo que es envidia, porque no consiguió el premio.

—Así que estamos hablando de una persona específica. ¿Quién?

Él guardó silencio durante un segundo o dos.

—Trabajó en un caso de asesino en serie en Nuevo México hace dos años aproximadamente. ¿Te acuerdas de él?

—Cualquier persona que trabajó ese caso lo recordaría, Agente Fox. Agente Especial Fox. Algunas cosas nunca se olvidan.

—¿Hiciste enfadar a alguien mientras estabas allí?

La pregunta me dejó perpleja.

—¿Quieres decir en Nuevo México?

—Sí.

—No, ¿por qué?

—Hubo un policía llamado Ramírez.

—Recuerdo al Detective Ramírez. Me invitó a salir, le dije que no, y él no hablaría basuras de mí.

—¿Cómo puedes estar segura de eso?

—Porque era un buen tipo, y los buenos no te tiran basura sólo porque se les rechaza.

Micah se detuvo delante de uno de los aparcamientos vacíos sobre la Vereda de Árbol de Pera. Habíamos salido de la 70, y realmente no lo había notado.

—¿Aparcamos? —preguntó. ¿Lo que Micah realmente preguntaba era, vamos a Philadelphia?

—¿Alguno de los agentes le preguntó sobre la escena? —Su voz era grave y no hostil ahora.

—No que yo recuerde.

—¿Tuvo problemas con alguien mientras estuvo allí?

—Mucha gente.

—Lo admite.

—Fox, soy mujer, limpio bien, tengo una placa y un arma, resucito muertos para ganarme la vida, y mato vampiros. Mucha gente tiene problemas con eso. Infiernos, un teniente en Nuevo México me citó la Biblia.

—¿Qué citó?

—Tirad sin sufrir a una bruja para vivir.

—No lo hizo. —Parecía sorprendido, algo que no se escucha mucho en el FBI.

—Sí, lo hizo.

—¿Qué hiciste?

—Le planté un gran beso en la boca.

Hizo un ruido de sobresaltó que podría haber sido una risa.

—¿Realmente lo hizo?

—Le molestó un infierno mucho más que golpearle, y no consiguió hacer que me arrestaran. Pero apuesto a que los otros policías que me vieron pensaron que lo mandé al infierno.

Fox se reía ahora.

Había coches detrás de nosotros, tocando la bocina.

—Anita, ¿vamos? —preguntó Micah.

—Mi asistente quiere saber si vamos a Philadelphia hoy. ¿Vamos?

La voz de Fox sostuvo en el borde de la risa.

—Sí, venid.

Le dije a Micah:

—Vamos a Philadelphia.

Fox dijo:

—Alguacil Blake, voy a hacer algo que nunca hago, y si le dices a alguien que lo hice, lo voy a negar.

—¿Qué vas a hacer?

Micah pulsó el gran botón rojo en la pequeña máquina que expide los boletos para el estacionamiento. Esperó a que nuestro billete saliera. Le había dicho que iría como mi ayudante. Cuando arrastras tu culo a un lugar oscuro sin saber que esperar eres un ayudante muy valioso.

—Pido disculpas —dijo Fox. Se oí a alguien que estaba allí en Nuevo México. Su versión del encuentro con el teniente fue diferente a la suya.

—¿Qué ha dicho?

Estábamos en la penumbra del aparcamiento ahora.

—Dijo que sedujo a un hombre casado, pero se enfadó cuando dijo que no.

—Si alguna vez se hubiera encontrado con el teniente Marks, sabría que no es cierto.

—¿No es lo suficientemente guapo?

Dudé.

—Supongo que físicamente no estaba mal, pero parece que no lo es todo. Personalidad, buenos modales, cordura, todas las cosas agradables.

Micah rodeó el edificio de cristal.

El asistente se acercaba hacia nosotros. Estuvimos unos momentos en el coche antes de salir.

—Si vamos a tomar el vuelo, tengo que irme.

—¿Por qué rechazó al Detective Ramírez? —preguntó.

No estaba segura de que fuera de su incumbencia, pero aun así le contesté.

—Estaba saliendo con alguien en casa. No creí que fuera justo para ninguno de nosotros complicar las cosas.

—Alguien me dijo que estaba encima de él en la última escena del

crimen.

Sabía a lo que se refería.

—Nos abrazamos, agente Fox, porque después de ver lo que había en esa casa creo que necesitaba tocar algo caliente y vivo. Dejé que un hombre tomara mi mano y todos los otros hombres pensaron que me lo estaba follando. Dios, hay momentos en que realmente odio ser la única mujer en todo este tipo de mierda.

Estaba fuera del coche. Micah estaba recogiendo nuestras maletas de la parte posterior.

—Ahora eso no es justo, Alguacil. Si hubiera abrazado a Ramírez o le hubiera dejado que sostuviera mi mano, habría rumores, también.

Me detuve un segundo, y luego reí.

—Bueno, maldita sea, supongo que tienes razón.

Micah había cambiado la llave a un pequeño billete con contraseña. Abrió las asas del equipaje de mano porque estaban enrollados. Cogí uno de ellos, pero le permití coger el maletín, ya que todavía estaba al teléfono. El pequeño autobús estaba esperándonos y a unos pocos pasajeros más.

—Estoy ansioso por conocerte, Alguacil Blake. Es hora de que dejé de escuchar historias de segunda mano.

—Gracias, supongo.

—Nos vemos cuando llegue. —Y colgó.

Cerré el teléfono y ya estaba subiendo los escalones del autobús antes de que la operadora tratara de quitarme la bolsa. Era el traje de falda y tacones. Siempre había tenido otras ofertas para ayudar con el equipaje cuando iba vestida como una niña.

Micah se colocó detrás de mí, para pasar inadvertido, aunque también fuera disfrazado. Habíamos elegido un traje conservador para él, pero hay límites en lo mucho que puedes hacer con un diseño de corte negro italiano. Parecía que era: caro.

Nadie lo confundiría con un Federal. Habíamos recogido su grueso pelo rizado en una apretada trenza francesa, que casi daba la ilusión de un pelo corto. Se puso una camisa blanca con el traje y una corbata conservadora.

Nos acomodamos en la última fila de asientos. Se había guardado sus gafas de sol en el garaje del aparcamiento oscuro, porque detrás de esas gafas oscuras había un par de ojos de leopardo. Un hombre muy malo le había obligado a tomar su forma de animal durante mucho tiempo, y muchas veces, así que no podía volver a su forma humana completamente.

Sus ojos eran de color verde amarillento, y no humano. Eran hermosos sobre el bronceado de su piel, pero tendían a asustar a la gente, por lo tanto, usaba las gafas.

Me preguntaba cómo el FBI tomaría esos ojos. ¿Acaso importa? No. Había logrado que funcionara con el Agente Especial Fox, o parecía estar funcionando. Pero alguien que había estado en Nuevo México estaba difamando cosas de mí. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Acaso importa? Sí, en realidad, lo hacía.



TRES

Odiaba volar. Le tengo fobia, y vamos a dejarlo así. No hice sangrar a Micah, pero dejé pequeñas impresiones de uñas, medias lunas en su mano, aunque no me di cuenta hasta después de que hubiéramos aterrizado y consiguiéramos nuestro equipaje. Entonces le pregunté:

—¿Por qué no me dijiste que te estaba haciendo daño?

—No me importaba.

Le fruncí el ceño, deseando poder ver sus ojos, aunque sinceramente probablemente no me hubieran dicho nada.

Micah nunca había sido policía, pero había estado a merced de un loco durante unos años. Había aprendido a mantener sus pensamientos fuera de su rostro, por lo que su viejo líder no había golpeado esos pensamientos hacia él. Eso significaba que tenía una de las caras más tranquilas, más vacías que había conocido nunca. Una paciente, esperando el tipo de cara que los santos y ángeles deberían de tener, pero nunca verías.

A Micah no le gustaba el dolor, no del modo en que lo hace Nathaniel. Así que debería haber dicho algo acerca de mis uñas clavándose en su piel. Me molestaba que no lo hubiera hecho.

Nos quedamos atrapados en el pasillo del avión, porque todos los demás se habían puesto de pie y agarraban sus maletas, también. Teníamos tiempo para que me apoyara en su espalda y preguntara.

—¿Por qué no dijiste nada?

Se echó hacia atrás, sonriéndome.

—¿La verdad?

Asentí con la cabeza.

—Fue algo agradable ser el valiente por una vez.

Le fruncí el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso?

Se volvió lo suficiente para poder depositar un beso, suavemente, en mis labios.

—Eso significa que eres la persona más valiente que he conocido, y, a veces, sólo a veces, eso es duro para los hombres de tu vida.

No le devolví el beso. Por primera vez con él, no respondí a sus caricias. Estaba demasiado ocupada con el ceño fruncido y tratando de decidir si debía sentirme insultada.

—¿Qué, soy demasiado valiente para ser una chica? ¿Qué clase de mierda machista…? —Me dio un beso. No un besito, sino como si se hubiera fundido conmigo por mi boca. Sus manos se deslizaron a lo largo del cuero de mi chaqueta. Se apretó contra mí, para que cada centímetro de él se apretara contra cada pulgada de mí. Me besó el tiempo suficiente y me abrazó tan cerca que sentí cuando su cuerpo empezó a sentirse feliz de estar allí.

Se echó hacia atrás, dejándome sin aliento y jadeando. Tragué saliva y logré un respiro.

—No es justo.

—No quiero discutir, Anita.

—No es justo —dije otra vez.

Se rió, un sonido maravilloso, masculino, irritante que apenas decía lo contento que estaba con el efecto que podía tener sobre mí. Tenía los labios brillantes con el rojo de mi pintalabios. Lo que probablemente quería decir que parecía que llevaba maquillaje de payaso ahora.

Traté de fruncirle el ceño pero no lo conseguí. Era difícil fruncirle el

ceño cuando estaba luchando contra una sonrisa estúpida. No se puede estar enfadado y sonreír abiertamente, al mismo tiempo. Maldita sea.

La gente se movía. Micah comenzó a empujar su equipaje de mano por delante de él. Me gustaba tirar del mío detrás de mí, pero a él le gustaba empujar. Tenía la maleta, también. Había señalado que, como el ayudante debería llevar más. Podría haber discutido, pero me había besado, y no podía pensar con suficiente rapidez para discutir.

Micah había tenido el mismo efecto en mí desde el primer momento en que le había conocido. Había sido lujuria a casi primera vista o tal vez casi al primer toque. Todavía estaba un poco avergonzada de eso. No me gustaba caer sobre alguien tan rápido, o tan duramente. Lo que esperaba realmente era que nos quemáramos o que tuviéramos alguna gran pelea y termináramos, pero seis meses y contando. Seis meses y sin ruptura. Era un récord para mí. Había conocido a Jean-Claude durante un par de años, pero había estado encendido unas veces, apagado otras. Como lo eran la mayoría de mis relaciones. Micah era el único que había entrado en mi vida y lograba mantenerse.

Una parte de cómo se las arreglaba es que cada vez que me tocaba terminaba cayéndome en pedazos. O eso era lo que sentía. Me sentía débil, y muy pequeña, y no me gusta.

La azafata esperaba que hubiera tenido un vuelo agradable. Sonreía muy abiertamente. ¿Cuánto lápiz labial llevaba y cuánto en mi cara?

La única gracia salvadora era que podría llegar a un cuarto de baño y limpiarme antes de reunirme con el FBI. Podía pasar a través de la seguridad con mi tarjeta de identificación, pero en estos días, incluso a los federales no le gustaba abusar de sus privilegios en torno a la seguridad del aeropuerto.

Llevaba la pistola en mi pistolera de hombro, pero me habían autorizado a transportarla en un avión. Federal o no, tenía que pasar por un entrenamiento especial en estos días para llevarla en un avión.

Suspiré.

Conseguí algunas miradas y unas pocas risitas cuando llegué a la parte principal del aeropuerto. Así que necesitaba un espejo.

Micah se giró, luchando por no sonreír.

—Hice un lío de tu lápiz labial. Lo siento.

—No lo sientes —dije.

—No —dijo—, no lo siento.

—¿Qué tan grave es?

Soltó el equipaje de mano y utilizó el pulgar para limpiar a través de mi barbilla. El pulgar salió carmesí.

—Jesús, Micah.

—Si hubieras estando usando la base, no lo habría hecho. —Levantó el pulgar hacia la boca y lo lamió, empujando de esa manera más pulgar en la boca de lo que necesitaba. Miré el movimiento fascinada—. Me encanta el sabor de tu lápiz labial.

Negué con la cabeza y miré hacia otro lado.

—Deja de tomarme el pelo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo trabajar si sigues volviéndome loca.

Se rió, un sonido cálido y masculino de nuevo.

Cogí mi maleta de mano y pasé junto a él.

—No es como si te burlaras mucho de mí.

Él me alcanzó.

—No, por lo general es Nathaniel, o Jean-Claude, o Asher. Me porto bien a menos que estés enfadada conmigo.

Pensé en eso y me hizo lenta. Eso y los tacones de tres pulgadas.

—¿Tienes celos de ellos?

—No son celos de la forma en que quieres decir. Pero, Anita, esta es la primera vez que tú y yo hemos estado alguna vez por nuestra cuenta. Solos tú y yo, nadie más.

Eso me detuvo, literalmente, de modo que el hombre detrás de nosotros maldijo y tuvo que dar la vuelta bruscamente. Me giré y miré a Micah.

—Hemos estado solos antes. Hemos salido sólo nosotros dos.

—Pero nunca durante más de unas pocas horas. Nunca ha sido durante una noche, solo nosotros.

Pensé en ello porque parecía que en seis meses debería haber conseguido al menos una noche con sólo nosotros dos. Pensé, y pensé, hasta que el misterio dolió, pero tenía razón. Nunca habíamos estado toda la noche, solo nosotros.

—Bueno, maldita sea —dije.

Me sonrió, sus labios todavía brillaban con mi barra de labios.

—Hay un baño justo ahí.

Tiramos de las maletas contra la pared y dejé a Micah en una pequeña fila de hombres que también estaban atentos a los bolsos y monederos.

Algunos de ellos tenían hijos a cuestas.

Había una fila en el baño, por supuesto, pero una vez que dejé claro que no me estaba saltando la cola, si no en busca de un espejo, ni una se enfadó. De hecho, algunas de ellas especularon, de buen humor, lo que había estado haciendo para que mi barra de labios me hubiera manchado tanto.

Parecía que llevaba maquillaje de payaso. Tenía mi pequeña bolsa de maquillaje, que Micah se había asegurado que llevara conmigo, fuera de la maleta. La habría olvidado probablemente. Tenía un desmaquillador de ojos muy suave que funcionaba en cualquier cosa, incluyendo el lápiz de labios. Conseguí limpiar el lío, luego, reapliqué el delineador de labios y el lápiz labial.

El lápiz de labios era muy, muy rojo. Hacía que mi piel pareciese casi transparente en su palidez. Mi cabello negro brillaba con las luces, coincidiendo con el profundo, sólido marrón de mis ojos. Había añadido un poco de sombra de ojos y el rimel en casa, y concluí que el maquillaje estaba hecho. Rara vez usaba la base.

Micah tenía razón, sin la base el maquillaje no estaba arruinado, pero… pero. Aún estaba cabreada al respecto. Aun así quería estar enfadada. Quería estar enfadada, todavía no estaba enfadada. ¿Por qué me quería aferrar a la ira? ¿Por qué me volvía loca que tuviera la capacidad de ahogar mi ira con el roce de su cuerpo? ¿Por qué hacía que eso me molestara tanto?

Porque esa era yo. Tenía un verdadero talento para escoger separar mi vida amorosa hasta que se rompiera. Me había prometido, no hacía mucho, que dejaría de meterme en las cosas. Que si mi vida funcionaba, terminaría gozándola. Sonaba tan simple, pero no era así. ¿Por qué era que los planes más sencillos son a veces los más difícil de hacer?

Respiré profundamente y me detuve en el espejo de cuerpo entero a la salida. Me hubiera vestido de negro, pero Bert siempre pensaba que daba la impresión equivocada. Demasiado fúnebre, decía. Mi vestido de seda era del rojo de la barra de labios, pero Bert se había quejado ya hacía unos meses: no más negro y rojo agresivo tampoco. Así que llevaba un negro carbón con un fino top gris más oscuro. La chaqueta me llegaba a la cintura para reunirse con la falda a juego.

La falda era plisada, formando un buen balanceo alrededor de mis muslos cuando me movía. Lo había probado en casa, pero ahora lo comprobaba una vez más, por si acaso. Nop, no se veía la parte superior de

mis medias. No llevaba ya ningún panti más. Había sido ganada finalmente por la realidad de un cómodo cinturón de liga, difícil de encontrar pero valía la pena la búsqueda, con un buen par de medias era en realidad más cómodo que los panties. Sólo tenía que asegurarme de que nadie alcanzara a verlos cuando me movía, a menos que estuviera en una cita. Los hombres reaccionan muy raro si saben que llevas medias y un liguero.

Si hubiera sabido que el agente Fox ya había sido prevenido contra mí, podría haber llevado un traje de pantalón. Ahora era demasiado tarde. ¿Por qué era un crimen que una mujer se viera bien?

¿Obtendría menos rumores si me cubría por abajo? Tal vez. Por supuesto, si llevaba pantalones vaqueros y una camiseta tenía quejas de que era demasiado informal y necesitaba un aspecto más profesional. A veces simplemente no puedes ganar para perder.

Iba retrasada. Maldita sea. No quería volver con Micah. ¿Por qué? Porque tenía razón, esta era la primera vez que habíamos estado a solas durante mucho tiempo.

¿Por qué ese pensamiento me apretó el pecho e hizo que mi pulso se acelerara como algo vivo en mi garganta?

Tenía miedo. ¿Miedo de qué? ¿Miedo de Micah? Más o menos. Pero más miedo de mí misma, creo. Miedo de que sin Nathaniel, o Jean-Claude, o Asher, o alguien para equilibrar las cosas, Micah y yo no fuéramos a funcionar. Que sin la interferencia de todo el mundo, no hubiera una relación. Allí habría demasiado tiempo, demasiada verdad, y todo se vendría abajo. No quería que se desmoronase. No quería que Micah desapareciera. Y en el momento en que te importa tanto, un hombre te tiene. Es dueño de un pequeño pedazo de tu alma, y te puede llevar a la muerte con él.

¿No me crees? Entonces nunca has estado enamorada y has ido al infierno. Afortunada.

Tomé una tranquila y profunda respiración y solté el aire lentamente. Usé algunos de los ejercicios de respiración que había estado aprendiendo. Estaba tratando de aprender a meditar. Hasta el momento era buena en la parte de la respiración, pero simplemente no podía todavía con mi mente, no sin ella llena de pensamientos feos, feas imágenes. Demasiada violencia dentro de mi cabeza. Demasiada violencia en mi vida. Micah era uno de mis refugios. Sus brazos, su cuerpo, su sonrisa. Su tranquile aceptación de mí, la violencia y todo. Ahora había vuelto a tener miedo. Mierda.

Volví a respirar hondo y salí del cuarto de baño. No podía ocultarme todo el día; los federales estaban esperando. Además, no te puedes esconder de ti mismo. No te puedes esconder de la fealdad de tu propia cabeza. Por desgracia.

Micah sonrió cuando me vio. Esa sonrisa que era sólo para mí. Esa sonrisa que parecía aflojar algo apretado, duro y amargo en mi interior. Cuando me sonreía así, podía respirar mejor. Tan estúpido, tan estúpido permitir que cualquier persona significara tanto para ti.

Algo tuvo que haberse mostrado en mi cara, porque la sonrisa se atenuó en los bordes. Me tendió la mano.

Me acerqué a él, pero no le tomé la mano, porque sabía que en el momento que lo hiciera no sería capaz de pensar con claridad.



Dejó caer la mano.

—¿Qué pasa? —La sonrisa había desaparecido, y era culpa mía. Pero había aprendido a hablar de mis paranoias. En caso contrario, crecían.



Me acerqué y dejé caer mi voz todo lo que el ruido susurrante del aeropuerto permitiría.

—Tengo miedo.

Se acercó a mí, bajando la cabeza.

—¿De qué?

—De estar a solas contigo.

Sonrió y comenzó a llegar a mí. No me aparté. Dejé que sus manos tocaran mis brazos. Me abrazó y buscó mi cara como si estuviera buscando una pista. No creo que la encontrara. Me atrajo a un abrazo y me dijo:

—Cariño, si me hubiera imaginado que estarías asustada de estar a solas conmigo, no lo hubiera dicho.

Me aferré a él, con mi mejilla en su hombro.

—Todavía habría sido cierto.

—Sí, pero si no lo hubiera dicho, probablemente no hubieras pensado en ello. —Me abrazó—. Habíamos tenido nuestro tiempo fuera y nunca se te hubiera ocurrido pensar que era la primera vez. Lo siento.

Envolví mis manos más apretadas contra su solidez.

—Lo siento, Micah. Lo siento, soy un desastre.

Me alejó lo suficiente para que pudiera mirarme la cara.

—No eres un desastre.

Le eché un vistazo.

Se rió y dijo:

—Tal vez un poco desordenada, pero no un desastre. —Su voz se había convertido en suavidad completamente. Me encantaba su voz así, adoraba que fuera la única con la que su voz era suave. Así que ¿por qué no simplemente disfrutaba, el nosotros? Infiernos si lo sabía.

—El agente nos está esperando —dije.

Era su turno para echarme un vistazo. Incluso con las gafas oscuras, sabía que me miraba.

—Estaré bien —dije. Le di una sonrisa que casi funcionó—. Me comprometo a tratar de disfrutar de las partes de este viaje que son agradables. Me comprometo a tratar de no tomármelo a mí manera, o extrañarme si nosotros… sólo nosotros. —Me encogí de hombros cuando le dije lo último.

Tocó el lado de mi cara.

—¿Cuándo dejarás de asustarte de estar enamorada?

Me encogí de hombros de nuevo.

—Nunca, pronto, no lo sé.

—No voy a ninguna parte, Anita. Me gusta estar aquí, a tu lado.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Por qué?

—¿Por qué me quieres?

Se quedó perplejo.

—¿Qué significa eso, tú no?

Me di cuenta de lo que hice. Tuve uno de los momentos filosóficos. No creía que fuera muy amable, así que ¿por qué me quiere? ¿Por qué cualquier persona me ama?

Le toqué los labios con los dedos.

—No contestes ahora. No tenemos tiempo para la terapia de profundidad. Negocios ahora. Vamos a trabajar en mi neurosis más tarde.

Empezó a decir algo, pero negué con la cabeza.

—Vamos a conocer al agente especial Fox. —Cuando me llevó la mano a los labios, se limitó a asentir. Una de las razones por las que funcionábamos como pareja era que Micah sabía cuando dejarlo ir, cualquiera que fuera «eso» el momento pasó de serlo.

Este era uno de esos momentos en que realmente no sabía por qué me aguantaba. Por qué alguien me aguantaba. No quería arruinar esto. No quería escoger a Micah y a mí hasta que nos aclaráramos. Quería dejarlo solo y disfrutarlo. Simplemente no sabía cómo hacerlo.

Teníamos nuestro equipaje arreglado, y nos fuimos. Teníamos que reunirnos con el FBI y un zombi que levantar. El levantamiento de los muertos era fácil: el amor era difícil.



CUATRO

Nos encontramos con los federales en la zona de recogida de equipaje, según lo previsto. ¿Cómo sabríamos quienes eran los agentes del FBI entre la multitud de personas, si la mayoría de los hombres estaban vestidos de traje?

Parecían agentes. No sé de qué se trata la formación del FBI, pero los federales siempre parecen lo que son. Todos los tipos de policía tienden a parecer policías, pero sólo el FBI parece el FBI y no simplemente policía. No sé lo que les hacen en Quántico, pero sea lo que sea, se pega.

El Agente Especial Fox Chester, el agente a cargo, era un americano nativo. El pelo corto, el traje, el perfecto acondicionamiento, no había podido ocultar el hecho de que no era como el resto. Ahora comprendía algunos de sus cabreos por teléfono. Fue el primer agente nativo americano que había encontrado alguna vez involucrado en un caso que no tenía nada que ver con los nativos americanos. Si sucede que eres nativo, por lo

general puedes esperar una carrera de atender aquellos casos que requerían tu origen étnico, pero no necesariamente tus talentos. Los casos que involucran asuntos de los Nativos Americanos eran también por lo general los responsables de la carrera, aunque podrían ser interruptores. Otra cosa interesante sobre el FBI y su trato con los nativos americanos es que si uno mira a los indos lo suficiente, se le asignará incluso si se trataba de una tribu totalmente diferente, con un lenguaje y costumbres totalmente diferentes. Es indio, ¿no? ¿No son todos los indios iguales?

No, pero el gobierno estadounidense, cualquier rama, nunca ha entendido realmente el concepto de identidad tribal.

El agente que iba con él, le conocía. El agente Franklin era alto, delgado, de piel oscura como para ser realmente negro. El pelo estaba cortado más corto y más cerca de la cabeza que la última vez que lo había visto en Nuevo México, pero sus manos todavía estaban elegantes y nerviosas. Se alisó las manos de poeta en su abrigo. Me pilló mirando y paró la nerviosa danza. Me ofreció la mano como si no me hubiera llamado puta con su compañero.

Tomé su mano. Sin rencores. Incluso le sonreí aunque sabía que no llegó a mis ojos. Franklin ni siquiera trató de parecer feliz de verme. No era rudo, pero no fingió que estaba feliz.

—Agente Franklin, estoy sorprendida de verte aquí.

Tomó de nuevo la mano.

—¿Tu amigo Bradford no te dijo que había sido reasignado? —dijo amigo como si quisiera decir más, y el resto fuese amargo. No obviamente amargo, pero tenía aquel sentido. Nada de lo que dijo fue lo suficientemente grosero para empezar una discusión, pero estuvo cerca.

El agente especial Bradley Bradford era el jefe de la sección especial del FBI en la investigación, que trataba con los asesinos en serie sobrenaturales, o delitos relacionados con lo sobrenatural.

Había habido una gran controversia acerca de la división de esos delitos fuera de la unidad de Apoyo a la Investigación, la que normalmente manejaba los asesinos en serie. Una pequeña aclaración, Franklin había dejado claro sus sentimientos sobre la situación. Había estado en contra.

Puesto que Bradford era su jefe en ese momento, había sido un problema. Al parecer, Franklin había sido reasignado, un cambio de destino no voluntario. No era bueno para una carrera en el FBI. Yo estaba pagando las consecuencias de una disputa política con la que no había tenido nada

que ver. Genial, simplemente genial.

Empecé a presentar a Micah, pero Fox se me adelantó.

—Callahan, Callahan Micah. —Fox ya estaba ofreciendo su mano y sonriendo, de forma más amplia de lo que me había sonreído a mí. ¿Cómo conocía un agente del FBI a Micah?—. Te ves bien.

Micah no sonrió tan ampliamente, como si no fuera tan feliz de ver al agente Fox. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Fox, yo… —Micah lo intentó de nuevo—. La última vez que me viste, todavía estaba en el hospital. Debía parecer una mierda, así que supongo que todo es una mejora. —Podía oír la incertidumbre en su voz, aunque dudaba de que nadie más pudiera. Tienes que conocerlo realmente bien para saber que notar en su voz.

—A una persona que está cerca de la muerte se le permite parecer como una mierda —dijo Fox.

Supe entonces que esto probablemente tenía algo que ver con el ataque que había hecho un hombre leopardo a Micah. Todo lo que sabía sobre él a ciencia cierta era que había sido violento. Una vez que alguien utiliza las palabras violento y ataque, no presiona para obtener más detalles. Me imaginé que me diría más, cuando estuviera listo.

Micah se giró hacia mí. Su rostro estaba teniendo problemas para decidir qué hacer, y yo apostaba a que se alegraba de que las gafas ocultaran los ojos.

—El Agente Especial Fox fue uno de los agentes que me interrogaron después de mi ataque.

No sabía que ataque había conseguido la atención federal. No podía pensar porque. Además, no estaba segura de cuánto quería Micah compartir en el aeropuerto con la gente que caminaba a nuestro alrededor.

Fingí. Puedo poner cara en blanco de policía agradable con lo mejor de ellos. Lo hice ahora.

—¿Cuáles eran las probabilidades de que fuera el agente a cargo de este caso? —dije, sonriendo, como si supiera exactamente de que estábamos hablando. Daría a Micah la oportunidad de explicarse más adelante, cuando no tuviéramos audiencia.

—No sabía que eras un reanimador —dijo Fox, sin dejar de hablar a Micah.

—No lo soy. —Y Micah no fue más allá.

Fox esperaba que añadiera más, pero Micah sonrió y no lo hizo. Fox

tendría que dejarlo ir, pero Franklin no lo hizo. Algunas personas simplemente no pueden dejar las cosas como estaban.

—¿Es usted un verdugo de vampiros? —preguntó Franklin.

Micah sacudió la cabeza.

—Usted no es un agente federal. —Franklin lo dijo como si fuera positivo.

—No, no lo soy.

—Déjalo ir, Franklin —dijo Fox.

—Ella trajo a un civil a un caso federal.

—Hablaremos sobre esto en el coche —dijo Fox, y la mirada que dio a Franklin paró al hombre más alto a mitad de frase.

Fox me preguntó:

—¿Tenemos que esperar más maletas?

—No —dije—. Vamos a regresar a casa mañana, ¿verdad?

—Ese es el plan —dijo, pero su rostro no estaba feliz, como si todo el asunto con Franklin siguiera molestándole.

—Entonces estamos listos para irnos.

Él sonrió.

—Una mujer con equipaje ligero, eso es raro.

—Sexista —dije.

Me dio una inclinación de cabeza.

—Lo siento, tienes razón. Pido disculpas.

Sonreí y moví la cabeza.

—No hay problema.

Él abrió el camino hacia las puertas, y había dos coches esperando. En uno de ellos había otros dos agentes, y el otro estaba vacío y esperándonos.

Fox nos habló sobre su hombro.

—Con la nueva normativa, incluso el FBI no puede dejar los coches aparcados sin vigilancia.

—Me alegra oír que las nuevas normas se aplican a todos —dije, más por decir algo que porque me importara. Quería mirar a Micah y tenía miedo. Miedo de que si le daba demasiada atención, se derrumbase o sintiera que tenía que explicarse delante de ellos. Por supuesto, sin mirarlo, podía pensar que estaba furiosa con él, por no compartir los detalles. Pero… oh, al infierno.

Estábamos fingiendo que era mi asistente. Sostenerle la mano o darle un beso podría exponer esa mentira. O dar a Franklin aún más razones para

pensar que me acostaba con cualquiera. No había pensado en lo que podría significar introducir a Micah como mi asistente. Supongo que realmente no había pensado en todo. En mi propia defensa, no había tenido tiempo de encontrar una buena explicación de por qué tenía que traer a mi novio. Un asistente había parecido una buena idea en ese momento.

Hice lo único que pude pensar para tranquilizarle y guardar lo del asistente: le di unas palmaditas en el hombro. No era mucho, pero me recompensó con una sonrisa, como si conociera la gimnasia mental que estaba pasando. Tal vez lo hizo.

Fox condujo. Franklin llevaba la escopeta. Micah, el maletín, y yo iba en el asiento trasero. El otro coche nos seguía a medida que se alejaba.

—Les acercaremos al motel —comenzó Fox.

Micah le interrumpió.

—En realidad, reservamos en el Four Seasons.

—Jesús —dijo Franklin.

—El FBI no va a pagar la cuenta del Four Seasons —dijo Fox.

—No lo esperaba —dijo Micah.

Me senté allí preguntándome por qué Micah había cambiado los hoteles, me di cuenta de que Fox había dicho motel. Oh. Micah quería un lugar más agradable para nuestra primera noche juntos y solos. Lógico, ¿por qué eso hizo que mi estómago se tensara? ¿Qué estaba esperando de nuestra primera noche a solas?

—¿De verdad vas a dejar que lleve a un civil a nuestro caso?

Fox miró a Franklin. Incluso desde el asiento de atrás no se veía amable.

—Sugiero, con fuerza, que lo deje ir, agente Franklin.

—Jesús, ¿qué es ella? —dijo Franklin—. Ella parpadea con esos grandes ojos marrones y casi todo el mundo mira hacia otro lado mientras rompe una docena de reglas y dobla la misma ley que hemos jurado defender. —Se dio la vuelta en el asiento hasta que el cinturón de seguridad se lo permitió—. ¿Cómo lo haces?

Fox dijo:

—Franklin, —y la palabra fue una advertencia.

—No, Fox, está bien. Si no conseguimos resolver esto, el Agente Franklin y yo no vamos a ser capaces de trabajar juntos, ¿verdad, Agente Franklin? —Mi voz no era amable cuando le dije todo eso—. ¿Quieres saber cómo lo hago?

—Sí —dijo Franklin—, quiero.



—Sé cómo piensa que lo hago. ¿Crees que me follo a todo el mundo? Pero no conocía a Fox, por lo que no puede ser. Así que ahora estás luchando, tratando de averiguar. —Me miró ceñudo—. Cuando pensabas que era sólo sexo, sólo una mujer durmiendo a través de su carrera, estabas bien con eso, pero ahora, ahora simplemente no lo entiendes.

—No —dijo—, no lo entiendo. Fox es el agente que se rige más por el manual con el que he trabajado, y le permite tener alrededor a un civil. Eso no me gusta.



—Sé que es civil —dijo Fox—. Es diferente.

—Fue víctima de un crimen violento. ¿Y qué? ¿Le conoces hace mucho tiempo?

—Nueve años —dijo Fox en una voz suave, sus ojos negros estaban fijos en el tráfico, las manos cuidadosas en el volante.

—No sabes qué clase de persona es ahora. Nueve años es mucho tiempo. Debe haber sido un adolescente entonces.

—Tenía dieciocho años —dijo la voz cuidadosa de Fox.

—No le conoces ahora. Podía ser un chico malo por lo que sabes.

Fox miró por el espejo retrovisor.

—¿Eres un chico malo, Micah?

—No, señor —dijo Micah.

—¿Eso es todo? —dijo Franklin, y parecía que le iba a dar un ataque de histeria o una apoplejía—. ¿Le preguntas si es un chico malo, y él dice que no, y eso es suficiente?

—Vi a lo que sobrevivió, tú no lo hiciste. Respondió a mis preguntas cuando su voz era sólo rasposa y ronca debido a que el asesino había

arañado su garganta. Trabajé para el Apoyo a la Investigación durante cinco años y lo que le hicieron es todavía una de las peores cosas que he visto nunca. —Tuvo que frenar en seco para no golpear la línea de tráfico repentina que había delante de nosotros. Todos salimos despedidos con nuestros cinturones de seguridad, y proseguimos—. No tiene que demostrarte nada, Franklin, ya me ha demostrado todo lo que tenía que demostrar. Vas a dejarle en paz a él y al Alguacil Blake.

—Pero ¿no quieres saber por qué está aquí? ¿Por qué le trajo? Es una investigación en curso. Por lo que sabes podría ser un reportero.

Fox dejó escapar un largo suspiro, en voz alta.

—Voy a dejarles responder a esta pregunta una vez, sólo una vez, y luego lo dejas ir, Franklin. Déjalo ir antes de que empiece a tener más simpatía porque Bradford te haya reasignado.

Eso detuvo a Franklin por un segundo o dos. El tráfico comenzó a arrastrarse hacia adelante. Parecía que estábamos atrapados en el tráfico en hora punta. Al principio pensé que la amenaza haría que se rindiese pero Franklin estaba hecho de un material más fuerte que eso.

—Si no es un reanimador o un verdugo de vampiro, entonces ¿a qué le ayudará al Alguacil Blake? —Casi logró mantener el sarcasmo en «Alguacil Blake».

Estaba cansada de Franklin, y no soy tan buena mintiendo. Había dormido menos de dos horas y tuve que volar en un avión. Así que le dije la verdad, la verdad absoluta.

—Cuando necesitas tener relaciones sexuales tres o cuatro veces al día, es mucho más conveniente llevar a tu amante contigo, ¿no le parece Agente Franklin? —Le dije todo, con ojos inocentes.

Él me lanzó una mirada agria. Fox se echó a reír.

—Muy graciosa —dijo Franklin, pero se acomodó en su asiento y nos dejó solos. La verdad no puede dejarte libre, pero si se usa con cuidado, puede confundir un infierno a tus enemigos.



CINCO

El hotel era agradable. Muy bonito. Demasiado pulcro. Había gente de uniforme en todo el lugar. No eran policías, eran empleados del hotel. Se lanzaron hacia adelante para detener las puertas. Para tratar de ayudar con el equipaje. Micah en realidad dejó que un botones tomara nuestras maletas. Yo protesté que podíamos llevarlas. Había sonreído y dicho que tan sólo disfrutara de eso. Yo no lo habría disfrutado. Me había apoyado en la pared de espejos del ascensor y traté de no enfadarme.

¿Por qué me enfadaba? El hotel me había sorprendido, embarazosamente. Había esperado un cuarto limpio-pero-nada-especial. Ahora íbamos en un cristalino y dorado ascensor con un tipo de guantes blancos presionando los botones, explicando cómo funcionaba la seguridad de nuestras pequeñas llaves tarjetas.

Mi estómago era un nudo apretado. Había cruzado los brazos por debajo de mis pechos, e inclusive a mí, me parecía enfadada en los espejos

brillantes. Micah se inclinó junto a mí, pero no trató de tocarme.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó con voz suave.

—No esperaba este tipo de… lugar.

—¿Estás furiosa porque he reservado un hotel agradable con una bonita habitación? —Puesto así, sonaba estúpido.

—No, quiero decir… —Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el cristal—. Sí —finalmente dije con voz suave.

—¿Por qué? —preguntó.

Las puertas del ascensor se abrieron, el botones sonrió y estaba manteniendo las puertas abiertas, pero nos dejó un montón de espacio para movernos más allá de él. Si hubiera sabido que estábamos discutiendo, no lo había mostrado.

Micah me indicó que siguiera delante. Me aparté de la pared del ascensor y le seguí. El vestíbulo era lo que esperaba del resto del hotel, todo oscuro, caro papel de paredes con luces de candelabros curvados en apenas los intervalos correctos, por lo que era a la vez bien iluminado, íntimo y extraño. Había pinturas reales en la pared, no copias. No había artistas de gran renombre, pero si verdadero arte. Nunca había estado en un hotel tan caro.

Acabé delante con Micah cerca y el botones cerrando la marcha. Me di cuenta a mitad de camino de la alfombra oscura y gruesa que no sabía qué habitación estaba buscando. Volví la vista hacia el botones y le dije:

—Como no sé adónde voy, ¿debo estar delante?

Sonrió, como si hubiera dicho algo inteligente. Apretó el paso sin que pareciera que se daba prisa. Tomó la iniciativa y lo seguimos. Lo qué tenía más sentido para mí.

Micah caminaba a mi lado. Todavía tenía el maletín al hombro. No trataba de agarrar mi mano, sólo puso su mano hacia abajo donde pudiera agarrarlo si quería. Caminamos así unos pocos pasos. Su mano esperando la mía, mis brazos cruzados.

¿Por qué estaba enfadada? Porque me sorprendió con una habitación de hotel muy bonito. Qué bastardo. No había hecho nada malo, salvo ponerme aún más nerviosa sobre lo que esperaba de mí en este viaje. Ese no era su problema, era el mío. Mi problema, no el suyo. Se comportaba como un ser humano civilizado normal. Estaba siendo grosera e ingrata. Maldita sea.

Descrucé mis brazos. Estaban en realidad duros de ira y apretados. Mierda. Tomé su mano sin mirarle. Envolvió sus dedos alrededor de los

míos y el pequeño toque hizo que mi estómago se sintiera mejor. Estaría bien. Vivía con él, por el amor de Dios. Ya era mi amante. Esto no cambiaría nada. La sensación de opresión en mi pecho no mejoró, pero fue lo mejor que pude hacer.

La habitación del hotel tenía una sala de estar. Una sala de estar real con un sofá, una mesa de centro de mármol, una silla cómoda con su propia lámpara de lectura, y una mesa delante de la gran ventana que era lo suficientemente grande para acomodar a cuatro. Y había suficientes sillas para hacer eso. Toda la madera era real y pulida con un alto brillo. La tapicería hacía juego pero no exactamente, por lo que parecía una habitación que había sido juntada pieza por pieza en lugar de ser comprada de una vez. El cuarto de baño estaba lleno de mármol y todo reluciente. La bañera era más pequeña que la que teníamos en casa, por no hablar de la bañera del club de Jean-Claude, el Circo de los Malditos, pero aparte de eso, era un baño bastante bueno. Mejor que cualquiera que hubiera visto en un hotel antes.

El botones se había ido cuando salía del baño. Micah estaba poniendo su billetera en el pequeño bolsillo que tienen las chaquetas de los buenos trajes, si tu cartera fuera lo suficientemente larga y delgada como para no romper la línea del traje. La cartera había sido un regalo de mi parte, por sugerencia de Jean-Claude.

—¿De quién es la tarjeta de crédito en la que pusiste esto? —pregunté.

—Mía —dijo.

Negué con la cabeza.

—¿Cuánto pagaste por esta habitación?

Se encogió de hombros y sonrió, buscando la maleta con su ropa.

—No es de buena educación preguntar cuánto costó un regalo, Anita.

Le fruncí el ceño mientras se movía a mi lado a un par de enormes puertas francesas en la pared del fondo.

—Supongo que no pensé en esto como un regalo.

Empujó a un lado las puertas hacia adentro y se movieron a través de él, hablando por encima del hombro.

—Tenía la esperanza de que te gustaría la habitación.

Me arrastraba detrás de él pero me detuve en la puerta. La habitación tenía dos tocadores, un centro de entretenimiento, dos mesitas de noche con lámparas de tamaño completo, y una cama tamaño rey. La cama estaba abarrotada de almohadas, y todo era blanco y dorado y elegante con buen

gusto. Y demasiado suite nupcial para mí.

Micah tenía la funda en la tapa del equipaje de mano desenrollado. Desabrochó los soportes de suspensión de los lazos y se giró hacia el gran armario.

—Este lugar es más grande que mi primer apartamento —dije. Seguía apoyada contra la puerta doblada, no del todo en la habitación. Como si, al mantener un pie en la otra habitación, estuviera más segura.

Micah aún tenía sus gafas de sol mientras deshacíamos las maletas. Colgó los otros trajes que había comprado para que no se arrugaran. Luego se giró hacia mí. Me miró, sacudiendo la cabeza.

—Deberías ver la mirada en tu cara.

—¿Qué? —pregunté, e incluso a mí me sonaba de mal humor.

—No voy a obligarte a hacer algo que no quieras hacer, Anita. —Parecía menos que satisfecho. Micah pocas veces conseguía disgustarse por algo, y casi nunca conmigo. Me gustaba eso de él.

—Lo siento esto está fuera de mi control.

—¿Tienes alguna idea de por qué te molesta tanto? —Se quitó las gafas y su rostro parecía acabado, mostrándolo en sus ojos. Los ojos de gato-gatito que me habían molestado un poco al principio, pero ahora no eran más que los ojos de Micah. Eran una mezcla asombrosa de amarillo y verde. Si se vestía de verde, se veían casi perfectamente verdes. Si se vestía de amarillo… bueno, se entiende la idea.

Sonrió, y era la sonrisa que mostraba sólo en casa. Sólo para mí y Nathaniel, o tal vez sólo para mí. En ese momento, era sólo para mí.

—Ahora, tienes un aspecto mucho mejor.

—¿Qué? —dije otra vez, pero no pude evitar la sonrisa de mi cara o de mi voz. Era difícil estar malhumorada cuando estás mirando a los ojos de alguien y pensando cuán hermosos son.

Caminó hacia mí, y solo, caminar por la habitación hacia mí, aceleró mi pulso, hizo que el aliento se detuviera en mi garganta. Quería correr hacia él, para presionar nuestros cuerpos, quitarme la ropa y lo que quedaba de mis inhibiciones. Pero no corrí hacia él porque me daba miedo. Miedo de lo mucho que le quería, de lo mucho que significaba para mí. Eso me asustó, y mucho.

Se detuvo frente a mí, sin tocarme, sólo me miraba. Era el único hombre en mi vida que no tenía que mirar hacia abajo para encontrar mis ojos. En mis tacones, era en realidad un poco más alta.

—Dios, ¡tu rostro! Esperanzado, ansioso y con miedo, todo está en tu cara. —Puso su mano contra mí mejilla. Estaba demasiado caliente, tan caliente. E incliné mi cara en su mano y dejé que me sujetara.

—Tan cálido —susurré.

—Tendría que haber tenido flores esperando, pero desde que Jean-Claude te envía rosas cada semana, no me parece una razón para enviarte flores. —Me aparté de él, buscando su rostro. Era pacífico, de la forma en la que era cuando estaba escondiendo sus sentimientos.

—¿Estás enfadado por las flores? —pregunté.

Sacudió su cabeza.

—Eso sería una tontería, Anita. Sabía que no era la parte superior de la cadena alimenticia de citas cuando entré en la ciudad.

—¿Por qué mencionas las flores? —pregunté.

Dejó escapar un largo suspiro.

—No pensé que me molestaba, pero a lo mejor lo hace. Una docena de rosas blancas cada semana, con una rosa roja añadida desde que comenzaste a tener relaciones sexuales con Jean-Claude. Y ahora hay dos rosas rojas más en el ramo; una por Asher y otra por Richard. Así es como las flores son de todos ellos.

—Richard no lo ve de esa manera —dije.

—No, pero sigue siendo uno de tus amantes, y todavía consigue algo todas las semanas que te lo recuerda. —Frunció el ceño, meneó la cabeza —. Esta habitación son mis flores para ti, Anita. ¿Por qué no me dejas dártelas?

—Las flores son mucho menos caras que esta habitación —dije.

Frunció el ceño más fuerte y no era una mirada que hubiera visto mucho en su rostro.

—¿Es el dinero lo que hace la diferencia para ti, Anita? Gano un sueldo decente de la presidencia de la Coalición peluda.

—Te has ganado el sueldo, Micah. Tu promedio, es que, ¿sesenta horas a la semana?

—No estoy diciendo que no merezca el dinero, Anita. Sólo estoy preguntando ¿por qué no aceptas esto de mí, cuando aceptas regalos de Jean-Claude?

—En primer lugar tampoco me gustan las flores. Llegaste a la ciudad justo después de que hubiera dejado de discutir con él sobre el tema.

Sonrió, pero no era una sonrisa realmente feliz. Más bien compungida.

—Nos vamos a casa mañana, Anita. No tengo tiempo para acostumbrarme a la idea. —Suspiró—. Estaba deseando pasar algún tiempo, sólo nosotros, y no eres feliz al respecto. Creo que mis sentimientos están heridos.

—No quiero herir tus sentimientos, Micah. —Realmente no lo hacía. Le toqué el brazo, pero retrocedió fuera del alcance y volvió a deshacer las maletas. La sensación de opresión en mi estómago volvió, pero por una razón diferente.

Micah nunca discutía conmigo. Nunca empujaba sobre nuestra relación. Hasta este momento, habría pensado que era feliz. Pero esto no se sentía feliz. ¿Era culpa mía, porque no estaba disfrutando la habitación? ¿O era esta charla que había surgido, y no lo sabía?

—Ya sabes —dijo desde la cama—, eres la única mujer que conozco que no me pregunta por cómo conocí al agente Fox. —El cambio de tema fue demasiado rápido para mí.

—¿Qué? Quiero decir, ¿quieres que te pregunte? —Se detuvo con el kit de baño en sus manos, como si tuviera que pensar en su respuesta y el movimiento hubiera interferido con el pensamiento.

—Tal vez no, pero quiero que lo quieras hacer. ¿Tiene esto algún sentido?

Me tragué rápidamente mi acelerado pulso. Esto se sentía como el comienzo de una discusión. No quería discutir, pero sin Nathaniel o alguien que me ayudara a hablar o sacarme de ella, no estaba segura de que supiera cómo hacerla descarrilar.

—No estoy segura si he entendido, Micah. No quieres que te lo pregunte, pero quieres que lo quiera hacer. —Negué con la cabeza—. No lo entiendo.

—¿Cómo podrías, cuando ni siquiera yo lo entiendo? —Parecía enfadado por un momento, y luego su rostro se redujo de su habitual belleza, agradable neutralidad. Había sido sólo en el último mes que me había dado cuenta de cuánto dolor y confusión se escondía detrás de esa cara—. Quiero que te preocupes lo suficiente de mí como para tener curiosidad, Anita.

—Me importas —dije, pero me mantuve apoyada contra la puerta francesa abierta. Tenía las manos detrás de mi espalda, los dedos agarraban la puerta como si fuera un ancla para impedir que fuera arrastrada por el torbellino emocional.

Estaba desconcertada por encontrar una salida a la discusión que se avecinaba y, finalmente, tuve una idea.

—Creí que me lo dirías cuando estuvieras listo. Nunca me has preguntado por mis cicatrices. —¡Vaya! Ese fue un punto válido.

Sonrió, y fue su antigua sonrisa, la que casi había eliminado de él. La sonrisa era triste, melancólica, odio en sí misma, y no tenía nada que ver con nada agradable. Era una sonrisa sólo porque sus labios se curvaron hacia arriba en vez de hacia abajo.

—Creo que no he preguntado por las cicatrices. Me imaginé que me lo dirías si querías que lo supiera. —Tenía toda la ropa guardada, sólo el kit de artículos de tocador esperaba en la cama—. Le prometí a Nathaniel que pediría la comida cuando llegáramos aquí —dijo.

Una vez la conversación cambió demasiado rápido para mí.

—¿Estamos cambiando de tema?

Él asintió con la cabeza.

—Has conseguido un punto —dijo él—. No te gustaba la habitación, y eso hirió mis sentimientos. Luego no pareció preocuparte el encuentro con Fox y escuchar más detalles de mi ataque. Pensé, que si se preocupa, ella querrá saber más.

—¿Así que no vamos a discutir?

—Tienes razón, Anita, nunca he preguntado cómo conseguiste alguna de tus cicatrices. Nunca te he preguntado, al igual que nunca me has preguntado. No me puedo enfadar contigo por algo que yo mí mismo he hecho.

La tensión en mi pecho se alivió un poco.

—Te sorprenderías por el número de personas que aún lucharían por eso.

Sonrió, aún no estaba satisfecho, pero un poco mejor.

—Pero en realidad me gustaría que trataras de disfrutar de la habitación y no actuaras como si te hubiera atraído aquí para propósitos nefastos.

Respiré hondo y solté el aire, y luego asentí.

—Es una hermosa habitación, Micah.

Sonrió, y esta vez llegó a sus ojos de gato gatito.

—Justo lo que quería, que lo intentaras.

Asentí con la cabeza.

—Si esto significa tanto para ti, sí.

Él respiró hondo, como si su propio pecho hubiera estado un poco

apretado.

—Voy a colocar los artículos de tocador, luego mira el menú del servicio de habitaciones.

—Nathaniel se enfadó bastante porque no consiguió prepararnos un verdadero desayuno —dije, todavía aferrándome a la puerta.

—Recuerdo cuando un panecillo era el desayuno —dijo Micah.

—Demonios —dije—. Recuerdo cuando el café era el desayuno.

—Yo no —dijo—. He sido un licántropo demasiado tiempo. Tenemos que comer regularmente para ayudar a controlar nuestras bestias.

—Un hambre alimenta a la otra —dije.

—Voy a pedir la comida. Tú mira en el expediente.

—Lo miré en el avión.

—¿Te acuerdas de todo lo que lees?

Lo pensé, y luego sacudí la cabeza.

—No, esperaba que ayudase a quitar de la cabeza que estábamos a cientos de pies sobre la tierra firme, pero supongo que en realidad no ayudó.

—Me di cuenta de cuán inútil que era. —Alzó la mano hacia arriba. Aún quedaban marcas oscuras de mis uñas. Teniendo en cuenta lo rápido que sanaba, eso significaba que realmente le había hecho daño.

—Jesús, Micah, lo siento.

Sacudió la cabeza.

—No me estoy quejando. Como dije en el avión, fue interesante verte tan… tan conmovida.

—Me ayudaste a estar allí —dije con un hilo de voz.

—Me alegra oír que la sangre fue derramada por una buena causa.

—¿Realmente sangraste? —Asintió con la cabeza.

—Está curado, pero sí, lo hizo. Aún no estás muy acostumbrada a ser más que una humana fuerte.

—Voy a leer el archivo porque lo necesito antes de la noche, pero si quieres hablarme de cómo te convertiste en un hombre leopardo, puedes hacerlo. Honestamente, una vez me dijiste que fue por un ataque, y te traté como cualquier sobreviviente. Uno no pregunta a los sobrevivientes por un trauma; les dejas venir a ti.

Se dirigió hacia las puertas, y por un momento pensé que pasaría sin tocarme. Lo que hubiera sido malo. Me dio un beso rápido y una sonrisa, luego se trasladó junto a mí para poner el kit en el cuarto de baño.

Me quedé allí un momento, apoyada contra la puerta. Estábamos haciendo exactamente lo que me temía que haríamos solos. Estábamos rastrillando mierda emocional. Suspiré y se trasladó a la habitación. El maletín estaba esperando al lado del sofá. Saqué el expediente y lo llevé a la mesa de cuatro plazas del gran ventanal. La calle principal estaba fuera, pero serpenteaba alrededor de una acera que ondulaba alrededor de una gran fuente. De algún modo la hizo parecer menos una carretera y más una vista.

Pude oír a Micah entretenerse en el baño. Tenía que estar sacando los cepillos de dientes, desodorantes, etc… Había dejado de desempaquetar una vez que la ropa estaba bien colgada. Ambos Micah y Nathaniel eran más limpios y más domésticamente organizados que yo. Supongo que Jean-Claude también lo era. No estaba segura de Asher. Pero yo definitivamente era la vaga del grupo.

Abrí el expediente y me puse a leer. No había mucho allí. El nombre del fallecido era Emmett Leroy Rose. Había tenido una doble titulación de la Universidad de Pennsylvania en contabilidad y pre leyes. Había conseguido su título de abogado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Pittsburgh. Había muerto de un ataque cardíaco a la edad de cincuenta y tres años, mientras se encontraba en custodia federal a la espera de testificar en un juicio importante. Había muerto hace menos de tres meses. Se especificaba su raza afro-americana, lo que no era importante para mí. Su religión estaba registrada como protestante, y la información que necesitaba. Había pocas convicciones religiosas que podían interferir en el levantamiento de un zombi. Vaudan-voodoo, era la mayor. Podría ser difícil levantar a alguien quien había estado trabajando con alguna magia similar a la que yo usaba. Las Wiccas también podrían dificultar las cosas, y también podrían algunas de las creencias más orientadas místicamente. La Derecha cristiana de cualquier tipo no era un problema. Y las habilidades psíquicas podían meterse con un zombi y hacer que fuese difícil de levantar o difíciles de controlar una vez que le has levantado. Si había algo diferente sobre Emmett Leroy Rose de que era un ser humano normal, no estaba en el archivo.

De hecho, había algunas cosas importantes que faltaban en el archivo. Como que había sido arrestado por… ¿Qué actividad ilegal hizo para que le cogieran que fue lo suficientemente mala como para ponerlo en custodia federal en espera de su testimonio? ¿Y exactamente que le hizo una prueba

importante en el juicio? ¿Era un negocio de la mafia? ¿Eran asuntos de gobierno? ¿Era algo más que ni siquiera podía pensar? ¿Qué hizo el Sr. Rose para tener tanta suciedad, y que querían los federales de él para que estuvieran dispuestos a sacar la pala? ¿Necesitaba saber todo previamente para levantarle de la tumba? No. Pero no estaba acostumbrada a ir a ciegas. Si me hubieran enviado este archivo, hubiera tenido que haberles dicho que necesitaba más información. Sí, hubieran respondido que era una necesidad-de-conocimiento básico, y yo hubiera dicho que si querían que levantara al zombi, que necesitaba saber. Larry solo tomaba las migajas que le daban y no se quejaba.

Me preguntaba cómo lo estaba haciendo Tammy. ¿La llamo y le pregunto? Más tarde, decidí. Trataría de obtener alguna información más por Fox en primer lugar. A decir verdad, había tenido tanta angustia emocional que podía hacer frente a un poco más. Si las noticias eran malas esperarían, y no sabría qué decir de todos modos. Dije una breve oración para que Tammy y el bebé estuvieran bien. Eso era lo más determinado que podía hacer.

Llamé al número que tenía de Fox. No teníamos problemas emocionales, sólo negocios. Qué alivio.

—En el archivo tienes todo lo que necesitas para levantar a Rose de entre los muertos, Alguacil Blake —dijo Fox.

Imaginé que me diría eso, pero…

—Sólo dime una cosa, Fox, ¿cuán implicado estaba Emmett Leroy Rose?

—¿Qué quieres decir con «implicado»? —preguntó, pero su tono, dijo que lo sabía.

—¿Qué tan importante era como testigo?

—Murió de causas naturales, Blake. No fue asesinado. No había un contrato sobre él. Acabábamos de sorprenderlo haciendo algo malo. Tan malo, que él mismo no quería ir a la cárcel. Así que nos dio a más gente importante. O iba a hacerlo.

—¿Tenía un corazón débil?

—No, si lo hubiera tenido, habríamos tenido un reportero de la corte para tomar su testimonio, por si acaso. Más tarde descubrimos que su padre había muerto de un ataque cardíaco inesperado a casi la misma edad.

—Ves, Fox, si hubiera sabido eso, habrías tenido su testimonio antes, ¿verdad?

Se quedó callado un segundo, y luego dijo:

—Tal vez.

—¿Tienen algo que no hayan incluido en este archivo que me podría morder el culo después? Como un padre que murió de un repentino ataque al corazón.

Hizo un sonido que podría haber sido una risa.

—Es un buen punto, Alguacil Blake, pero no, no hay nada que te pueda afectar a ti o a tu trabajo.

—¿Alguna vez has visto a alguien resucitar muertos, Agente Especial Fox?

Se quedó callado de nuevo. Entonces:

—Sí. —Solamente una palabra.

Esperé a que dijera más, pero no lo hizo.

—Así que estás satisfecho con la información que tengo.

—Sí —dijo de nuevo, y tenía un tono que me dijo que esta conversación estaba a punto de terminar—. ¿Por qué creo que si te hubiera llamado antes que a Kirkland, habrías sido un dolor en el culo mucho más grande?

Eso me hizo reír.

—Oh, sí —dije—. Soy un dolor en el culo mucho más grande que Larry.

—¿Cómo lo está haciendo su esposa?

—Le voy a llamar cuando te cuelgue el teléfono.

—Dale recuerdos. —Colgó el teléfono.

Suspiré y colgué mi extremo. Luego me fui a mi teléfono móvil en la parte frontal del maletín. Lo encendí, y había un mensaje. Apreté los botones hasta que el teléfono soltó el mensaje. La voz de Larry:

—Anita, soy Larry. Han detenido el parto. La van a mantenerla esta noche, sólo para estar seguros, pero se ve bien. Gracias por hacerte el camino a Filadelfia. Gracias por todo. —Luego se echó a reír—. ¿Qué te parece el archivo? Realmente informativo, ¿no es cierto? —Se rió de nuevo, y luego colgó.

De repente me senté en una especie de sofá. No creo que me hubiera dado cuenta de lo preocupada que estaba hasta que todo estuvo bien. Ni siquiera me agradaba mucho Tammy, pero Larry era mi amigo y me habría roto el corazón.

Micah estaba de pie delante de mí. Levanté la mirada.

—Tammy y el bebé van a estar bien. Debió llamar mientras estábamos en el aire.

Micah sonrió y me tocó la cara.

—Estás pálida. Estuviste muy preocupada por ella, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—¿Me lo escondiste o no te habías dado cuenta?

Le di una sonrisa que era un poco irónica para ser feliz.

—Deja de conocerme tan bien, maldita sea.

—Mejor de lo que tú te conoces a ti misma, a veces —dijo en voz baja. Y eso estaba un poco cerca de la verdad.



SEIS

El servicio de habitación llegó con una llamada y una delicada voz. Micah llegó a la puerta antes que yo, pero no la abrió. A algunas personas en mi vida les había enseñado precaución, pero Micah había venido con esa parte en el equipaje del novio estándar.

Comprobó la mirilla, luego me miró.

—Servicio de habitaciones. —Pero no abrió la puerta. Le vi tomar una profunda respiración, oliendo el aire—. Huele como a servicio de habitaciones.

Mi mano se apartó de la pistola debajo de mi brazo. No me había dado cuenta de que mi mano estaba en ella hasta ese momento. Su olfateo de la puerta me había hecho pensar, solo durante un segundo, que algo estaba mal, no es que él fuera simplemente oliendo el aire porque oliera bien.

Se puso sus gafas de sol antes de abrir la puerta. Me aseguré de que la chaqueta estaba cubriendo la pistola. No querrías extrañar a nadie, y

definitivamente no querrías darle al personal una razón para hablar. Esconder todo lo que estaba fuera de lo normal que para nosotros era práctica estándar. La gente tiende a ponerse nerviosa alrededor de las pistolas y los cambiaformas. Figúrate.

El chico sonrió y preguntó a dónde nos gustaría que dejara la bandeja. Le dejamos poner un trapo encima de la mesa de la ventana.

Parecía que le llevaba mucho tiempo dejar todo listo. Situó los casos de agua, servilletas reales, incluso una rosa en un vaso en el centro de la mesa. Nunca había visto esto elaboración en el servicio de habitaciones. Finalmente, terminó. Micah suspiró por la comida, y el chico se fue con *Que tengan un buen día* que realmente sonaba sincero.

Micah cerró la puerta detrás de él, poniendo todos los cerrojos en su lugar. Lo aprobé. Los cerrojos no te ayudan si no los usas.

Estaba intentando decidir si fruncía el ceño.

—Me gusta la precaución… sabes que me gusta.

—Pero —dijo, dejando las gafas de sol encima de la mesa de café.

—Pero creo que debería quejarme antes de que me queje por algo más.

Su sonrisa se deslizó un poco.

—¿Ahora qué?

—Hay una ensalada aquí con pollo gratinado y manteca de pollo untada en la pechuga gratinada con verduras. La ensalada mejor que no sea mía.

Él entonces sonrió, y fue esa repentina sonrisa la que me dio un vistazo de la apariencia que habría tenido a los quince años.

—Conseguiste la pechuga de pollo.

Fruncí el ceño.

—Habría preferido filete.

Él asintió.

—Sí, pero si comes tan fuerte entonces luego la comida no te sentará bien si el sexo es demasiado…, um, vigoroso.

Intentó no sonreír y fallé.

—Y el sexo va a ser…, um, ¿vigoroso?

—Espero que sí —dijo.

—Y conseguiste la ensalada, porque…

—Estaré haciendo la mayoría del trabajo —dijo.

—Ahora, eso no es cierto —dije.

Me abrazó, y siendo de la misma altura hizo el contacto visual muy serio, muy íntimo.

—Quien haga la mayoría del trabajo depende de quién esté haciendo qué. —Su voz era baja y profunda. Su cara estaba inclinada, más cerca cuando dijo—: Sé exactamente lo que quiero hacerte y que hacer contigo, y eso significa que haré, —y su boca estuvo sobre la mía—, la mayor parte del trabajo.

Pensé que me besaría, pero no lo hizo. Se alejó y me dejó sin respiración y un poco temblorosa. Cuando pude hablar sin sonar tan temblorosa como me sentía, pregunté:

—¿Cómo haces eso?

—¿Hacer qué? —preguntó cuando se sentó en su lado de la mesa, extendiendo su servilleta en su regazo.

Le miré.

Se rió.

—Soy tu Nimir-Raj, Anita. Tú eres mi Nimir-Ra, mi reina leopardo. En el momento que nos conocimos, mi bestia y esa parte de ti que llama y es llamada a los seres leopardos fue percibida mutuamente. Lo sabes.

Me sonrojé, porque el recuerdo de solo cuanto nos habíamos percibido juntos en el momento que nos conocimos siempre me hizo avergonzarme un poco. Todo está bien, más que un poco.

Micah era el primer hombre con el que había tenido sexo a las pocas horas de conocerle. Lo único que le había evitado de ser un encuentro de una noche fue el hecho de que se quedó, pero no había sabido que él lo haría cuando ocurrió al principio. Micah había sido la primera persona con la que alimenté el *ardeur*, el primer cuerpo cálido con el que sacié esa horrible sed. ¿Fue ese el vínculo? ¿Fue el cimiento?

—Estás frunciendo el ceño —dijo.

—Pensando demasiado fuerte —dije.

—Y no sobre algo placentero, por la mirada en tu cara.

Me encogí de hombros, lo cual hizo que la chaqueta se frotara en la pistola. Me quité la chaqueta y la colgué a través del respaldo de la silla. Ahora la pistolera de hombro estaba desnuda y agresiva contra la camisa carmesí. Mis brazos estaban expuestos, los cuales mostraban muchas de las cicatrices.

—Estás enfadada —dijo—. ¿Por qué?

De hecho ladeé la cabeza, porque él tenía razón.

—No preguntes, ¿vale? Solo déjame pasar mi humor gruñón, también intentaré dejarlo ir.

Me miró durante un momento, luego dio un pequeño asentimiento. Pero su cara estaba de vuelta siendo cuidadosa. Su neutral y placentera cara de *Estoy manejando su humor*. Odiaba esa cara porque significaba que estaba siendo difícil, pero no sabía cómo dejar de ser difícil. Estaba cayendo sobre temas que había pensado que habían funcionado hace meses. ¿Cuál demonios era la cuestión conmigo?

Comimos en silencio, pero no era un silencio cómodo. Era tenso, al menos en mi propia cabeza.

—Vale —dijo Micah, y su voz me hizo saltar.

—¿Qué? —pregunté, y mi voz sonó estridente, de alguna manera entre una respiración y un grito.

—No tengo ni idea porque estás así, —hizo un movimiento sin decir nada con su mano—, pero jugaremos a tu manera. ¿Cómo conseguiste las cicatrices en tu brazo izquierdo?

Miré mi brazo como si de repente hubiera aparecido allí. Miré al montón de tejido cicatrizado en el interior del codo, la quemadura en forma de cruz justo debajo, el corte del cuchillo, y las recientes marcas entre las dos. Esos mordiscos aún estaban de algún modo rosa, no blancos y brillantes como el resto. Vale, la quemadura no era blanca, actualmente era más oscura, pero…

—¿Cuál? —pregunté, mirándole.

Él entonces sonrió.

—La cicatriz de la quemadura en forma de cruz.

Me encogí de hombros.

—Fui capturada por algunos Renfields, humanos con unos pocos mordiscos, quienes pertenecían a un maestro vampiro. Los Renfields me encadenaron como un tipo de aperitivo para cuando su maestro se levantara por la noche, pero mientras estábamos esperando ellos decidieron hacer algo divertido. La diversión fue calentar una cruz de hierro y marcarme.

—Cuentas la historia como si no significara nada para ti.

Me encogí otra vez.

—No es eso. De verdad que no. Quiero decir que fue aterrador y horrible, y dolió como el infierno. Intento no pensar en ello. Si habito demasiado en las cosas que podrían ir mal o haber ido mal en el pasado, tendría problemas para hacer mi trabajo.

Me miró, y estaba enfadado. No sé por qué.

—¿Cómo te sentirías si te contara mi historia de la misma manera?

—Cuenta tu historia de la manera que quieras, o no la cuentes, Micah. No soy la que nos está forzando a jugar a las confesiones verdaderas.

—Bien —dijo—. Tenía dieciocho años, casi diecinueve. Estaba anocheciendo cuando salí de la universidad. Mi primo Richie acababa de salir del básico. Ambos volvimos a casa para que pudiéramos ir a cazar con nuestros padres una última vez. Ya sabes, un último fin de semana de chicos. —Su voz llevaba ira, y finalmente me di cuenta que él no estaba enfadado conmigo—. En el último minuto, Papá no podía venir con nosotros. Algunos cazadores se habían perdido, y Papá pensó que una de sus patrullas podía encontrarlos.

—¿Tu padre era policía?

Asintió.

—Sheriff del condado. El cuerpo que encontraron era un tipo sin casa que se había perdido en los bosques y murió de congelación. Algunos animales le habían seguido, pero no le habían matado.

Su cara se había puesto distante con el recuerdo. Había tenido a mucha gente diciéndome horribles verdades, y él lo contaba como muchos de ellos, sin histerismos. Ni nada, realmente. Sin efecto, como si los terapeutas y los sicólogos criminalistas dirían. Parecía vacío cuando contaba su historia. No importaba la manera práctica con la que conté mi historia, pero vacío, como si una parte de él no estuviera realmente allí. Lo único que mostraba era la tensión que se enhebraba con la ira en su voz.

—Estábamos todos armados, y Tío Steve y Papá nos habían enseñado a Richie y a mí como usar una pistola. Podía disparar antes de montar en bicicleta. —Dejó su cubierto encima de la mesa, y sus dedos encontraron el salero. Era cristal real, suave y elegante para un salero. Lo giró alrededor una y otra vez en sus dedos, dándole todo su contacto visual—. Sabíamos que sería la última vez en que los cuatro saldríamos a cazar juntos, ¿sabes? La universidad para mí, el ejército para Richie, todo estaba cambiando. Papá ya estaba disgustado por no venir, y también yo. Tío Steve se ofreció para esperarlo, pero Papá le dijo que fuera delante. Todos nosotros no conseguiríamos a nuestro venado en un día. Él subiría y se nos uniría al día siguiente.

Paró otra vez, esta vez durante tanto tiempo que pensé que había parado para bien. Le di el silencio para decidir. Parar, o seguir; hablar o no.

Su voz cuando salió era más vacía; sin ira ahora, sino el suave comienzo de algo peor.

—Conseguimos una cierva. Siempre conseguíamos dos etiquetas de ciervos y dos etiquetas de ciervas, entre los cuatro, podíamos disparar lo que encontrábamos. —Frunció el ceño, luego me miró—. No sabes lo que es la etiqueta de un ciervo, ¿verdad?

—La etiqueta de ciervo te dice lo que puedes disparar, ciervo o cierva. No tenías elección algunos años, porque algunos años había muchos ciervos más, así que anunciaron más etiquetas de ciervos. Aunque normalmente los ciervos son más abundantes.

Pareció sorprendido.

—Has estado cazando ciervos.

Asentí.

—Mi padre solía llevarme.

Sonrió.

—Beth, mi hermana, pensaba que era una barbarie. Estábamos matando a Bambi. A mi madre, Jeremiah, Jerry, no les gustaba matar cosas. Papá no se lo tomaba en su contra, pero eso significaba que Papá y yo estábamos más cerca que él y Jerry, ¿sabes?

Asentí.

—Lo sé. —Y justo eso fue como si él me hubiera dicho más sobre su familia de lo que sabía. Ni siquiera había sabido que tenía hermanos.

Mantuvo sus ojos en mi cara ahora. Me miraba directamente cuando dijo la siguiente parte, la mirada tan dura que incluso bajo circunstancias normales hubiera sido difícil aguantarla. Ahora, así, era como levantar algún gran peso justo para encontrar la demanda en sus ojos. Lo hice, pero fue un trabajo duro.

—Teníamos una cierva. La habíamos despellejado y puesto en un poste. Richie y yo lo estábamos llevando. Tío Steve nos estaba dirigiendo un poco. Él llevaba la pistola de Richie y la suya. Yo tenía mi rifle en una correa a través de mi espalda. Papá siempre me decía que si era mi pistola, necesitaba sujetarla con eso. Tenía el control todas las veces. Divertido. No pensé que a Papá realmente le gustarán las armas.

Su cara comenzó a romperse, tan desesperadamente, pero alrededor de los bordes. Todas las emociones que estaba intentando no perseguir alrededor de los bordes de su cara. Si no sabías lo que estaba buscando, no podrías haberlo comprendido, pero había tenido a demasiada gente contándome demasiadas cosas horribles para no verlo.

—Era un maravilloso día. El sol era cálido, el cielo era azul, los álamos

eran como dorados. El viento estaba racheado ese día. Las hojas seguían cayendo como una lluvia dorada. Era como estar dentro de un globo de nieve excepto por la nieve, era dorado, hojas amarillas. Dios, era maravilloso. Y así fue cuando eso vino a por nosotros. Se movía demasiado rápido, solo un borrón oscuro. Golpeó a Tío Steve y él solo cayó, nunca se volvió a levantar. —Sus ojos estaban un poco abiertos, su pulso saltando bastante en su garganta para que pudiera verlo. Pero a pesar de eso su cara estaba neutral. Controlada, controlada bastante tensa.

—Richie y yo tiramos la cierva, pero Richie no tenía un arma. Cogí mi rifle casi a mi hombro cuando golpeó a Richie. Cayó gritando, pero sacó su cuchillo. Intentó devolver la lucha. Vi el cuchillo centelleando a la luz del sol.

Paró otra vez, y esta vez la pausa fue tan larga que dije:

—Puedes parar, si quieres.

—¿Es demasiado horrible para ti?

Fruncí el ceño y sacudí mi cabeza.

—No, si quieres contarlo, escucharé.

—Hice un gran reparto de esto, no tú. Mi propia culpa —dijo esa última palabra con más sentimiento del que necesitaba. *Culpa*. Podía saborear la culpa sobreviviendo en el aire.

Quería ir alrededor de la mesa y tocarle pero tenía miedo de hacerlo. No estaba segura de que él quisiera ser tocado mientras contaba la historia. Después, pero no ahora.

—¿Sabes cuánto tiempo puedes congelarte en medio de una pelea?

Asentí, no estaba segura de lo que vio, y dije:

—Sí.

—Recuerdo la cara, su cara, cuando me miró desde el cuerpo de Richie. Nos has visto en forma de medio hombre. La cara es leopardo, pero no. Ni humano, ni tampoco animal. Recuerdo pensar, *debería saber lo que es*. Pero todo en lo que podía pensar era *Monstruo. Es un monstruo*.

Se lamió sus labios y tomó una respiración que sacudió cuando la soltó.

—Tenía el rifle en mi hombro. Disparé. Le di. Le di dos o tres veces antes de que me cogiera. Me desgarró con sus garras, y no fue un dolor afilado. Era como si fuera golpeado con un bate de baseball, duro y espeso. Sabes que te haces daño, pero no lo sientes como te imaginarías que se sentirían unas garras, ¿sabes lo que quiero decir?

Asentí.

—Sí, en realidad, sé exactamente lo que quieres decir.

Me miró, entonces bajó la mirada a mi brazo.

—Sabes lo que quiero decir, exactamente lo que quiero decir, ¿verdad?

—Más y más —dije, la voz suave y tan práctica como pude. Él tenía demasiadas emociones que no le daría ninguna de vuelta. Era lo mejor que podía hacer.

Me sonrió. Otra vez era esa sonrisa triste, nostálgica y de auto desprecio.

—El rifle no estaba. No recuerdo perderlo, pero mis brazos no funcionaban ya. Me tumbé allí en el suelo, con esa cosa sobre mí, y ya no tuve miedo. Nada de dolor, nada me asustaba. Era casi pacífico. Después de solo unos trozos. Recuerdo voces, a lo lejos. Recuerdo ser puesto en un helicóptero. Me desperté en el hospital con el Agente Fox a un lado y a mi padre en el otro.

Me di cuenta entonces de lo que había provocado el camino del recuerdo.

—Ver a Fox hoy lo trajo de vuelta.

—Algunos días solo era lenta.

Asintió.

—Me asustó verle, Anita. Sé que suena estúpido, pero lo hizo.

—No suena estúpido, y no lo mostró. Quiero decir, incluso yo no lo capté.

—No tenía miedo, Anita. Tenía miedo detrás de mi cabeza. Y entonces a ti no te gusta la habitación, y…

Fui hacia él entonces. Le abracé con mis brazos, presionando su cara contra mi pecho. Me devolvió el abrazo, tenso, tan tenso, como si estuviera agarrando la última cosa sólida en el universo.

—Me encanta la habitación, te amo. Lo siento estaba jodida.

Habló con su cara todavía enterrada contra mi cuerpo, así sus palabras fueron amortiguadas.

—No sobreviví al ataque, Anita. El hombre leopardo que nos atacó comió tanto de mi tío y de Richie como le fue posible, y se marchó. Algunos cazadores nos encontraron y los dos eran médicos. Estaba muerto, Anita. No había latido de corazón, ni pulso. Los médicos hicieron que mi corazón comenzara a latir de nuevo, que respirara de nuevo. Me socorrieron lo mejor que pudieron y me llevaron a un claro para que pudiera aterrizar el helicóptero que me llevaría al hospital. Nadie esperaba

que viviera.

Acaricié su pelo, todavía liso y apretado en la trenza.

—Pero lo hiciste —susurré.

Asintió, frotando su cabeza contra la camisa de seda y por debajo de mis pechos. No de una forma sexual, sino reconfortante.

—El hombre leopardo era un asesino en serie. Abatió a los cazadores, solo después de que mataran a un animal. El FBI puso en sobre aviso a los cazadores después de que fuéramos atacados. Fox dijo que lo consideraron como un asesino en serie solo unas pocas horas antes de que nos atacara. El primer ataque tuvo lugar en la reserva donde estuvo asignado.

—Él lo resolvió —dije.

—Él capturó al… monstruo. Estaba allí cuando le mataron.

Él siguió diciendo eso y monstruo. No oyes eso a menudo de los cambiaformas, no de otros cambiaformas.

—Morí, fui traído de vuelta, sobreviví, y sané. Sané muy rápido. Increíblemente rápido. Entonces un mes más tarde, fui uno de los monstruos.

—Su voz sonaba demasiado triste cuando lo dijo, tan indescriptiblemente triste.

—Tú no eres un monstruo —dije.

Se alejó lo suficiente para mirarme.

—Pero muchos de nosotros lo somos, Anita. Me uní al pard de Merle, y fue un buen líder, pero Quimera llegó y nos tomó, estaba loco y era cruel.

Quimera había sido el líder que asesiné para salvar a Micah y su gente, y a otros muchos más. Quimera había sido el único ser panwere del que había oído hablar, que podía convertirse en una gran variedad de animales. Antes de haberle visto, hubiera dicho que eso era imposible, pero después de verlo, tuve que acabar con él. Había sido realmente poderoso y un sádico sexual muy creativo.

Sostuve su cara entre mis manos.

—Eres una buena persona, Micah. No eres un monstruo.

—Te utilicé cuando nos conocimos por primera vez, Anita. Vi en ti una manera de salvar a mis Leopardos. De salvarnos a todos.

—Lo sé —dije—. Hablamos de eso. Me preguntaste que hubiera hecho para salvar a Nathaniel y a todos los leopardos de Quimera. Estuve de acuerdo en que habría hecho cualquier cosa, a menos que tú hubieras conseguido involucrarme. No podría culparte por eso.

—Desde el momento en que me tocaste, el plan cambió. Tú lo cambiaste. Lo cambiaste todo. Nunca me miraste como si fuera un monstruo. Nunca tuviste miedo de mí, en ningún momento.

—Lo haces sonar como si alguien más hubiera tenido miedo de ti.

Suspiró de nuevo.

—Tuve una novia en el Instituto. No es que estuviéramos prometidos exactamente, pero creíamos que una vez nos graduáramos, nos casaríamos.

—Suena bien —dije.

Sacudió su cabeza.

—Esperamos para tener relaciones sexuales, un año de espera. Ambos quisimos acabar primero el Instituto, cumplir dieciocho. Su hermana mayor se había quedado embarazada en la Escuela Secundaria, y había destrozado su vida, por lo que Becky era cuidadosa. Estuve de acuerdo con eso. Pensaba pasar el resto de mi vida con ella, así que ¿qué era un año más?

Me bajó hasta su regazo y me quedé sentada sobre sus piernas de una forma muy elegante.

—¿Qué pasó? —pregunté, porque pareció querer decirme algo más.

—Lo que hizo que ella rompiera finalmente conmigo, fue que me convertí en un monstruo. No pudo amar al animal.

No pude esconder la sorpresa que mostraba mi cara.

—Jesús, Micah, eso es…

Asintió.

—Fue duro, pero siendo un cambiaformas fue la última gota que colmó el vaso, no la primera.

Fruncí un poco el ceño.

—¿Cuál fue la primera gota?

Bajó la vista, y me di cuenta de que estaba avergonzado.

—¿Qué? —pregunté.

—Era demasiado grande.

Abrí mi boca y la cerré.

—¿Quieres decir que estabas demasiado bien dotado para ella?

Asintió.

Le miré y traté de decidir que decirle. Nada bueno vino a mi mente.

—¿A ella no le gustaba tener sexo contigo?

—No.

—Pero… pero eres, increíble en la cama. Eres…

—Pero tú no eras virgen, y yo tampoco tenía dieciocho años y era

virgen.

—Oh —dije, y pensé en eso. Micah estaba muy bien dotado. No sólo por lo largo, sino por lo ancho, lo cual había descubierto que podría ser un problema más difícil de tratar que la longitud. Había posiciones que se podrían hacer o modificar por la longitud. Con la anchura solo tenías que ajustarte a ella. Pensé teniendo todo empujando dentro de mí siendo virgen, y quizás sin suficiente estimulación—. Creo que puedo ver el problema.

—Le hacía daño. No era mi intención, pero se lo hice. Mejoré. Más estimulación sexual, más… simplemente mejor.

—Hay una línea de aprendizaje —dije.

Descansó su cabeza sobre mi hombro.

—Pero Becky jamás disfrutó realmente al tenerme dentro de ella. Tuvimos relaciones sexuales, pero siempre tuve que ser muy cuidadoso o decía que le dolía.

—Sabes que las mujeres tienen diferentes tamaños de vaginas, al igual que existen diferentes tamaños de penes. Quizá ella era demasiado pequeña, y tú no lo eras en absoluto.

Alzó la vista para mirarme, su mejilla descansando en mi brazo desnudo.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto.

Sonrió.

—Tú no tienes ningún problema conmigo, con nada mío.

Le devolví la sonrisa.

—No, y ella solo fue una persona. Una negativa no lo hace un problema.

—No fue solo un voto, Anita.

Levanté las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Tuve citas en la Universidad, donde todo iba bien hasta que ellas me veían completamente. Entonces recogían sus ropas y decían que de ninguna manera.

Le eché una mirada.

—Lo dices en serio.

Asintió.

Otro hombre, podría haber sido acusado de alardear, pero Micah no estaba alardeando. Tuve una idea. Fue casi intuitiva.

—Becky dijo que le dolía porque eras demasiado grande, y las chicas de la universidad ni siquiera quisieron intentarlo. Eso debió haber sido realmente duro para ti.

—Era realmente grande, o solo grande según las mujeres. Pero la mayoría de ellas, incluso aquellas que dijeron sí, no querían una dieta estándar. Era como una novedad. —Su voz se mostró triste de la misma manera en que se había mostrado antes enfadado—. Becky me hizo sentir como un monstruo que buscaba hacerle daño, por querer estar dentro de ella, por querer un sexo tan desesperado que le hacía daño. Muchas de las mujeres con las que salí, me hicieron sentir de la misma forma, o como si tuviera una marca en mi cadera y algún tipo de pilas, como si fuera uno de esos juguetes que compran en un sex shop. Solo me usaban.

Le miré de nuevo.

—Confía en mí, Anita, hay muchos bastardos ahí fuera, los cuales son tanto chicas como chicos. Excepto cuando una chica te trata como si fueras un objeto sexual, se supone que es lo correcto porque eres un chico y solo buscas sexo, ¿verdad?

—El viejo doble rasero —dije.

Asintió y me acarició.

—Hasta que llegaste.

Lo pensé durante un segundo.

—Espera un minuto. ¿Cómo supiste que no tendría problemas con tu…, hmm, tamaño?

—¿Ya sabes que los cambiaformas andan siempre desnudos, a menos que nos hagan vestirnos?

Sonreí.

—No todos estáis cómodos haciendo nudismo, pero la mayoría, sí.

—En primer lugar, había visto a Richard desnudo, y sabía que él había sido tu amante. Tampoco es pequeño. —Luché para no ruborizarme otra vez—. Segundo, me viste desnudo y no reaccionaste mal.

—Así que viste que mi ex-amante estaba bien dotado. Y no tuve que decirte que fueras cuidadoso con donde apuntabas eso. Eso podría pasar.

Sonrió.

—Algo así.

—¿Cómo supiste que no había roto con Richard porque era demasiado hombre para que pudiera manejarlo? —pregunté.

Debí de parecer tan sorprendida como me sentía.

Se echó a reír.

—No se lo pregunté a Richard. Pregunté por ahí y supe que él pensaba que eras demasiado sanguinaria, y tampoco le gustaba que trabajaras para la policía. Nada de eso me molestaba a mí.

—Así que aprovechaste la oportunidad —dije.

Asintió.

—Y desde el momento en que hicimos el amor, supe que haría cualquier cosa, cualquier cosa, para formar parte de tu vida.

—Dijiste eso. Fue una de las primeras cosas que me dijiste después de que tuviéramos sexo. Que tú eras mi Nimir-Raj, y yo era tu Nimir-Ra, y qué harías todo, harías cualquier cosa que yo necesitara, para estar en mi vida.

—Lo dije en serio.

—Ya lo sé. —Bajé con mi dedo trazando el lado de su cara—. Admito que me llevó algún tiempo entender lo que realmente significaba eso. Qué harías cualquier cosa, serías cualquier cosa que necesitara. ¿Qué hubiera pasado si te hubiera pedido cosas horribles, Micah? ¿Qué habrías hecho?

—No le pedirías a nadie hacer cosas horribles.

—Pero apenas me conocías entonces.

—Sólo tuve una corazonada.

Busqué en su expresión, tratando de ver de dónde había venido aquella certeza. Su cara había vuelto a ser pacífica, pero no vacía. Esta era su apacible cara de… ¡Soy Feliz!

—Nunca habría sido capaz de confiar en un extraño de esa forma.

—Nosotros nunca fuimos unos extraños, Anita. Desde el momento en que nos tocamos, dejamos de ser extraños. Nuestros cuerpos se reconocieron el uno al otro.

Le dirigí una dura mirada, pero sólo sonrió.

—Dime que estoy equivocado. Dime que tú no te sentiste de la misma forma.

Abrí mi boca, y la volví a cerrar, y finalmente dije:

—¿Así que… no fue amor a primera vista, sino al primer revolcón?

Su cara se volvió totalmente seria.

—No te burles, Anita.

Tuve que mirar hacia abajo, estando sentada castamente en sus muslos, tuve que apartar la mirada.

—Lo sentí, la atracción de tu cuerpo, desde la primera vez que nos

tocamos. Es sólo… que me crie creyendo que el sexo era algo malo, sucio. De hecho, el que consiguieras bajar todas mis defensas tan rápidamente, aún hace que me avergüence.

Me rodeó con sus brazos y me subió a su regazo, así pude sentir que estaba feliz de tenerme ahí. Sólo sintiendo lo duro que estaba, presionándose contra mí muslo, me hizo mantener el aliento.

—Nunca te avergüences de la forma en la que reacciona tu cuerpo, Anita. Es un regalo. —Deslizó sus manos bajando por mis piernas y me cogió en sus brazos.

—Puedo caminar —dije.

—Quiero llevarte.

Abrí mi boca para decirle que me bajara, pero no lo hice.

—¿Adónde quieres llevarme?

—A la cama —dijo.

Intenté no reír, pero fue una batalla perdida.

—¿Para qué? —Aunque estaba bastante segura de saberlo.

—Así podemos tener sexo, montones y montones de sexo, y cuando hayamos tenido tanto sexo como podamos, puedes dejar caer tus escudos y alimentar el *ardeur* ahora, pronto, así no tratará de levantarse mientras estemos rodeados por los agentes del FBI. —Comenzó a llevarme a la cama de nuevo.

Me llevó fácilmente, suavemente, aun cuando allí probablemente no hubiera una diferencia de veinte libras en nuestro peso.

Dije lo único en lo que podía pensar.

—Sabes cómo ganarte a una chica.

Me sonrió abiertamente.

—Bueno, podría haber dicho que el plan es follarte hasta que quedes inconsciente, pero entonces pensarías que estaba fanfarroneando.

—Nunca me he desmayado durante el sexo —dije.

—Siempre hay una primera vez —dijo. Y ya estábamos a los pies de la cama.

—Hablar es fácil —dije.

Me arrojó a la cama. Me lanzó tan súbitamente y tan lejos, que di un chillido cuando reboté en la cama. Mi pulso estuvo de repente en mi garganta. Tenía la corbata deshecha y estaba desabrochando los botones de su camisa.

—Apuesto a que seré el primero en desnudarme.

—No es justo —dije—. Tengo que quitarme la pistolera del hombro.

Se estaba quitando los tirantes de seda de sus hombros y sacó su camisa de sus pantalones.

—Entonces, es mejor que te des prisa.

Me apresuré.



SIETE

Micah se recostó en la cama mientras yo todavía estaba luchando por quitarme la ropa. Al verle desnudo contra las almohadas y el dorado y blanco de la colcha me hizo detenerme y mirarle. Y, no, no sólo miré a su ingle. ¿Cómo podría mirar a una única cosa, cuando todo él estaba acostado allí?

No parecía tan musculoso con ropa. Había que verlo al menos en su mayoría desnudo para apreciar la fina obra de músculos en sus brazos, pecho, estómago y piernas. Vestido, parecía delicado, sobre todo para un hombre. Desnudo, se mostraba muy fuerte y de alguna manera más… algo más que la ropa le robaba. Su bronceado contra la colcha era como la flor de la noche y nata, por lo que su cuerpo destacaba como si se hubiera establecido allí. Sus hombros eran anchos, su cintura y caderas estrechas. Todo formado como un nadador, pero era su forma natural, no que cualquier deporte en particular hubiera hecho.

Me perdí en el derrame de su pelo alrededor de su cara, lo había dejado suelto, y no le dije que lo atara. A veces, no era bueno tener todo ese pelo volando suelto. Podría ponerse en el medio.

Dejé que mi mirada se quedara por último lugar en su hinchazón, tan duro, tan largo. El tiempo suficiente para que pudiera tocar su ombligo sin utilizar las manos. Lo suficientemente grueso que no conseguía abarcar con el dedo y el pulgar por completo su contorno cuando estaba en su mayor apogeo. Volví la cara y me encontré con sus ojos, la delicada curva de su rostro.

—Eres tan hermoso —dije.

Sonrió.

—¿No debería ser mía ésa línea?

Tiré del cinturón de la liga.

—¿Quieres que deje esto y las medias puestos, o que los quite?

—¿Puedes quitarte la ropa interior sin quitar la liga? —preguntó.

Puse mi pulgar bajo el borde de las bragas de encaje y la deslicé hacia abajo. Jean-Claude me había roto las bragas desde dentro cuando las llevaba. Decía que sólo eran para mirarlas. En serio, me ponía las bragas de último, por lo que podía sacarlas primero. No dije eso en voz alta, porque no estaba segura de que Micah en realidad quisiera que le recordaran en este momento que estaba teniendo relaciones sexuales con otros hombres. Compartía bien y no parecía importarle, pero hablar de otro amante, en medio del sexo me parecía de mal gusto.

Me quedé allí de pie un momento sin otra cosa que el cinturón de la liga, las medias y los tacones. Me quedé allí hasta que sus ojos se llenaron de esa oscuridad de la que se llenan los ojos de los hombres en el momento en que se dan cuenta de que no vas a decir no. Había algo de posesión en esa mirada, algo que decía eres mía. No puedo explicarlo, pero he visto suficiente para saber que todos los hombres lo hacen, al menos la mayor parte del tiempo. ¿Tienen las mujeres una mirada que sea similar? Tal vez. ¿Yo? Sin un espejo nunca lo sabré.

Se arrastró sobre la cama y me dijo:

—Ven aquí. —Su mano se estableció alrededor de mi muñeca, me empujó contra la cama, pero tenía que subir a ella, así que tuve que dejarle que me ayudara a subir.

Me guio hasta que nos arrastramos a la cabecera de la cama. Me acomodó encima de todas las almohadas. Muchas almohadas, y me apoyé

contra ellas. Estaba casi sentada. Casi. Esperaba que Micah se acostase conmigo, pero no lo hizo.

Se arrodilló y dijo:

—Dobla las rodillas.

No estaba muy segura de lo que tenía en mente, pero doblé mis rodillas firmemente, recogiendo mis piernas, tacones y todo, contra la parte frontal de mi cuerpo. Me sentía muy incómoda, pero dejó una sonrisa en su rostro, que valía la pena. La sonrisa decía que había hecho exactamente lo que él quería que hiciera. Puso sus manos sobre la parte superior de las medias y las deslizó por ese largo y sedoso trayecto hasta que se enroscaron en los tobillos. Abrió mis piernas con las manos sobre los tobillos, completamente. Puso mis pies con los zapatos de tacón a cada lado, las rodillas dobladas. Al parecer, mis piernas no estaban lo suficientemente abiertas, porque las extendió un poco más.

Se inclinó hacia atrás en sus rodillas y solo me miró.

—Guau —dijo, y su voz salió en un ronco gruñido. Una palabra inocente, pronunciada en un tono que la hizo cualquier cosa menos inocente—. Dios mío, menuda vista. —Y su voz seguía siendo demasiado baja, un gruñido bajo, como si se hubiera hecho daño al hablar. Recorrió con las manos mis muslos hasta las medias y luego las trazó con la punta de los dedos hasta mis muslos desnudos. Deslizó sus manos hacia las nalgas, acunando mi culo. Se acostó con las manos ahuecadas todavía debajo mi cuerpo. Se incorporó sobre sus codos y miró a través la longitud de mi cuerpo hacia mí.

Mi voz era entrecortada.

—¿Es por eso que no te quitaste la trenza?

—Sí, —susurró, y empezó a mover la cara hacia abajo, hacia mí, de la manera en que te moverías lentamente para un beso. Dudó—. El ángulo no es del todo correcto. —Me levantó, como si pudiera sostenerme para siempre en sus manos como una ofrenda a sí mismo. Mis pies se salieron de la cama con su elevación. Me quedé con la opción de sujetar mis propias piernas con mis manos o poner mis pies alrededor de Micah. Si no estuviera usando tacones altos no me hubiera preocupado por eso, pero los tacones no estaban hechos para apuñalar la espalda de alguien. Nathaniel podría haberlo disfrutado, pero Micah no.

Lamió entre las piernas y la sensación robó mis pensamientos, mis palabras y mis buenas intenciones. Puse mis piernas alrededor de su

cuerpo. Los zapatos terminaron descansando sobre su espalda baja, las punteras sobre el oleaje de sus nalgas, la punta de los tacones haciendo presión en su espalda.

Esperé a que protestara, pero no lo hizo. Deslizó su cara entre mis muslos, sumergiendo su boca dentro de mí, contra mí, sobre mí. Me besó entre las piernas como si fuera mi boca. Explorando con los labios, lengua y, ligeramente, con los dientes. Me besó como si pudiera corresponderle al beso y la sensación me hizo mover las caderas contra él, para que se convirtiera en un beso. Un beso de su boca entre mis piernas, mis caderas acudiendo hacia su boca, mis muslos presionando contra su cara, mis tacones hundiéndose en su espalda.

Sentí un espasmo pasar por su cuerpo, los temblores subieron desde su espalda, hombros, a sus manos, haciendo que los dedos se apretaran alrededor de mis nalgas.

Se levantó para hablar con la boca brillante. Su voz era entrecortada, tensa.

—No puedo decidir si los tacones se sienten increíbles, o duelen. ¿Puedes quitártelos?

Deslicé un zapato sobre la colcha y usé el pie para quitar el otro zapato. Puse los pies en su espalda, sintiendo la calidez aumentando a través de las medias.

—Todo lo que tenías que hacer era preguntar. —Mi voz estaba sin aliento y más baja de lo normal. Se llamaba voz de habitación por una razón.

Me sonrió y descendió la cara lentamente hacia abajo. Mantuvo su mirada en mi cara mientras se deslizó entre mis muslos. Esos ojos verdes-amarillentos me miraron fijamente cuando lamió entre mis piernas, por lo que me dio la ilusión que su rostro terminaba con el verde y dorado de sus ojos.

—Dios, Micah, me encantan tus ojos así.

Él gruñó, y el sonido vibró a través de mi piel. Me hizo gritar, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados. El rugido se volvió un ronroneo cuando tiró de la parte más íntima de mí más profunda en su boca. Ese gruñido ronroneante cantó a través de mi piel, vibrando, aumentando. Tiró tanto de mí dentro de su boca y succionó tan fuerte y rápido como pudo.

Ese intenso y delicioso calor, comenzó a crecer entre mis piernas. Micah tiraba de esa calidez, el peso del placer con su boca, tirando hacia

dentro y hacia fuera, cada vez más, aumentando con cada movimiento de sus labios, cada caricia de su lengua, hasta que con un último tirón de su lengua él me trajo. Ese peso ardió sobre mí en una cálida oleada de placer que latía a través de mí, sobre mí, una y otra vez tanto como Micah había succionado, el placer nunca pararía. Me quedé sin aliento, los ojos se agitaban cerrados, sin huesos, impotentes. Estaba destrozada, arruinada, ahogándome en el placer. Sentí la cama moverse, sentí a Micah sobre mí. Traté de abrir los ojos, pero lo mejor que podía hacer era agitarlos lo suficiente como para ver luz y sombras.

—Anita —dijo, con una voz suave—, ¿estás bien? —Traté de decir que sí, pero no salió ningún sonido. Podía pensar, pero eso era lo único que hacía.

—Anita, di algo. Parpadea si puedes oírme.

Me las arreglé para parpadear, pero incluso cuando mis ojos se agitaron abiertos, todavía no podía enfocarlos. El mundo era de colores borrosos. Podía levantar un pulgar para hacerle saber que estaba bien, porque hablar era todavía demasiado difícil.

Se inclinó tan cerca que pude ver su rostro claramente.

—Ahora te voy a follar —dijo.

Me las arreglé para susurrar:

—Sí, por favor, sí.



OCHO

Puso sus manos en mis muslos y me atrajo desde el montículo de almohadas. Tirando de mí para que la parte superior de mi cuerpo estuviera fuera del plano inferior de la cama, pero mi cuerpo superior aún estaba un poco apoyada. Puso un dedo dentro de mí, sólo un dedo, pero la sensación hizo que me retorciera en la cama, me hizo gritar.

—Tan húmeda, y tan estrecha. Estás tan estrecha después de hacértelo con la boca.

Estaba de rodillas entre mis piernas, su cuerpo tan duro, tan maduro, tan dispuesto. Me dijo que yo era en lo único que estaba pensando.

—Fóllame, Micah, fóllame.

—Estás estrecha, Anita, muy estrecha.

Me levanté sobre los codos.

—Pero húmeda. Estoy demasiado húmeda. Me haces estar demasiado mojada.

Se lamió los labios y tragó saliva. Podía ver su pulso saltando en la garganta.

—No quiero hacerte daño.

—Si me duele, te lo diré.

Me miró, y su rostro no parecía lujurioso ahora, parecía nervioso, inseguro. Sabía que quería intentar entrar en mí de un solo golpe, pero tenía miedo. ¿Cuántas mujeres le habían hecho daño? ¿Cuántas le habían dicho que era un monstruo, un monstruo, simplemente porque era tan masculino? Me senté lo suficiente como para envolver mi mano alrededor de su dura longitud. Sólo por sostenerlo en mi mano echó mi cabeza hacia atrás, haciéndome gritar. Me quedé mirándole, sabiendo que mis ojos eran salvajes, apreté mi mano a su alrededor hasta que su cabeza fue hacia atrás, con los ojos en blanco.

Deslicé mi mano sobre él, acariciándole la suave y deliciosa cabeza. Me recosté sobre mis codos, mirándolo.

—Fóllame, Micah. Fóllame antes de que deje de tener pequeños espasmos dentro de mí. Me haces estar tan húmeda, tan estrecha, que mi cuerpo sigue teniendo pequeños mini orgasmos. Te quiero dentro de mí, mientras mi cuerpo todavía se está estremeciendo.

Se reclinó y me besó, su boca aún húmeda, aún con el sabor de la carne y ese fresco gusto, casi como la lluvia. Las personas pueden hacer chistes de pescado, pero no todas las mujeres tienen el mismo sabor.

Se echó hacia atrás desde el beso, se mantenía apoyado sobre sus brazos. Pero su cuerpo ya estaba empujando contra mí.

Sentir su peso contra mí hizo que arqueara la espalda contra la cama. Mantuvo su cuerpo por encima del mío para poder ver cada pulgada de él cuando empezó a tratar de abrirse paso dentro de mí.

Estaba lo suficientemente mojada, pero él la tenía tan amplia, tan, tan amplia, que tenía que facilitar su camino para entrar, e incluso facilitado tenía que forzarse. Tuvo que abrirse paso para entrar. Si hubiera lanzado el *ardeur*, habría estado más abierta, más dispuesta para él. Sólo el *ardeur*, sin mucho juego previo podía hacer que mi cuerpo estuviera listo, ansioso, y más abierto. Pero los dos queríamos que estuviera apretada, ambos queríamos sentir su lucha por abrirse camino a través de mí.

La punta desapareció dentro de mí, con mucho aún por entrar. Verle empujándose centímetro a centímetro dentro de mí me hizo llorar, hizo que mi cuerpo se levantara, por lo que mis manos se fueron alrededor de mis

muslos. Así que tenía mis piernas y mi cuerpo hechos un ovillo. Para poder verle y sentirle completamente.

A medio camino a través de sus ojos cerrados, dejó de moverse, bajando la cabeza. Su voz fue tensa.

—Tan húmeda. Dios, tan estrecha. Sigues agarrándome con tu cuerpo. Es como si cuanto más empujara, más espasmos tienes. Sólo empujando dentro de ti, causo pequeños orgasmos.

—Sí —dije, y mi voz era entrecortada, era ansiosa—. Sí, la sensación de tenerte dentro de mí, cuando estoy tan estrecha, tan húmeda. Es increíble. ¡Oh, Dios, Micah, no pares, no pares!

Alzó el rostro, entonces me miró a los ojos. Buscó mi cara como si pensara que le estaba mintiendo.

—¿Hablas en serio?

—Sí, Dios, sí.

—Estas lo suficientemente mojada, pero nunca habíamos tratado de hacer esto cuando estabas tan cerrada, Anita. —Una impaciencia luchaba en sus ojos por la preocupación—. Puedo presionar más rápido, pero no quiero hacerte daño.

Le miré a la cara y le dije lo que pensaba.

—No sé con qué fantasma estás luchando ahora mismo, pero no soy yo. Cualquiera en que pensaras que le harías daño, no soy yo. Fóllame, fóllame, fóllame de la forma en que ambos tanto deseamos.

Lo vi decidirse con nuestras caras a pulgadas de distancia, nuestros cuerpos enlazados el uno con el otro. Vi que se decidía. Sus caderas se movieron hacia adelante, empujándose dentro de mí. Le dije que dejara de ser cuidadoso. Me tomó la palabra.

Se metió dentro de mí, luchó por imponer su dureza dentro de mí, tan lejos y tan rápido como pudo. Estaba demasiado apretada y él la tenía demasiado amplia para la velocidad, pero mientras que anteriormente cuando había sentido la resistencia había dudado, ahora se empujó más fuerte. Mi cuerpo se resistió, y su cuerpo se estrelló contra el mío. Empujó todo esa dura, y amplia carne, toda dentro de mí. Se abrió paso en mí, mientras mi cuerpo todavía estaba tratando de averiguar si era algo bueno o malo.

Por un lado se sentía increíble, tan duro, tan largo y tan ancho, y todo dentro de mí. Dios, se sentía bien. Eso me arrojó de nuevo contra la cama, arrancando gritos de placer de mi boca. Me hizo retorcerme a su alrededor,

retorciéndome y luchando, atrapados entre el orgasmo y mi cuerpo que me decía que tal vez no deberíamos estar haciendo esto. Para ese momento pensé, demasiado, demasiado grande, hay que disminuir la velocidad, y de hecho tomé aire para decirlo, el orgasmo se detuvo en espasmos y de pronto fue completo. Me pilló con la guardia baja, al igual que hacían muchos de los orgasmos sexuales. Resultó casi doloroso para un increíble placer. Me hizo arrojar mi cuerpo a su alrededor, por encima de él, tiré mi parte superior del cuerpo contra las almohadas, una y otra vez como una marioneta cuyos hilos se han cortado. Me retorcía y gritaba, y luchaba, y bailé bajo su mando. Y se metió dentro de mí en la medida que pudo hacerlo, golpeando el final de mí cuando todavía quedaba parte de él por introducir.

Él se salió, y se frotó, porque el orgasmo me apretó a su alrededor, tratando de aferrarse a su todo mientras retrocedía para salir. Comenzó a empujar de nuevo dentro y tan fuerte como la sujeción se lo permitió. Se abrió camino dentro y fuera, mientras yo me retorcía y gritaba. Tuve que agarrarme a algo. Mis manos encontraron sus hombros, sus brazos, y los hice sangrar al descender.

Demasiado placer, demasiadas sensaciones, como si todo ese placer fuese derramado fuera de mí por la sangre que corría por su cuerpo.

Su voz llegó jadeando.

—Alimenta el *ardeur* pronto, Anita, por favor. Dios, pronto. No voy a durar mucho más tiempo. —Me había olvidado de lo que estábamos haciendo. Me había olvidado del *ardeur*. Me había olvidado de todo menos el sexo. Me llevó sólo un pensamiento, y de repente apareció el *ardeur*. Pero había ido demasiado lejos en el orgasmo, el placer, y nuestros cuerpos. Siempre antes, el *ardeur* se había sentido más, al igual que su propia presencia, pero ahora era sólo otra parte del sexo. Era como una capa extra de calor añadida a una hoguera que ya estaba ardiendo por la habitación.

Arrancó los sonidos de mi garganta, mis uñas rayaron la espalda de Micah, y sólo entonces me di cuenta de que estaba encima de mí, no por encima de mí, sino presionado por encima de mí en la posición del misionero más estándar. No me acordaba de cuando había cambiado de posición.

El *ardeur* me había abierto a él, y finalmente fue capaz de empujarse dentro y fuera de mí, luchando contra mi cuerpo ahora, pero entrando y

saliendo. Llegó al final de mí antes de que su empuje se terminara, pero no había más de mí, ningún otro sitio a donde ir. Se levantó en sus brazos por un momento para que pudiera mirar hacia abajo por mi cuerpo hacia su carne que entraba en mí, una y otra y otra vez, y el orgasmo era casi, casi, casi. Podía sentir su cuerpo que cambiaba el ritmo, sentir que estaba cerca. El *ardeur* no podía alimentarse de Micah hasta que el orgasmo llegara. Era demasiado dominante, demasiado controlado; sólo con el orgasmo bajaba lo suficientemente sus escudos como para ser alimento para mí.

Gritó por encima de mí, sus caderas haciendo un último empuje que me llevó a gritar fuera de la cama, inclinando la espalda, cerrando los ojos. Grité para él mucho tiempo después de haber terminado, y se tumbó encima de mí, tratando de volver a aprender a respirar. Grité y me retorcí debajo de él, todavía atrapados en las réplicas de lo que habíamos hecho.

Cuando pudo moverse, salió de mí, y eso me hizo retorcerme de nuevo, pero casi tan pronto como salió el dolor comenzó. Que las endorfinas hubieran comenzado a desvanecerse tan rápido significaba que estaría dolorida más tarde. Pero era del tipo de dolor que no me importaba. El tipo de lesión que sería como un recuerdo, que podía sacar y mirar y recordar lo que había hecho. Recordar el placer de hacerlo con cada dolor entre mis piernas.

Micah estaba extrañamente tumbado, medio sobre su estómago, medio de lado. El brazo que estaba sobre mí sangraba. Tendría sus propios dolores y los dolores de recordar esto. Se movió, apoyándose en los codos, y vi su espalda.

Abrí la boca y dije:

—Jesús, Micah, lo siento.

Dio un respingo.

—Las uñas no suelen doler tan pronto después del buen sexo.

Asentí con la cabeza.

—Cuando las endorfinas se van rápido, sabes que estás herido. —Su espalda parecía que había sido atacada por algo con más garras que yo.

—¿Estás herida? —preguntó.

—Un poco de dolor.

Me miró con ojos serios.

—Cuando salí, había sangre. No mucha, pero algo.

—Antes hemos tenido un poco de sangre —dije.

—Sí, pero normalmente está cerca tu periodo. Esto no lo está. —Su

rostro estaba serio de nuevo. Esa sombra de viejos recuerdos, antiguas novias en sus ojos.

—¿Cómo se siente tu espalda? —pregunté.

Me sonrió.

—Duele.

—¿Te lamentas?

Negó con la cabeza.

—Dios, no, fue una-cabalgada-increíble.

—Pregúntame cómo me siento —dije.

—¿Te he hecho daño?

—Ya me duele, lo que significa un poco. —Me tocó la cara antes de que pudiera apartar la mirada—. Ahora me preguntarás si me arrepiento.

Me dio esa sonrisa triste, mezcla de la suya.

—¿Te lamentas?

—Dios, no —dije—. Fue una-cabalgada-increíble.

Sonrió, y era una verdadera sonrisa. Vi desaparecer los fantasmas de sus ojos hasta que no quedó nada más que el tibio placer.

—Te amo —dijo—. Te quiero demasiado.

—Yo te amo.

Bajó la mirada a la colcha, que estaba un poco peor.

—Será mejor que nos levantemos de esto antes de dejar más sangre. —Se puso de pie, afirmándose en el borde de la cama como si sus piernas no estuvieran funcionando del todo todavía. Yo no podría haber caminado ni siquiera si una alarma de incendios se hubiera encendido, así que simpaticé.

Había manchas de sangre aquí y allá, casi esbozando la parte superior de su cuerpo. También había una mancha de carmín en donde su parte inferior del cuerpo había estado presionada contra la colcha. El blanco había sido una mala opción. Me esforcé lo suficiente como para mirar hacia abajo de mi propio cuerpo. Había sangre entre mis piernas y un poco sobre la colcha debajo de mi cuerpo.

—¿Piensas que la criada llamará a la policía? —pregunté.

Empezó a caminar tambaleante hacia la puerta. Creo que se dirigía al cuarto de baño.

—No, si le damos lo suficiente de propina. —Cogió la puerta como si se hubiera caído sin ella.

—Cuidado —dije.

Se apoyó contra la puerta un momento y luego me miró.

—Haces todo bien para mí, Anita. Me haces sentir como un ser humano en lugar de un monstruo.

—Y amas todo de mí, Micah, hasta lo último, y despiadado de mí. Haces que este bien las veces en que yo soy el monstruo. Sabes lo que hago, y aún me amas.

—No eres un monstruo, Anita, —me sonrió—. Pero eres despiadada. Pero entonces eso me gusta en una chica. —Se dirigió hacia el baño aun estando un poco tembloroso, pero moviéndose mejor. Me acomodé en la cama y esperé a que mis rodillas y muslos trabajaran lo suficiente como para caminar. Podría ser que también me sentía cómoda, iba a tardar un rato antes de que pudiera moverme.



NUEVE

Philadelphia era una ciudad bonita, por lo poco que había visto de ella. La visita hasta el momento había consistido en el aeropuerto y la habitación del hotel y algo de sexo increíble. Podríamos haber estado en ningún lugar. El cementerio me recordó que la ciudad era una de las trece colonias originales. Era viejo, ese cementerio. Se respiraba su edad y la edad de sus muertos. Se respiraba a lo largo de mi piel en el momento en que salimos del coche de Fox. Una vez, un cementerio de esta antigüedad habría sido pacífico para mí. Uno demasiado viejo tiene fantasmas, tal vez un poco de estremecimiento si se camina directamente sobre una tumba, pero la mayoría de los muertos de aquí estarían inertes, tierra a la tierra, polvo al polvo, y todo eso. Pero ahora el muerto me llamaba, incluso a través de mi protección.

En teoría, nadie podía resucitar a un muerto demasiado viejo sin un sacrificio humano. Probablemente tengo el récord por resucitar el más

antiguo sin uno, pero incluso muerto hace doscientos años y más debería haber sido demasiado para mí. Entonces ¿por qué, últimamente, los susurros de los muertos antiguos atravesaban mi piel?

Me estremecí, pero no fue por los primeros días fríos de noviembre. De hecho, estaba demasiado caliente en la chaqueta de cuero. Micah de repente estaba a mi lado. Me ayudó a sacarme la chaqueta, susurrando:

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza. Estaba bien, mejor que bien. De pie con el poder de besar la oscuridad embriagadora. Era como si mi piel estuviera bebiendo la magia del mismo aire. Que, con la nigromancia, no era posible.

Micah preguntó a Fox si podíamos poner la chaqueta en el coche. No esperé a escuchar lo que Fox decía, ya estaba caminando hacia la oscuridad. Ausentemente arrastraba mis dedos a lo largo de la parte superior de las lápidas mientras caminaba entre ellos.

Los antiguos cementerios están llenos de cosas. El suelo era liso y rugoso, pero ya no había mucho para diferenciar la tierra de la tumba, por eso daba un paso en el suelo, luego al segundo paso encima de una tumba. Conoces el viejo dicho ¿Alguien caminó sobre mi tumba? Esto era como lo contrario de eso. No me sentí mal, o inestable, o asustada. Con cada tumba que me acercaba, me sentía mejor, más estable, más segura. Tomé un poco de la energía de cada cuerpo que pasaba, no importaba la edad. Podría haber bebido del poder de los muertos debajo de mí y listo… ¿Listo qué?

La idea me hizo parar literalmente en mi camino. Lo que no me había dado cuenta era que Franklin me seguía, muy cerca. Ni siquiera sabía que él estaba allí.

Corrió hacia mí, o casi. Tuvo que agarrar mis brazos para evitar estrellarse contra mi espalda. Esto nos sorprendió. Se disculpó antes de que hubiera terminado de darme la vuelta.

—Lo siento, no sabía que tú te ibas… a parar. —Sonaba entrecortado y de manera más molesta de lo que debería haber estado.

Me quedé mirándole, preguntándome por qué estaba nervioso. Entonces vi lo que estaba haciendo con sus manos. Estaba corriendo hacia arriba y abajo las mangas de su abrigo, como si hubiera tocado algo y estaba tratando de quitárselo. No estaba siendo grosero. Dudaba que incluso se diese cuenta de lo que estaba haciendo. Podría haber hecho lo mismo si hubiera tocado a otra persona con magia inesperadamente. Era como caminar a través de telarañas metafísicas; tenías que quitártelo. Él

había sentido al menos parte del poder que estaba obteniendo de las tumbas.

Podría haberle preguntado a Franklin porque había estado ocultando que era psíquico, pero Fox y Micah se acercaron a nosotros, y de alguna manera pensé que Franklin no querría que fuese tan perspicaz delante de ellos. ¿Le había dicho al FBI que tenía un talento? Apostaba que no. Había sido un punto a su favor sólo en los últimos dos, tres años a lo máximo. Antes de que lo vieran como un trastorno psicológico. Uno no llega a ser un agente federal con un trastorno psicológico.

Eso explicaba por qué había un serio disgusto hacia mí. Si ocultaba lo que era, no quiere estar cerca de alguien que complementaba sus talentos, cualesquiera que sean. No, si te estuvieras escondiendo, no querrías estar cerca de personas que están fuera del cuarto de limpieza, por así decirlo.

—¿Hay algún problema? —preguntó Fox.

Franklin dijo:

—No, no hay problema, —demasiado rápido.

Solo sacudí mi cabeza, todavía mirando al hombre más alto.

No creo que Fox nos creyera, pero lo dejó ir. No estábamos hablando, así que estaba sin opciones. Nos dio a ambos una mirada y luego dijo:

—Entonces, si no hay problema, todo el mundo nos está esperando.

Asentí de nuevo, entonces se me ocurrió preguntar:

—¿Es la tumba de Rose la más reciente en este cementerio?

Fox pensó en ello, y luego asintió.

—Sí, ¿por qué?

Le sonreí y sabía que era una sonrisa de ensueño, como si estuviera escuchando música que no podía oír.

—Sólo quería saber lo que estoy buscando, eso es todo.

—Puedo llevarte a la tumba, Alguacil. No tiene que buscarla.

Quería buscarla. Quería recorrer el cementerio de una lápida a una y encontrarla por mí misma.

Micah respondió por mí.

—Eso estaría bien, Fox. Lidere el camino.

Le miré y luché para ser agradable. Me dio una mirada a cambio que era una advertencia. En la oscuridad, con todos los árboles alrededor, dudaba de que nadie hubiera podido ver su expresión tan claramente como yo. Pero ambos teníamos una mejor visión nocturna de lo normal, aunque dudaba de que la mía se pudiera comparar a sus ojos de gato-gatito. Esos

ojos estaban desnudos para que todos los vieran ahora. Demasiado oscuro para sus gafas negras de sol, pero os sorprendería de cuanta gente no notaba la extrañeza de sus ojos. Incluso a plena luz, mucha gente no podía ver sus ojos para lo que eran. La gente ve lo que quiere ver, a menos que sean obligados a ver la verdad.

Le miré de lleno a sus ojos y leí la advertencia, la preocupación. ¿Estaba realmente bien? La mirada me preguntó.

La verdad es que sí y no. Me sentía bien, pero era la clase de bien que podría ir hacia el sur rápido y difícil. Un momento estaba bien, al siguiente momento el poder podía hacer algo desafortunado.

Respiré hondo y traté de concentrarme y aterrizar, en la forma en que me habían enseñado, pero esa era una habilidad que había aprendido de un psíquico y una bruja. Sus talentos corrían a la profecía y la empatía tan finamente sintonizado que era casi telepatía. Ella no resucitaba muertos. Ella no entendía realmente mi talento.

Llevarme a mí misma al centro de mi cuerpo era increíble, me sentía más firme, más yo y menos poder, inestable, pero en el momento en que traté de aterrizar todo ese poder en la tierra, para desangrar algunos de ellos, se desvió. Se desvió de modo que no fuera tan profundo, sino hacia fuera y lejos. Mi poder siguió a través de la tierra para que sintiera las tumbas, todas las tumbas, como si fuera el centro de una gran rueda de bicicleta. Las tumbas eran los puntos a lo largo de los radios, y me las sabía todas. No bajé mi escudo, donde me escondía para evitar que los muertos me molestaran. El escudo simplemente no estaba allí.

Sabía que mi poder estaba aumentando, pero realmente no había entendido lo que eso significa, hasta en este mismo segundo. Conocía a los muertos de cada tumba aquí. Sabía cuál de ellos tenía un resto de energía. Qué tumbas te hubiera dado estremecimientos si caminaras sobre ellas, la última reliquia de lo que había sido un fantasma. La mayoría de las tumbas estaban en silencio, solo huesos, trapos y polvo. Había sido capaz de estar en un cementerio y hacer esto durante años. Pero lo que había cambiado era: uno, no lo había hecho a propósito, y dos, cada tumba que toqué era un poco más enérgica para que mi poder pudiera haber respirado sobre ellos. Eso era nuevo.

—Basta, Blake. —La voz de Franklin era ajustada con ansiedad.

Le miré.

—¿Basta de qué? —pregunté, pero mi voz era perezosa con el poder.

—No juegues con él, Anita —dijo Micah.

—Me estoy perdiendo algo —dijo Fox.

Asentí con la cabeza.

—Sí, lo estas. —Podría haber sacado el gato de Franklin de la bolsa, pero no lo hice. Sabía lo que se siente al ser diferente y no querer nada, absolutamente nada, simplemente ser normal. Lo había abandonado hace mucho tiempo. No era posible para mí y nunca lo había sido. Tal vez no sería posible para Franklin tampoco, pero ése no era mi problema. Hice lo único que podía por él. Mentí—. Cuando Franklin y yo nos empujamos el uno contra al otro, él tomó un poco de mi poder. Sucede a veces, cuando mis escudos están bajos. —Eso fue una mentira. Sucede sólo si sus habilidades son similares a la mías de alguna manera, o que seas psíquicamente fuerte de alguna otra manera que hubieras sentido a otro psíquico fuerte dotado usándolo cerca de ti. Cualquiera que fueran Franklin tenía habilidades con los muertos como médium, ser capaz de hablar con los recién fallecidos. Ahora. Si hubiera sido así de talentoso, no habría sido capaz de ocultarlo. Estaba apostando que alguna parte provenía de un miembro de su familia que podía hablar con los espíritus. Una persona que probablemente odiaba o se avergonzaba. Te molesta más en los demás de lo que te odias ti mismo.

Fox dijo:

—¿Es eso cierto, Franklin? Chocó con la Alguacil.

Franklin asintió con la cabeza.

—Sí. —Una palabra, ninguna emoción en ella, pero el alivio en sus ojos era demasiado cruda. Se apartó de Fox, de mí, para ocultar esos ojos aliviados. Sabía que yo lo sabía, y sabía que había mentido por él. Me debía una. Esperaba que entendiera eso.

Fox miró de uno a otro, como si sospechara que estábamos mintiendo, o al menos escondiendo algo. Miró a Micah y obtuvo un encogimiento de hombros. Fox negó con la cabeza y dijo:

—Bien. —Nos miró por un rato más, luego movió la cabeza, como si hubiera decidido dejarlo ir. Vamos a ser los últimos en llegar a la tumba, Alguacil Blake. No quiero dejar al juez federal y a los abogados esperar demasiado tiempo en medio de un cementerio, así que voy a abrir el camino. Creo que será más rápido de esa manera.

No pude discutir lo suficientemente rápido.

—Entonces, lidere el camino, Agente Especial Fox.

Me dio una última mirada. Era una buena mirada, ese tipo de miradas que es para asustar. Pero si pensaba que me iba a descomponer y admitirlo por esa dura mirada, estaba equivocado. Le di una agradable, incluso un rostro ansioso, pero nada útil.

Suspiró y enderezó sus hombros, como si su pistolera de hombro le irritara. Empezó a caminar por el cementerio. Franklin se alineó detrás de él sin mirar atrás.

Micah y yo los seguimos. Micah nos había puesto lo suficientemente atrás para susurrarme.

—Estás teniendo problemas para controlar tus poderes esta noche, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Sí, los tengo.

—¿Por qué? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No estoy segura.

—Entonces ¿deberías resucitar al muerto?

—Creo que será uno de los levantamientos más fáciles que he hecho. Hay demasiado poder.

Me agarró del brazo.

—¿Por lo menos sabes que estás tocando cada lápida que pasas?

Me quedé con su mano en mi brazo y le miré fijamente.

—¿Estoy qué?

—Estás acariciando la superficie de las lápidas como si tu mano acariciara a través de en un campo de flores.

Miré la preocupación en su cara y sabía que no estaba mintiendo, pero…

—¿Era yo?

—Sí —dijo él, y su agarre en el brazo de pronto era casi doloroso.

—Me haces daño —dije.

—¿Ayuda?

Le fruncí el ceño, luego me di cuenta de lo que quería decir. El pequeño dolor había hecho retroceder el poder. Podía pensar algo distinto que en los muertos. Mi primer pensamiento claro fue miedo.

—No sé qué está mal esta noche. De verdad que no lo sé. Sé que estoy ganando habilidades de vampiro, pero no creía que fuera a sangrar más sobre las cosas de los zombis. Quiero decir, esa es mi magia, no la de Jean-Claude, ni la de Richard. Mía. Pase lo que pase metafísicamente, no suele

meterse con mi talento.

—¿Deberías cancelar esto esta noche? —preguntó.

Me humedecí los labios, saboreando el fresco lápiz de labios que me había puesto después de haber hecho el amor. Negué con la cabeza, entrando en el círculo de sus brazos. Le abracé.

—Si se trata de un nuevo nivel de poder, entonces, una noche no hará la diferencia. —Le retuve, respirando en su sólida calidez.

—Siempre hay una curva de aprendizaje hacia las nuevas habilidades, Anita, —susurró en mi pelo—. Incluso si esa capacidad es sólo una versión más fuerte de otra cosa. ¿Queremos realmente que la curva de aprendizaje sea con el dinero del FBI?

Tenía un punto, uno bueno, pero…

—Voy a ser capaz de levantar a este zombi, Micah.

—¿Pero qué más vas a levantar? —preguntó.

Me aparté lo suficiente como para verle la cara.

—¿Cómo entendiste eso?

—¿No es eso a lo que le tienes miedo? ¿Qué no sólo puedas resucitar al muerto, sino que puedas levantar a más de lo que ellos pagaron?

Asentí con la cabeza.

—Sí. —Me estremecí y me alejé así podría rozar mis brazos.

—Exactamente eso.

—El círculo de protección por lo general es para mantener las cosas fuera —dijo—. ¿Verdad?

Asentí con la cabeza otra vez.

—Esta noche, creo que tal vez será mejor mantenerte dentro.

—Así, no me voy a extender sobre más tumbas —dije.

—Sí —dijo.

—Debe haber pollos esperándome para que los sacrifique. Sé que Larry les habrá dicho que traigan el ganado.

Fox gritó:

—Alguacil, Callahan, ¿vienen?

—Estaremos allí en un minuto —dijo Micah. Se inclinó hacia mí, con las manos en mis brazos—. ¿De verdad crees que la sangre del pollo mantendrá esto controlado?

—No su sangre, sino sus vidas, sí —dije.

—No estoy seguro de que agregar un muerto fresco a tu magia esta noche sea buena idea.

—¿Qué alternativa tengo, Micah? Puedo hacerme un pequeño corte en el brazo o en la mano y usar la sangre, pero no estoy segura de que hará mi sangre al tocar el cementerio esta noche. Hay demasiado poder esta noche, es intoxicante.

—Entonces, utiliza mi sangre —dijo.

Le miré.

—Nunca has compartido sangre, para levantar a un zombi.

—No, pero dejé a Jean-Claude que tomara mi sangre. ¿Qué tan diferente puede ser?

Había muchas respuestas para eso, pero me conformé con:

—Muy diferente. No puedo entorpecer tus facultades mentales para que no te duela.

—Es un pequeño corte, Anita. Estoy bien con eso.

Suspiré y le abracé de nuevo. Muchos hombres saldrían contigo, y algunos dormirían contigo, y algunos se contentan con desempeñar un papel secundario en tu trabajo, pero ¿cuántos literalmente se abrirán una vena para ti? No muchos.

Le di un beso rápido.

—Vamos a levantar al Sr. Rose de entre los muertos.

Cogió la bolsa con la parafernalia para levantar zombis. Él lo llevaba. Después de todo, era el asistente. Tenía que parecer útil. Terminamos la caminata hacia la tumba agarrador de la mano. Tal vez no era profesional, pero no me importaba nada. Además, una vez que le cortara el brazo con el machete, nadie se quejaría de que no me estaba ayudando lo suficiente. No, pensarían que él era más para solo obtener un cheque de pago. El hecho de que no le pagara para ser mi asistente sería nuestro pequeño secreto.



Una de las cosas en la bolsa de gimnasio que llevaba Micah era un machete más largo que mi antebrazo. Incluso con mi placa, había tenido problemas para meterlo en el avión, a excepción de la ley de artefactos mágicos. Los practicantes mágicos que se ganaban la vida con su talento no podían tener el acceso denegado debido a sus herramientas mágicas. Tenían que ser tratadas del mismo modo que las cruces, o estrellas de David. El machete tenía que ser facturado hasta que el Tribunal Supremo estableció una clausula excluyente. Haciendo todo esto mucho más conveniente para mí.

Nos presentaron a todos. Recibí un guiño especial de la reportera de la corte, la única mujer allí. Pasé mucho tiempo siendo la única mujer dondequiera que iba. Me empezaba a gustar el tener a otras mujeres alrededor. Me hizo sentir menos como un bicho raro. La única chica en el club de chicos, había empezado a ser un poco solitario en los últimos tiempos.

Los abogados de un lado estaban descontentos conmigo desde el momento en que me vieron. Qué aliviados tuvieron que sentirse cuando Rose murió tranquilamente por causas naturales antes de que pudiera testificar. Ahora, aquí estaba yo, a punto de traerlo de vuelta de entre los muertos para que pudiera testificar después de todo. ¿Adónde va el mundo cuando hasta los muertos pueden testificar en un tribunal federal?

Arthur Salvia era el abogado jefe del lado que no estaba contento de verme. Su nombre me sonaba vagamente familiar, como si hubiera estado en las noticias por algo, pero no pude ubicarlo.

—Su señoría, he de protestar de nuevo. Rose murió antes de poder declarar ante los tribunales. El testimonio de un hombre muerto no es admisible.

—Puedo decidir lo que es admisible, Sr. Salvia. Tendrá su oportunidad de interrogar a los testigos. —Frunció el ceño y se volvió hacia mí—. ¿Eso es correcto, Sra. Blake? ¿El zombi podrá ser interrogado?

Asentí con la cabeza, me di cuenta que no podía tener visión nocturna para verlo, y le dije:

—Sí, su señoría. El zombi será capaz de responder a las preguntas y al interrogatorio.

Él también asintió con la cabeza, entonces dijo:

—Entonces, Sr. Salvia. Tendrá su oportunidad para interrogar al Sr Rose.

—El Sr. Rose ha muerto, su señoría. Renuevo mis objeciones a todo este procedimiento.

El juez levantó la mano.

—Oído y anotado, Sr. Salvia, pero guarde el resto de sus objeciones para la apelación.

Salvia se acomodó. No estaba feliz.

Micah se inclinó muy cerca de mi oído y susurró:

—Huele a miedo.

El abogado de los acusados tenía permitido estar nervioso, pero ¿miedo? Eso parecía un poco fuerte. ¿Tenía miedo de los cementerios y todo lo de los zombis? ¿O era otra cosa?

Había una jaula de malla de alambre a un lado con un pollo dentro. El pájaro chasqueó suavemente para sí mismo, sonido que hacían los pollos cuando se estaban preparando para dormir por la noche. El pollo no tenía miedo. No sabía que le habían traído para actuar como sacrificio de sangre.

Larry lo habría necesitado. Yo no. Había descubierto por accidente que podía usar un poco de mi propia sangre para representar el sacrificio necesario para resucitar un muerto. O la necesidad, después de que Marianne, la mujer que me ayudaba a aprender a controlar mis capacidades metafísicas, hubiera conseguido el dolor hacia su aquelarre.

No era Wicca cuando empecé a ir con ella. Sólo era psíquica. Luego tuvo religión, y de repente preguntaba si podía resucitar a los muertos sin matar a un animal. Algo en su aquelarre especulaba que ella, como mi maestra, tomaba parte de mi mal karma por hacer magia con la muerte. Así que lo intenté. Podía hacerlo. El zombi no siempre estaba muy bien, o tan inteligente, pero todavía hablaba y podía responder a las preguntas. Bastante bueno aún para ser un trabajo para el gobierno, como se dice. Pero los constantes cortes en mi mano izquierda y en el brazo los debilitaban. Me negué a cortarme la mano de la pistola. Me dolía, y estaba empezando a quedarme sin lugares frescos para cortar. Decidí que ya que me comía la carne de todos modos, no era tan diferente la matanza de unos pocos animales para hacer mi trabajo. Pero toda la experiencia me había enseñado que podía, si tenía que hacerlo, resucitar a los muertos recientes sin matar a un animal. Hace muy poco, había descubierto que a veces no me hacía falta sangre para levantar a un zombi.

Supongo que debería haber sabido que podía, porque había levantado a los muertos por accidente cuando era más joven. Un perro muy querido, que salió de la tumba para seguirme hasta casa, un profesor universitario que se suicidó y vino a mi dormitorio una noche.

Eso debería haberme dicho que la sangre no era absolutamente necesaria, pero me había enseñado que al levantar zombis, un hombre necesitaba la sangre, necesitaba el sacrificio, necesitaba el ungüento a base de hierbas, y todo eso. Lo había hecho tal como me habían enseñado, hasta hace poco.

Estaba salvando las vidas de un montón de gallos, pero no estaba haciendo ningún bien a mis nervios.

El juez preguntó con una voz que logró ser amable y condescendiente.

—¿Podría explicar lo que está a punto de hacer para que podamos entender lo que está pasando y para que Elaine, Sra. Beck, para introducirlo en el expediente judicial? —Hizo un gesto a la mujer de pelo oscuro del pequeño taburete plegable y mesa.

Su petición me detuvo. En todos los años que había estado levantando a

los muertos, nadie nunca me había pedido que lo explicara. La mayoría de la gente me trataba como un pequeño y sucio secreto. Algo que tienes que hacer, pero que no quieres saber los detalles. Como hacer salchichas. A la gente le encanta comer salchichas, pero no quieren saber muchos detalles acerca de cómo se hacen.

Cerré la boca, luego alcancé a decir:

—Bien. —Por supuesto, ya que nunca lo había explicado antes, no estaba segura de cómo explicárselo a todos. ¿Cómo se explica la magia a las personas que no hacen magia? ¿Cómo se explican los dones psíquicos a las personas que no tienen ninguno? Al infierno si lo supiera, pero lo intenté.

—Primero vamos a formar un círculo de protección —dije.

Salvia preguntó:

—Tengo una pregunta para la Alguacil Blake.

—Ella no es un testigo, Sr. Salvia —dijo el juez.

—Sin sus habilidades, este testimonio sería imposible de realizar. ¿No es cierto, señoría?

El juez pareció pensar en eso durante un segundo o dos.

—Sí, pero todo lo que he pedido del alguacil es que explicara la mecánica de lo que está a punto de hacer. Eso no es un testimonio.

—No, pero ella es un testigo experto, lo mismo que cualquier otro experto forense.

—No estoy seguro de que un reanimador sea un experto forense, Sr. Salvia.

—Pero ella es una experta en levantar muertos, ¿correcto?

Una vez más el juez pensó en ello. Vio la trampa en la que nos había metido su pequeña solicitud de obtener una explicación para el registro del tribunal. Si yo disponía de información para el expediente de la corte, entonces mi información estaba repentinamente abierta a preguntas de los abogados. Mierda.

—Voy a admitir que la alguacil Blake es un experto en resucitar muertos.

Laban, el abogado jefe del otro lado, dijo:

—Creo que todos estarán de acuerdo en eso. ¿Cuál es el punto de la defensa?

—Si ella es un testigo experto, entonces debería estar autorizado a preguntarle.

—Pero ella no está testificando —dijo el juez—. Está explicando lo que está haciendo por lo que podremos ser capaces de seguir adelante.

—¿En qué se diferencia recoger cualquier otra prueba? —dijo Salvia—. Si fuera cualquier otro experto, estaría autorizado a preguntar por su metodología.

Tenía que reconocerlo, estaba marcando un punto. Un punto que nos podía mantener aquí durante horas.

—Su señoría —dije—, ¿puedo hacerle una pregunta al Sr. Salvia?

El juez me dio su mirada larga, considerándolo, y luego asintió.

—Lo voy a permitir.

Miré al abogado. No era mucho más alto que yo, pero se mantenía erguido por cada pulgada. Así lo hice, pero su postura era más agresiva, como si estuviera preparándose para un ataque. Supongo que de alguna forma lo estaba.

Había declarado ante un tribunal un par de veces cuando un abogado creyéndose inteligente trató de ganar un recurso sobre un zombi que había dicho que esto es real, pero no éste. Incluso me habían llamado de la corte para una compañía de seguros que había decidido apelar al testimonio de los zombis con el argumento de que los muertos no eran competentes para dar testimonio. Dejaron de llamarme de la corte para defenderme justo después de que me ofrecieran llevar a un zombi para dar testimonio delante de toda la corte. La oferta fue aceptada. Y eso pasó cuando mis zombis en realidad se parecían más a muertos vivientes que a una persona.

Habíamos hecho todos los papeles, y los medios de comunicación hicieron gran alboroto del hecho de que el significado de la compañía había traumatizado a la familia por segunda vez. De hecho, había sido el comienzo de una contrademanda por el sufrimiento mental causado. La compañía de seguros eventualmente pagó más en la segunda demanda que en la reclamación del seguro de vida original. Todo el mundo aprendió la lección, y yo tuve que quedarme en el cementerio y fuera de la sala. Pero había pasado semanas siendo taladrada con el argumento de que no era un verdadero experto forense. Salvia estaba a punto de escupirme ese argumento otra vez.

—Sr. Salvia, ¿diría que la mayoría de las pruebas están abiertas a la interpretación dependiendo de los expertos mediante los cuales se llega a interpretar esa evidencia?

Lo consideró por un momento. La mayoría de los abogados no

responderían a las preguntas rápidamente, especialmente no en los tribunales. Quieren pensar primero.

—Estoy de acuerdo con esa declaración.

—Si yo estuviera aquí para recoger el ADN o alguna otra evidencia física, mis acciones podrían estar abiertas al escrutinio, porque mi método de recolección podría afectar al grado de fiabilidad de mis pruebas, ¿correcto?

Micah me lanzó una mirada. Me encogí de hombros. Podía hablar la jerga legal para marcar un tanto, por una buena causa. Salir de aquí antes de las cinco de la mañana era una buena causa.

Salvia finalmente respondió con cautela.

—Estoy de acuerdo. Por eso tengo que cuestionar sus métodos, para así entender lo suficiente como para representar a mi cliente.

—Pero, Sr. Salvia, lo que estoy a punto de hacer no se presta a interpretaciones de ningún tipo.

Se volvió hacia el juez.

—Su señoría, se niega a explicar sus métodos. Si no entiendo lo que está haciendo el alguacil, entonces ¿cómo voy a ser capaz de defender adecuadamente a mi cliente?

—Alguacil Blake —dijo el juez—, siento haber abierto este tema con mi solicitud de información, pero puedo ver el punto de la defensa.

—Para los demás expertos, me gustaría ver su punto también, señoría, pero ¿puedo dejar un punto claro antes de que se pronuncie sobre si la defensa puede cuestionar cada movimiento que haga?

—No le voy a permitir preguntarle por todos sus movimientos, alguacil —dijo con una sonrisa que aún a la luz de la luna parecía satisfecho de sí mismo. O tal vez simplemente me estaba imaginando toda la noche llena de preguntas, y que me estaba poniendo de mal humor. Nunca había tenido que levantar muertos mientras me interrogaban abogados hostiles. No sonaba como una noche divertida—. Pero le permito dejarnos su punto de vista.

—Si levanto a Emmett Rose de los muertos esta noche, va a estar aquí para verlo, ¿verdad?

—¿Está hablando conmigo, Alguacil Blake? —preguntó el abogado defensor.

—Sí, Sr. Salvia, me dirijo a usted. —Luché para mantener lejos la impaciencia en mi voz.

—¿Podría repetir la pregunta? —preguntó.

Se lo repetí, y luego añadí:

—Si no puedo levantar a Emmett Rose de los muertos esta noche, estará aquí para ver eso también, ¿cierto?

Le vi fruncir el ceño, incluso en la oscuridad bajo los árboles.

—Sí. —Sin embargo lo dijo lentamente, como si no viera la trampa, pero la sospechaba.

—Podría levantar a este zombi de la tumba o no. ¿Correcto Sr. Salvia?

—Su señoría, ¿a dónde está tratando de llegar la alguacil Blake? —preguntó Salvia.

—¿Usted considera que levantar a Emmett Rose de su tumba es una pregunta a la que se puede contestar por sí o no?

—Sí, sí, lo considero, pero todavía no veo…

—¿Diría usted que levantar a un zombi de su tumba está abierto a la interpretación? —pregunté.

Salvia abrió la boca, la cerró.

—No estoy seguro de haber entendido la pregunta.

El juez dijo:

—La alguacil Blake ha hecho su punto. El zombi se levantará de su tumba o no. Nosotros vamos a estar ahí para ver el zombi levantarse o no. Está abierto a la interpretación, Sr. Salvia. Tanto como si hace por lo que se le ha contratado como si no. Eso funciona o no.

—Pero el ritual por el cual ella decide resucitar a los muertos podría afectar la capacidad del Sr. Rose para dar un testimonio inteligente.

El juez me preguntó:

—¿Es eso cierto? Alguacil, ¿su elección de los rituales afecta al zombi?

—No es el ritual. No, su señoría. Sino la capacidad del reanimador. —En el momento en que la última palabra salió de mi boca, di un respingo. Tendría que haberme parado en el «no, su señoría». Maldita sea.

—Explique la última parte de esa declaración —dijo el juez.

Mira, había hablado demasiado. Dándoles algo para cuestionar y para confundirles. Podía hacerlo mejor que eso.

—Cuanto mayor sea el grado de poder que tiene el reanimador, y en ocasiones cuanta mayor práctica él o ella posee levantando muertos, mejores son sus zombis.

—Mejor, ¿cómo? —preguntó.

—Más vivo. Cuanto mayor es la potencia consumida, más vivo

parecerá el zombi. También consigues más de su personalidad, más como eran antes en vida.



Una vez más, me había sobre explicado. ¿Qué me estaba pasando esta noche? Al momento pensé en ello, lo sabía, o creía saberlo. La muerte me estaba susurrando. No con voces, la muerte de verdad no tiene voz, sino con poder. Tendría que tomar energía de mí al levantar un zombi. No deberían de estar ofreciéndome poder, como si fuera un regalo. El poder relacionado con la muerte viene con un precio, siempre. Nada sale gratis con la muerte.



Micah me tocó el brazo. Me sobresalté. Le miré y dijo suavemente:

—¿Está todo bien?

Asentí con la cabeza.

—El juez está hablándote.

Me volví hacia el juez y me disculpé.

—Lo siento, su señoría. ¿Podría repetir lo que acaba de decirme?

Frunció el ceño pero dijo:

—Parecía distraída justo ahora, alguacil Blake.

—Lo siento, señoría. Solo estoy pensando en el trabajo que voy a hacer ahora.

—Bueno, nos gustaría que se concentrará un poco en esta dura parte del proceso antes de ir por delante de nosotros.

Suspiré, tragándome media docena de ingeniosos e inútiles comentarios, y conformándome con:

—De acuerdo, ¿qué fue lo que me dijo y que me perdí?

Micah me tocó el brazo de nuevo, como si mi tono hubiera sido descortés. Estaba en lo cierto. Me estaba enfadando. Esa tensión conocida

en mis hombros y a lo largo de mis brazos estaba apareciendo.

—Lo que dije, alguacil, fue que tengo la impresión de que un sólo sacrificio podría darle más vida a un zombi.

Pensé mejor del juez después de eso. Había hecho algunas investigaciones, pero no las suficientes.

—Siempre hay sangre involucrada en el levantamiento de los muertos, su señoría.

—Entendemos que el FBI requirió poner a su disposición aves de corral —dijo. Cualquier ser humano normal habría dicho: ¿Para eso sirve el pollo? Un tiempo corto no es lo mismo como un tiempo largo; es como un tiempo en el fútbol. Puede tomar cinco minutos como treinta.

—Sí, es por lo que se requirió pollos. —Ves, puedo hablar sobre el camino largo por la montaña también. Si una pregunta tiene como respuesta un sí o no, entonces responde así. Más allá del sí o no, explica las cosas. No añadas, no embellezcas, pero sé minuciosa. Porque vas a tener que hablar de una manera u otra. Prefería dar respuestas completas desde el principio en vez de dar explicaciones más largas en un interrogatorio.

—¿Cómo le ayuda el pollo con el círculo de protección? —preguntó.

—Normalmente debes decapitar a los pollos y usar su sangre, su energía vital, para ayudarte a levantar un círculo protector alrededor de la tumba.

—Su señoría, —Salvia de nuevo—. ¿Por qué la alguacil Blake necesita un círculo protector?

Laban, nuestro amigable vecino fiscal dijo:

—¿Mi estimado colega va a cuestionar cada paso del ritual?

—Creo que tengo el derecho en nombre de mis clientes a preguntar porque necesita un círculo protector. Una de mis objeciones sobre este procedimiento era la duda de si algo más podría reanimar el cuerpo, y que lo que se levantará fuera simplemente la cáscara del Sr. Rose pero con algo más dentro de él. Algunos espíritus errantes podrían…

—Sr. Salvia —dijo Laban—, sus preocupaciones fantasiosas no convencieron al juez para apoyar su moción. ¿Por qué volver a ello?

A decir verdad, una de las razones por las que se levantaban círculos protectores era para mantener lejos a los espíritus errantes, como lo expresó Salvia, de la reanimación del cadáver. Aunque no estoy segura de que los espíritus fueran de lo que había que preocuparse. Había otras cosas, cosas más desagradables, que amaban apoderarse de un cadáver.

Los usarían para caminar-alrededor, vestidos hasta que alguien les hiciera salir de ella, o hasta que hubieran causado tanto daño que el cuerpo ya no funcionaba lo suficientemente bien como para ser útil. No dije esto en voz alta. A mí saber, ningún reanimador había revelado esa parte del círculo de protección. Abriría demasiados problemas legales a la hora de tratar que una reanimación fuera aceptada como práctica estándar para los casos judiciales. El círculo también ayudaba a aumentar el poder, y esa era la razón principal. Todo lo de la posesión de cadáveres era tan raro que actualmente no conocía a nadie al que alguna vez le hubiera ocurrido. Era una de esas historias que siempre parece sucederle al amigo del primo de tu tío, al que nadie realmente conoce. No iba a ayudar a Salvia a mantenernos aquí toda la noche.

—El señor Laban tiene razón —dijo el juez—. No hay nada en la literatura sobre zombis siendo controlados por energía extraterrestre. —Su voz sonó desagradable, como si Salvia hubiera propuesto en realidad una especie de teoría sobre posesiones por extraterrestres.

Por todo lo que sabía, él lo hizo. Supongo que si el testigo estrella de la fiscalía puede ser resucitado de los muertos para declarar, entonces a la defensa se le permite buscar ayuda inusual, también. Extraterrestres parecía un poco exagerado, pero bueno, yo resucito muertos para ganarme la vida y mato vampiros. Realmente no podía lanzar piedras.

—Alguacil Blake, una vez que tenga su círculo de protección, ¿cuánto más del ritual necesita? —Creo que el juez también se estaba cansando de los retrasos. Bueno, impacientándome no ayuda mucho. Pero el juez impacientándose, eso podía ser muy útil.

Pensé en ello y me alegré de que hubiera pronunciado su pregunta de la forma en que la hizo. ¿Cuánto más del ritual necesitaba? Una pregunta muy distinta de, ¿Qué viene después de levantar al muerto? Una vez que tracé el círculo, me desvié tanto del ritual que era como comparar manzanas con sandías.

—No mucho más, su señoría.

—¿Puede ser más exacta? —preguntó.

—Voy a llamar a Emmett Rose de la tumba. Una vez que esté encima del suelo, le pondré sangre dentro o sobre su boca, y será capaz de responder a sus preguntas muy rápido después de eso.

—¿Ha dicho usted poner sangre en la boca del zombi? —De nuevo Salvia.

—Sí.

—¿Va a tener al zombi chupando del cuello del pollo? —Esto vino de uno de los agentes que estaban quietos junto al juez.

Todos lo miramos, y tuvo la gracia de parecer avergonzado.

—Lo siento.

—No se chupa del pollo, no. Pero voy a restregarle la sangre por la boca.

—El Sr. Rose era un buen cristiano. ¿Pintarle con sangre de pollo no sería una violación de su creencia religiosa? —dijo Salvia.

El juez dijo:

—Por mucho que aprecie su preocupación por la libertad religiosa del señor Rose, señor Salvia, tengo que señalar que él no es su cliente, y que los muertos no tienen derechos que violar.

Desde luego, tuve que añadir el valor de mis dos centavos. Solamente no lo pude evitar.

—Además, señor Salvia, ¿está insinuando que no se puede ser un buen Cristiano si sacrificas unos cuantos pollos y levantas a unos cuantos zombis? —La ira se arrastraba por mis hombros y en mi voz. Micah comenzó a frotar su mano de arriba a abajo en mi brazo, como para recordarme que estaba allí, y mi carácter estaba, también. Pero su toque realmente ayudó a hacerme pensar. Adivino que a veces necesito a un «asistente» para algo más que sexo y sangre. A veces sólo necesitaba a un guardia.

Conseguí unas miradas asustadas. Salvia no era el único que había asumido que no era cristiana. No sé por qué esto todavía hace daño a mis sentimientos, pero lo hace. El juez dijo:

—Puede contestar a la pregunta de la Alguacil Blake. —No era definitivamente la única que estaba harta del gilipollas de Salvia.

—No era mi intención dar a entender algo sobre sus creencias religiosas, Alguacil Blake. Pido disculpas por asumir que no era Cristiana.

—No se preocupe por eso, Salvia. Mucha gente asume todo tipo de mierda sobre mí.

Micah susurró:

—Anita. —Una palabra, pero bastante acertada.

Podría haber usado a los muertos como una excusa, y aún podría haber sido cierto, pero la verdadera razón era que nunca he llevado mi carácter muy bien. Soy mejor a veces, peor otras, pero nunca me lleva mucho

tiempo cansarme de los gilipollas.

Salvia estaba mandándome fuera, y el juez con su Por favor explica lo inexplicable, Alguacil Blake no estaba muy lejos de mandar a la mierda al departamento.

—Lo siento, su señoría, pero ¿podemos ir al grano aquí?

—No estoy seguro de lo que entiende por ir al grano, Alguacil Blake.

—Emmett Rose es un recién muerto. Quiero decir que no ha cumplido ni un año muerto. Es un trabajo fácil, su señoría. Un poco de sangre, un poco de poder, y voila, un zombi. Va a ser capaz de responder a las preguntas. Será capaz de ser interrogado. Hará todo lo que quiera que sea capaz de hacer. Habiendo experimentado la técnica de interrogatorio del Sr. Salvia, creo que el interrogatorio puede durar un maldito largo tiempo. Así que no tengo el interés de todos para pasar la noche cubierta de sangre en el cementerio, por favor, ¿puedo seguir con ello?

Hizo un ruido bajo en la garganta. Fox estaba sacudiendo la cabeza. Sabía que estaba jodida, pero no pude parar. Quería salir de este cementerio.

Quería estar lejos de las tumbas y su promesa de poder. Necesitaba mi círculo de protección ahora, no dentro de una hora. Mi cabeza se detendría hasta escuchar los murmullos como si fueran palabras en una habitación distante. O una estación de radio de baja frecuencia. Casi podía oír las voces, casi a los muertos. No debería haber sido capaz de hacer eso. No eran fantasmas. Los muertos tranquilos son sólo eso, tranquilos.

—Le voy a recordar, Alguacil, que sigue siendo un tribunal de justicia. Puedo relegarla.

Me volví hacia Micah y me atrajo en un abrazo. Su aliento era cálido contra mi cara.

—Anita, ¿qué tiene de malo?

Sentí un movimiento a mi espalda un momento antes de que Fox preguntara en voz baja:

—¿Estás bien, Blake?

Me apoyé en Micah. Sus brazos me estrecharon, tensa y casi ferozmente, como si fuera a pasar a través de su cuerpo. Susurró contra mi cara:

—¿Qué está mal, Anita? ¿Qué es?

Me pegué a él y le presioné tanto contra mí como pude, por lo que estábamos pegados uno contra el otro, todo lo cerca que podíamos

conseguir con la ropa puesta. Enterré mi cara contra el costado de su cuello, inundándome del aroma cálido y dulce de su piel. Jabón, el ligero sabor dulce de su colonia, y por debajo del aroma de su piel. El aroma de Micah. Y debajo de eso, aunque débil, en todo el cuello el olor del leopardo. En el momento en que lo olí, me sentí mejor. Almizclado, el olor casi sostenido del leopardo ayudó de nuevo a casi perseguir las voces de los muertos.

—¿Quieres que te detenga por desacato, Alguacil Blake? —La voz del juez me arrastró de vuelta de la piel de Micah, alejándome de caer en su calidez y su vida.

Apenas giré la cabeza para mirar al juez, pero se sentía doloroso físicamente. En el momento en que dejé de enterrar mi cara en la piel de Micah, las voces estuvieron de vuelta. Los muertos estaban tratando de hablar conmigo. No deberían haber hecho eso. Los fantasmas a veces lo harían si no pudiera encontrar un medio para hablar, pero una vez que se encontraban en una tumba, no se supone que esté animada.

Miré al juez y traté de explicar lo que estaba pasando, sin dar más munición a Salvia para retrasar las cosas.

—Su señoría… —Y tuve que aclararme la garganta para que mi voz pudiera llegar hasta él a pocos metros de distancia. Lo intenté de nuevo, al presionar el cuerpo de Micah contra mí. Aún con todo lo que iba mal, podía sentir como su cuerpo comenzaba a responder a mi cercanía. Habíamos tenido ese efecto en los demás. No se sentía como el *ardeur* o para distraerme. Se sentía como si la respuesta de su cuerpo me ayudara a pensar, me ayudara a sentirme viva—. Su señoría, necesito mi círculo de protección cuanto antes mejor.

—¿Por qué?

—Esta es otra táctica para retrasar el procedimiento —dijo Salvia.

—¿Como usted está tratando de retrasarlo? —dijo Laban. Nunca se terminaba bien cuando los abogados empezaban a atacarse desde un escondite el uno al otro.

—Basta —dijo el juez, y entonces me miró—. Alguacil Blake, ¿por qué es tan importante que obtenga su círculo de protección cuanto antes?

—Siento el poder de los muertos, su señoría. Están, incluso ahora, tratando de… —Busqué una palabra que no fuese demasiado. Si hubiera dicho, hablar, se podían preguntar lo que los muertos estaban diciendo, y no era así.

Micah respondió por mí.

—El círculo no es para proteger a los zombis, su señoría. En este caso es para proteger a Anita, a la Alguacil Blake. Bajó sus escudos psíquicos cuando entramos en el cementerio, y está siendo abrumada por los muertos.

Fox dijo:

—Mierda, —como si entendiera más del blindaje que la mayoría de la gente.

—¿Era prudente, Alguacil Blake, bajar la protección tan pronto?

Le contesté.

—Esto es un cementerio muy antiguo, su señoría. Desde que sustituí al Alguacil Kirkland en el último minuto, no me di cuenta de lo antiguo que era. Hay una posibilidad remota de que en algún lugar de este viejo cementerio pudiera ser un problema que afectase al levantamiento. Es habitual dejar caer los escudos y hacer una búsqueda avanzada del cementerio para familiarizarme con el área. —Lo que decía era mitad-verdad. No iba a admitir que mis escudos habían sido arrancados por mis propias habilidades cada vez mayores.

—¿Buscar el qué? —preguntó el juez.

—A veces los cementerios muy antiguos, especialmente aquellos que no se han utilizado en un tiempo, como este, pueden llegar a dejar de ser consagrados. Es como si necesitasen volver a ser bendecidos antes de calificarse como suelo consagrado de nuevo.

—Y eso afectaría a los zombis, ¿cómo?

Los brazos de Micah se relajaron minuciosamente, de manera que aún estábamos abrazados, pero no apretaba con tanta fuerza un brazo contra otro. Tenía razón en que íbamos a estar aquí un rato. Me relajé en sus brazos.

—Bueno, eso podría significar que hay ghouls en el cementerio, y que son atraídos por los recién muertos. Ellos se enterrarían en el nuevo sepulcro y se comerían al Sr. Rose por ahora. Podría, o no, que hubiese quedado suficientemente de él para que sea capaz de hablar con usted.

—Ghouls, ¿verdad? —Empezó a preguntar algo más, pero creo que era curiosidad y no el caso, porque negó con la cabeza y frunció el ceño—. ¿Has sentido alguna vez a los ghouls?

—No, su señoría. —El hecho de que había dejado caer realmente los escudos más por accidente que por rutina sería nuestro pequeño secreto. Le había dicho la verdad sobre los vampiros, pero no había sido por mi poder que salió bailando sobre las tumbas.

—Todo es muy interesante, Alguacil —dijo Salvia—, pero el que sus escudos estén bajados no cambia que esté intentando ralentizar este proceso.

Me giré en los brazos de Micah lo suficiente para dar la apariencia a Salvia que se lo merecía. Debe haber tenido una visión mala por la noche, porque no se inmutó. Franklin lo hizo, y no estaba dirigida, incluso a él.

—¿Y qué esperaba ganar con retrasar las cosas, Salvia? —pregunté—. ¿Qué más da a sus clientes si Rose se levanta ahora o dos horas a partir de ahora? Todavía va a pasar esta noche.

Micah apoyó la cara en mi oído y habló apenas por encima de un soplo. No creo que quisiera arriesgarse a que nadie más le escuchara.

—Su temor le delata. Él lo está retrasando por una razón.

Me volví y le susurré al oído:

—¿Qué podía esperar ganar con una hora de retraso?

Micah acarició mi oído y susurró:

—No lo sé.

—¿Estamos interrumpiéndoles? —dijo Laban esta vez.

Uno de los agentes murmuró.

—Busquen una habitación.

Genial, que todo el mundo se fuera a la mierda. Si hubiera estado trabajando con la policía que conocía, podría haber dicho que mí forma cambiante sabía que Salvia estaba mintiendo y retrasando algo, pero con el intercambio con la policía, cualquier favor, no es siempre el prudente. Además, Fox no tenía motivos para creerme, e incluso si lo hacía, ¿qué podríamos hacer? Tal vez a Salvia no le gustaban los cementerios o los zombis. A mucha gente no le gustaban. Tal vez no era más que retrasar el momento en que los muertos vivientes se levanten de la tumba. Tal vez.

—Su señoría —dije, girando sólo lo suficiente para enseñarles mi cara, pero manteniendo la mayor parte de mí en los brazos de Micah. Su calor y su pulso me ayudaron a pensar. Los susurros de los muertos no podía forzar el paso por su vida. Se había convertido en mi escudo—. Su señoría, me encantaría que usted pudiera dejar las discusiones y me dejara levantar al Sr. Rose de entre los muertos. Pero si esto no es posible, ¿puedo por lo menos colocar el círculo de protección? El Sr. Salvia seguirá siendo capaz de hacerme preguntas, pero no tendré que aferrarme al Sr. Callahan tan tensamente.

Micah susurro:

—Auu.

Me hizo sonreír, lo que probablemente no ayudó a convencer al juez de que era grave, pero me hizo sentir mejor.

—¿Qué tiene que ver un círculo de protección con qué te estés aferrando al Sr. Callahan? —preguntó el juez.

—Es difícil de explicar.

—Aquí nadie es tan terriblemente estúpido, Alguacil. Pónganos a prueba. —Quizás el juez era también impaciente con todo el mundo.

—Los muertos se reúnen a mí alrededor. Presionarme a mí misma contra mí asistente me ayuda a recordar a los vivos.

—Pero usted está viva, Alguacil. ¿No es suficiente?

—Aparentemente no, su Señoría.

—No tengo ninguna objeción a la colocación de su círculo de protección, Alguacil.

—Yo objeto —dijo Salvia.

—¿Por qué motivos? —preguntó el juez.

—Es sólo otra táctica para retrasar este proceso.

El juez suspiró lo suficientemente fuerte que todos pudimos escucharlo.

—Señor Salvia, creo que el procedimiento se ha retrasado bastante esta noche. Todos hemos estado preocupándonos de que sea retrasado. —Miró el reloj en su muñeca, uno de esos relojes que brillaban en la oscuridad—. Es ahora, después de las tres de la mañana. Si no nos apresuramos a lo largo de la presente, el amanecer llegará antes de que la Alguacil pueda hacer su trabajo. Y todos perderemos esta noche para nada. —El juez me miró—. Levante su círculo, Alguacil.

La bolsa estaba en el suelo donde Micah la había dejado caer cuando me había sostenido. Me solté de él lo suficiente como para arrodillarme. En el momento en que no me apretaba contra él, la respiración, la presencia susurrando fue más fuerte. Estaba cobrando fuerza entre los muertos, pero también estaban ganando algo de mí. No entendía del todo lo que era, pero teníamos que pararlo. El círculo lo haría.

Lo único que necesitábamos para el círculo era el machete. Lo saqué, y en el momento en que la hoja desnuda resplandeció bajo la luna, la gente se quedó sin aliento. Supongo que era una hoja grande, pero me gustan las hojas grandes.

Puse el machete en la parte superior de la bolsa e intenté quitarme la chaqueta del traje. Micah me la quitó sin haber preguntado. Nunca me

había ayudado a elevar a un zombi. Me di cuenta de que cuando había dicho a los abogados y los agentes lo que iba a pasar, se lo decía a él, también. Es curioso, era un gran pedazo de mi vida todos los días que me había olvidado que esta otra gran pieza era algo que nunca había visto. ¿Había dado a Micah por sentado? No lo esperaba.

Al quitarme la chaqueta del traje había dejado mi pistolera de hombro y la pistola a la vista. Con los clientes normales podría haber mantenido la chaqueta, porque las armas asustan a las personas, pero eran clientes del FBI, que estaban bien cerca de sus pistolas. Además, la chaqueta era nueva y no quería mancharla de sangre. Debí haber sentido el frío en las noches de otoño, pero el aire estaba demasiado lleno de magia. Cuando se trata con la magia de los muertos es fría, pero esta noche era cálida. De alguna manera calentar la magia de otros es cálido.

Salvia dijo:

—¿Necesitas un arma para levantar a los muertos? —Creo que incluso cuando se trabaja para el FBI todavía hay civiles para aplacar. Di a Salvia una mirada y no pude hacerla lo bastante amigable.

—Soy un agente federal y un verdugo de vampiros, señor Salvia. No voy a ningún lado sin armas.

Cogí el machete en la mano derecha y estaba tomando mi otro brazo cuando Micah me agarró la muñeca derecha.

Le miré.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, y no pude mantener el tono triste de mi voz. Evitar la de ser hostil ya era bastante difícil.

Se inclinó, hablando en voz baja.

—¿No vamos a discutir esto, Anita? Vas a utilizar sangre para el círculo, ¿verdad?

Parpadeé. En realidad, me llevó unos segundos entender lo que quería decir. El hecho de que hasta ese momento pudiera entender su lógica significaba que había algo que ocurría con los muertos en el suelo que no debería haber estado sucediendo. Mi poder que fácilmente se deslizaba por el cementerio había hecho algo a las tumbas. Si ponía mi sangre en el suelo, ¿qué más habría que hacer? Pero había algo en mí, o al menos en mi magia, que quería que la conexión fuera más profunda. Mi magia, por falta de una palabra mejor, quería derramar mi sangre por el suelo y llevar a los muertos a algún tipo de media vida. ¿Haciéndoles fantasmas? ¿Serían zombis? ¿Ghouls? ¿Qué demonios estaba pasando con mi poder

últimamente? No había respuestas, porque no había nadie vivo para poderle preguntar. Los vampiros habían hecho pólizas para matar a los nigromantes. Levantaba a un zombi si lo deseaba, hablaba con algunos fantasmas, pero los nigromantes de la leyenda podían controlar a todos los no-muertos. Incluso a los vampiros. Nos temían. Pero allí de pie con la mano de Micah en mi muñeca, sentía la energía de las tumbas casi visible en el aire. A esa energía le faltaba la sangre, quería saber lo que sucedería a continuación.

La voz de Franklin se escuchó estrangulada de la oscuridad.

—No lo hagas, Blake.

Le miré. Se frotaba los brazos, como si sintiera la presión del poder con el poder. Fox lo miraba, también. No iba a mantener informado a Franklin acerca de lo que eso significaba, pero si no tenía cuidado esta noche, quizá iba a hacerlo él mismo.

—No voy a hacerlo —dije.

Los ojos de Franklin estaban demasiado amplios. La última vez que lo había visto había sido durante los sangrientos restos de las víctimas de un asesino en serie. ¿El recién muerto habló con él? ¿Era capaz de ver las almas, también? Tal vez por eso no le había gustado en Nuevo México. Tal vez era su talento sin formación propia.

Me volví a Micah.

—Tu turno.

Vi como la tensión abandonaba los hombros de Micah con facilidad. Me soltó la muñeca, y dejé que la punta del machete tocara el suelo. Sonrió.

—¿Qué brazo quieres?

Sonreí y moví la cabeza.

—Eres diestro, así que la izquierda. Siempre es mejor usar la mano no dominante para esto.

Volví a mirar a Fox.

—¿Podría sostener las chaquetas por Micah?

Fox se las quitó de la mano sin decir una palabra. Un hombre muy cooperativo, en especial para el FBI. Tienden a discutir, o al menos a preguntar más. Micah se quitó la chaqueta del traje y la puso en la parte superior de la pila creciente de los brazos de Fox.

En la camisa de Micah había puños franceses, lo que significaba que tenía que deshacer un gemelo antes de que pudiera enrollar la manga

izquierda. Puso el gemelo en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué estás haciendo, Alguacil Blake? —preguntó el juez.

—Voy a utilizar la sangre del señor Callahan para caminar por el círculo.

—¿Usa su sangre? —Esto fue de Beck, la reportera de la corte, y su voz fue varias octavas más alta que cuando había dicho hola.

El juez la miró como si hubiera hecho algo imperdonable. Se disculpó con él, pero sus dedos no dejaron de escribir en su pequeña máquina. Creo que se había sorprendido aún más por su comentario.

Me pregunté si la mirada sucia del juez ya la tenía registrada, o si sólo estaba reservada para los sonidos fuertes.

—Tengo entendido que para eso se suele utilizar al pollo, que decapitan —dijo el juez en su voz profunda como si estuviera en una sala de audiencias.

—Eso es correcto.

—Supongo que no va a decapitar al señor Callahan —lo dijo con su toque inocente, casi en broma, pero creo que su perjuicio se mostró. Quiero decir, si vas a resucitar a los muertos ¿Qué otras cosas malas eres capaz de hacer? ¿Tal vez incluso el sacrificio humano?

No lo tomé como algo personal. Había sido educada al respecto; tal vez simplemente estaban siendo demasiado sensibles.

—Voy a hacer un pequeño corte en su brazo, untaré la hoja con la sangre, y caminaré por el círculo. Puede caminar junto a mí, así puedo renovar la sangre de la herida a medida cuando nos movamos alrededor del círculo, pero eso es todo.

El juez sonrió.

—Pensé que deberíamos ser claros, Alguacil.

—Claro es bueno, su señoría. —Lo dejé ahí. Las noches en que habría recibido insultos porque la gente entendió que todos los reanimadores hacían sacrificios humanos habían pasado. La gente tenía miedo de lo que se hacía. Se les dio a creer lo peor. El precio de hacer negocios es que la gente pensaba que se hacían cosas terribles, cosas inmorales.

Había cortado a otra persona antes, utilizando su sangre para ayudarme o combinándose con la mía, pero nunca había cercenado su mano mientras lo hacía. Me quedé en el lado izquierdo de Micah y entrelazamos los dedos de las manos para que estuvieran lo bastante juntas como para que nuestras palmas se tocaran. Estiré el brazo y puse la punta de la cuchilla contra su

piel lisa, sin tocar su brazo.

La parte inferior de mi brazo izquierdo parecía como si el Dr. Frankenstein hubiera trabajado en mí. La piel de Micah era suave y perfecta, sin tocar. No quería cambiar eso.

—Voy a sanar —dijo en voz baja—. No es plata.

—¿Hay algún problema, Alguacil? —preguntó el juez.

—No —dije—, no hay problema alguno.

—Entonces, ¿podemos acelerar las cosas? No hace mucho calor aquí.

Me volví para mirarlo. Estaba acurrucado en su abrigo largo. Miré hacia abajo a mis propios brazos desnudos, ni siquiera piel de gallina a la vista. Me quedé mirando a Micah, en mangas de camisa. Ser un cambiaformas, en realidad no le hacía un buen juez contra el frío que hacía, o cuanto calor. Me llevó un momento echar un vistazo a todo el mundo. La mayoría estaban con sus abrigos abotonados hasta el cuello, algunos con las manos en los bolsillos como el juez. Sólo había tres personas que habían abierto sus abrigos, y, como yo, observaban, Fox comenzó a encogerse de hombros en su propio abrigo. Las otras dos personas eran Salvia y Franklin. Franklin ya me lo esperaba, pero no Salvia. Si era tan sensible, que podría explicar su miedo. No había nada como una poca capacidad psíquica para que no quieras estar cerca de un ritual importante. Podría resucitar a los muertos de forma regular, pero por arte de magia era un gran negocio dar vida a los muertos. Incluso temporalmente.

—Alguacil Blake —dijo el juez—. Voy a preguntar una vez más. ¿Hay algún problema?

Di una mirada a mi espalda.

—¿Desea abrirse una vena para mí, juez?

Se quedó perplejo.

—No, no, yo no.

—Entonces no me apresure cuando tenga algún otro brazo debajo de mi cuchillo.

Fox y Franklin hicieron bastante ruido. Fox parecía haber empezado a reír en una tos. Franklin estaba moviendo la cabeza, pero parecía que no estaba contento conmigo.

Los dedos del reportero de la corte nunca vacilaron. Grabó su impaciencia y mi respuesta enfadada. Ella, al parecer, iba a grabar todo. Me pregunté si había intentado grabar la tos y los ruidos inarticulados de los agentes. Probablemente debería ver lo que había dicho, pero dudaba que lo

hiciera. Quiero decir, podría intentarlo, pero veía que lo que había dicho era por lo general una batalla perdida. Tal vez me sentiría más cortés después de que el círculo de energía se levantara. Tal vez.

Micah me tocó la cara con la mano libre, me hizo mirarlo. Me dio esa sonrisa pacífica.

—Sólo hazlo, Anita.

Dejé la punta del cuchillo contra la piel suave y susurró:

—Si se hubiera hecho cuando debió ser hecho, estuvo bien que fuera hecho rápidamente…

Él dijo:

—¿Estas citando a Macbeth?

—Sí. —Y le corté.



ONCE

La sangre parecía negra en el claro de luna. Micah estaba totalmente en silencio cuando la sangre se redujo en el corte, y yo moví la cuchilla de manera que pudiera tomar el goteo pesado de su sangre. Así que tranquila. Tranquilo, en esto él estaba tranquilo sobre casi todo, como si nada pudiera moverse desde su propio centro. Cuando aprendí más de lo que su vida había sido así, supe que esta agua tranquila se la había ganado a pulso. Mi tranquilidad era la tranquilidad del metal, pero él era el agua. Era el estanque en el bosque. Tira una piedra, y una vez que las ondas se desvanecen, queda igual. Tira una piedra en el metal y deja una abolladura.

Había noches en que me sentía como si estuviera cubierta de golpes y abolladuras. Agarrando la mano de Micah, con su sangre brotando en el frío brillo de mi cuchillo, pude sentir el eco de esa calma acuosa.

La noche de otoño de pronto se perfumó con el aroma dulce y metálico de la sangre fresca. Una vez el olor había significado trabajo: resucitar a los

muertos, o una escena del crimen. Pero gracias a mis vínculos con Jean-Claude, Richard y los hombres leopardo, el olor de la sangre significaba mucho más.

Luego levanté la vista de la sangre y me encontré con los ojos de Micah, esos ojos pálidos de leopardo, y me di cuenta que no tenía que mirar todo el camino a St. Louis por qué la sangre olía bien.

Su pulso empezó a golpear contra la palma de mi mano como un latido en segundos. Ese latido del corazón empujando la sangre hacia fuera de él más rápido de lo que debería hacer, como si mi poder, o nuestro poder, lo llamase. El corte no era tan profundo, pero la sangre goteaba sobre las manos en un baño caliente.

—¡Oh, Dios mío! —La única voz femenina, por lo que fue la reportera de la corte. Los malditos hombres, y otra persona estaban haciendo sonidos como si fueran a vomitar la cena. Si esto les molesta, entonces no lo lograrían a través de la parte del zombi.

Solté la mano de Micah, y en el momento que lo hice, la sangre circuló más lentamente. Más lenta de lo que debería haber sido. Algo en nuestras fuerzas había hecho que fluyera más rápido, más caliente. Me miró alejarme de él con el machete goteando. Empecé a caminar en círculo, chorreando sangre por el camino, con la mirada todavía atada a la suya. No había muertos susurrando en mi cabeza ahora. La noche estaba demasiado viva para eso. Me acerqué al círculo de pronto dolorosamente consciente de lo mucho que me había estado perdiendo en ese paisaje nocturno. Podía sentir el viento contra mi piel de una manera que no la sentía hacia un minuto. Había tantos olores, era como estar ciego, y de repente recuperases la vista. El olfato era algo que los seres humanos en realidad no utilizaban para nada, no es así.

Sabía que había algo pequeño y peludo en el árbol sobre la tumba. Antes de que hubiera olido sólo ese olor seco de las hojas otoñales. Ahora podía oler las hojas diferentes, diversos olores de los árboles ahora individuales. No sabía lo que cada aroma era, pero de repente podía distinguir docenas de diferentes árboles, arbustos. Incluso el suelo que estaba bajo mis pies desprendía una gran cantidad de perfumes. Esta ni siquiera era una buena noche para el olor, demasiado frío, pero podría cazar. Podríamos…

—Anita —dijo Micah, con voz brusca y sorprendente.

Me hizo tropezar y me trajo de vuelta a mí misma. Era casi como

despertar de un sueño. Había sido sólo recientemente que todo el mundo se dio cuenta de algunas de mis nuevas habilidades, aunque llegaron a través de las marcas del vampiro, me hizo más como un licántropo que una vampiresa. Un licántropo nuevo que no siempre tenía el control necesario en púbico.

Estaba casi de vuelta a Micah. Caminaba cerca del círculo completo, como si mi cuerpo se hubiera ido sin mí, mientras mi mente trataba de hacer frente a un millar de diferentes tipos de información sensorial. Momentos como éste me daban una nueva simpatía por los perros que veían por la nariz. No es que los oídos no funcionaran, pero la nariz estaba trabajando mucho más con los aromas. El aroma que estás siguiendo.

¿Qué era, dónde estaba, podríamos atraparlo, se podía comer?

—¿Anita? —Micah hizo una pregunta, como si supiera a que le estaba prestando atención. Por supuesto, fue su sentido del olfato lo que había estado pidiendo prestado. Él lo sabía.

Mi corazón estaba en mi garganta, era el pulso que se decantaba con la adrenalina. Miré al suelo y me encontré que solo faltaban unas cuantas gotas para completar el círculo.

Pero no me había concentrado en absoluto. Había caminado en círculos con el acero desnudo y con sólo mi voluntad. ¿Fue suficiente sangre conmigo en piloto automático? No había realmente una sola manera de averiguarlo. Dejé que el machete siguiera goteando y realicé los últimos pasos. Tomé mi último paso, pero fue la última gota de sangre de Micah lo que se adueñó del poder como el aliento caliente de algún animal grande. Ese poder se deslizó sobre mí, sobre él, y en la noche, en el momento en que la última gota de sangre cayó.

Sentí como a veces ocurre en casos de emergencia en que todo se ralentiza, y el mundo se convierte en el duro borde, como todo lo que está tallado de cristal. Dolorosamente real, y lleno de aristas vivas.

Me di cuenta en ese cristalino momento que nunca había usado la sangre de un cambiaformas para hacer un círculo de poder, y la única vez que había usado la sangre de un vampiro, la magia había ido terriblemente mal. Sin embargo, ese vampiro había muerto para completar el círculo, y Micah estaba vivo. No era un sacrificio, sólo sangre, pero por arte de magia no había tanta diferencia entre los dos como a todos nos gustaría creer. Cortarse a sí mismo ya es una pequeña muerte.

Era como si el círculo de poder fuera un vaso y el poder entrase en él,

conteniéndolo en ese pequeño espacio. Cuando había matado accidentalmente a un vampiro, el poder había sido de nigromancia. Esto era más cálido, era como ahogarse en el agua del baño. Tan cálida, caliente y viva. El aire estaba vivo con el poder. Se arrastró por mi piel, quemándome, de manera que grité.

El grito de Micah se hizo eco del mío.

Me giré a través del aire pesado y le vi caer de rodillas. Nunca había estado dentro de un círculo de poder completo. Por supuesto, nunca había estado dentro de un círculo cuando este tipo de energía subía. Era como un híbrido entre la frialdad de la tumba y el calor del licántropo. Eso es lo que había estado mal desde el momento en que entré en el cementerio. Es por eso que los muertos habían parecido más activos de lo que deberían haber sido. Sí, mi nigromancia estaba cada vez más fuerte, pero era mi conexión con Micah lo que había hecho que el susurro de los muertos atravesara mi piel, la cercanía de Micah había hecho que los muertos parecieran más «vivos» de lo que habían sido nunca.

Ahora nos estábamos ahogando en ese poder vivo. El aire dentro del círculo estaba creciendo más pesado, más grueso, más sólido, como si antes no fuera aire del todo, sino algo plástico e irrespirable. Tuve que luchar para inhalar, como si el aire me aplastara. Caí de rodillas en la parte superior de la tumba y de pronto supe qué hacer con todo ese poder.

Hundí las manos en la tierra blanda, me volví y llamé a Emmett Leroy Rose de la tumba. Traté de gritar su nombre, pero el aire era demasiado espeso. Susurré su nombre, de la forma en la que se susurra el nombre de un amante en la oscuridad. Pero fue suficiente, ese susurro.

La tierra se estremeció debajo de mí como la piel de un caballo cuando una mosca se posa sobre ella. Sentí a Emmett debajo de mí. Sentí que su cuerpo se pudría en su ataúd, dentro del metal de su panteón. Atrapado debajo de más de seis pies de tierra, y nada de eso importaba. Le llamé y vino.

Vino a mí como un nadador cuando se levanta, a través de aguas profundas y negras. Alargó la mano hacia mí. Hundí las manos en la tierra mientras esta cambiaba. Siempre había estado a un lado de la tumba, pero nunca en ella. Nunca había puesto mi piel desnuda en la tumba mientras el suelo se movía, nunca había pretendido hacerlo.

Sabía que estaba tocando la tierra, pero no se sentía sucia. Se sentía más cálida, más como un líquido muy espeso, y sin embargo no era eso

tampoco. Era como si la tierra bajo mis manos se hubiera convertido en parte líquida y en parte aire, para que mis manos se hundieran más y más a través de esa tierra sólida de apariencia hasta que unos dedos rozaron los míos. Agarré los dedos de la forma en que agarras a una víctima que se ahoga.

La mano cogió la mía, con esa fuerza desesperada, como si hubiera pensado que estaba perdido y mi contacto era lo único sólido en un mundo líquido.

Saqué las manos de esa succión, líquida, de tierra aireada, pero algo presionaba cuando empujé. Algo de poder, algo de magia, algo tirando cuando saqué al zombi de la tumba.

El zombi salió de la tumba con un estallido de tierra y energía. Algunos zombis salen gateando, pero algunos, la mayoría en mis últimos tiempos, se ponían de repente de pie en la tumba. Éste estaba de pie, las manos aún conectadas a las mías. No había pulso en la piel, sin ritmo de vida, pero cuando me miró, había algo en sus ojos oscuros, algo más de lo que debería haber habido.

Había inteligencia y una fuerza de personalidad que no debería haber estado allí hasta que le pusiera sangre en la boca. Los muertos no hablan sin la ayuda de los vivos, de un modo u otro.

Era alto y ancho, su piel de un color parecido al buen chocolate, dulce. Me sonrió de la manera que no debería haber hecho un zombi sin sangre en su boca.

Miré a mis manos sin soltar la suya y me di cuenta de que mis manos estabas cubiertas de la sangre de Micah cuando las hundí en la tierra. ¿Eso lo había hecho? ¿Eso era suficiente?

Las voces hablaban, jadeando, gritando, pero todo era distante y menos real que el hombre muerto que tenía entre mis manos. Sabía que estaría muy vivo, porque había habido demasiado poder. Pero incluso para mí, lo único que le faltaba era pulso. Incluso en mi opinión era un buen trabajo.

—Emmett Leroy Rose, ¿puedes hablar? —pregunté.

Salvia me interrumpió.

—Alguacil, esto es muy irregular. No estábamos listos para que pudieras sacar al Sr. Rose de la tumba.

—Estamos listos —dijo Laban—, porque el resto queremos volver a casa antes del amanecer.

La cabeza de Rose se volvió lentamente hacia la voz de Salvia, y sus

primeras palabras fueron:

—Arturo, ¿eres tú?

Las protestas de Salvia se detuvieron abruptamente. Sus ojos se abrieron desorbitados.

—¿Debería ser capaz de hacer eso? ¿De reconocer a las personas?

—Sí —dije—, a veces pueden.

Rose dejó caer las manos, y le dejé. Se movió hacia el lado donde estaba Salvia en el círculo.

—¿Por qué, Arthur? ¿Por qué Jimmy puso el cuerpo del muchacho en mi coche?

—No sé de lo que está hablando. No hice nada. Él era un pedófilo. Ninguno de nosotros lo sabía. —Pero las palabras de Salvia eran demasiado rápidas. Ahora sabía por qué había estado tratando de retrasar el levantamiento del zombi. Culpa.

Rose dio un paso adelante, un poco lento, un poco incierto, ya que si bien parecía más vivo de lo que se sentía.

—Yo, ¿un pedófilo? Eres un cabrón. Sabías que el hijo de George era un abusador de menores de mierda. Lo sabías, y le ayudaste. Le ayudaste a conseguir a sus chiquillas, hasta que llegó demasiado lejos y mató a la última.

—Le has hecho algo a su mente, Alguacil. Está balbuceando.

—No, señor Salvia, los muertos no mienten. Dicen la verdad absoluta como lo saben.

Micah se situó a mi lado, sosteniendo su brazo herido y ejerciendo presión sobre él. Parecía tan fascinado con el hombre que caminaba muerto como el resto. Nunca había visto a un zombi antes, pero estaba viendo uno ahora y no la clase que la gente llama de la tumba de todos modos.

Rose había llegado al borde del círculo.

—En el momento en que Jimmy puso al niño en mi coche, yo ya estaba muerto, Arthur. Debiste haberme puesto una bala. —Trató de dar un paso más hacia Salvia. El círculo de poder trató de detenerlo pero no pudo. Eso no habría sido posible. No importaba lo bueno que fuera el zombi, el círculo debería haber sido sagrado, inviolable. Algo estaba mal.

Grité:

—Fox, su informe decía que murió de causas naturales.

Fox caminó hasta estar un poco más cerca del círculo, pero no más cerca de Rose, como si encontrara al hombre muerto un poco

desconcertante.

—Así fue. Ataque al corazón. Ni tóxicos, ni nada de eso. Un ataque al corazón.

—Lo juras —dije.

—Te lo juro —dijo.

—¿Por qué pusiste a la última víctima de Georgie en mi coche, Arturo? —Rose siguió—. ¿Por qué coño se te ocurrió hacerlo? Tenía una esposa e hijos, y me alejaste de ellos en el momento en que el cuerpo estuvo en mi coche.

—Oh, mierda —susurré.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Micah.

—Culpa a Salvia de su muerte. No al pedófilo que mataba a los niños. —Mi nudo en el estómago se apretó, y me puse a rezar, por favor no dejes que esto vaya mal.

Fox dijo:

—Uno pensaría que culparía al tipo que puso el cuerpo en su coche.

—Culpa a Salvia, porque eso es lo que le ordenó hacer —dije.

—Tienes miedo —dijo Micah en voz baja—. ¿Por qué?

Hablé con Fox, tratando de mantener mi voz baja y no llamar la atención del zombi.

—Un zombi asesinado siempre hace una cosa ante todo: mata a su asesino. Hasta que su asesino esté muerto, nadie lo puede controlar. Ni siquiera yo.

Fox me miró a los ojos, al otro lado del círculo. Franklin se había alejado bastante del círculo, del zombi, de mí. Fox me susurró:

—Rose no fue asesinado. Murió de un ataque al corazón.

—No estoy segura de que él lo vea de esa manera —susurré.

Rose gritó:

—¡Por qué, Arturo! —Y trató de salir del círculo. Cedió, como un trozo de plástico que se estira cuando una mano lo empuja.

Grité:

—Emmett Leroy Rose, te ordeno que te quedes ahí. —Pero en el momento que tuve que gritar algo, supe que estábamos en problemas.

Rose seguía tratando de avanzar, y el círculo ya no era una pared. Se fue doblando hacia el exterior. Tiré de mi voluntad y poder no hacia el zombi, sino hacia el círculo. Grité:

—¡NO! —y lancé ese no, con la negativa hacia el círculo. Eso ayudó.

Era como si el círculo tomara la energía que había necesitado. Pero nunca había tratado de hacer algo así antes. No sabía cuánto tiempo mantendría al muerto en su sitio.

El muerto se volvió hacia mí y dijo:

—Déjame salir.

—No puedo —dije.

—Él me mató.

—No, no lo hizo. Si realmente te hubiera matado estarías fuera de este círculo en este momento. Si realmente hubieras sido justamente asesinado, nada te detendría.

—Justamente asesinado. —Y soltó una carcajada tan amarga que hizo daño al escucharlo—. Justo. No, no es justo. Cogí el dinero. Sabía que estaba sucio. Me dije que mientras no hiciera nada ilegal, estaría bien. Pero no lo estaba. No estaba bien. —Miró hacia el círculo, pero luego sus ojos fueron hacia Salvia—. Puede que no haya sido un hombre justo, pero no sabía lo que estaba haciendo Georgie a los niños. Lo juro por Dios, no lo sabía. Y tenía el cuerpo puesto en mi coche. ¿Viste al niño antes de que Jimmy lo moviera, Arthur? ¿Viste lo que Georgie le había hecho? Le abrió en canal. ¡Le abrió en canal!

Y golpeó el círculo, golpeó con sus manos como si estuviera tratando de pasar a través de él, y cedió. Sentí que empezó a llorar como el papel.

Grité:

—¡No. Este círculo es mío! Dentro de los límites de este círculo de poder yo ordeno. Yo ordeno, no tú, y te digo no, Emmett Leroy Rose, no pasaras de este círculo.

Rose se tambaleó hacia atrás del círculo.

—¡Déjame salir!

Grité:

—¡No! Fox, ¡llévate a Salvia de aquí! —Luego, algo me golpeó en el brazo. Me dio con tanta fuerza que me di la vuelta. Me caí a cuatro patas. No podía sentir mi brazo, pero estaba sangrando. Tuve un segundo para pensar, Oh, me han disparado, antes de que Micah se moviera más allá de mí, de pie delante de mí. De pie entre yo y de donde la bala había venido. Él estaba señalando. Escuché que la bala golpeó la segunda lápida detrás de mí, un agudo silbido de bala.

Salvia estaba gritando:

—¡No le dispares a ella! No dispares contra ella, idiota. El zombi es al

que debes disparar, no a ella ahora. No hará ningún bien.

Me arrastré alrededor de la lápida, poniéndola entre el tirador y yo. Mi brazo funcionaba lo suficiente para ayudarme a arrastrarme por el suelo. La sensibilidad estaba regresando, eso era bueno, porque significaba que no estaba tan mal herida.

El inconveniente era que estaba herida, y ahora mi cuerpo lo sabía. La bala sólo me había rozado, pero lo que me había rozado era de un calibre bastante grande para que pudiera ver cosas en mi brazo que nunca fueron concebidas para ser visibles a simple vista. Odio ver mi propio músculo y ligamentos. Eso significa que la mierda había golpeado el ventilador, y estoy a favor del viento.

Sonaban disparos, esta vez alejándose de nosotros y en la noche. Los del FBI estaban devolviendo el fuego. Bien por ellos. Utilicé mi mano izquierda para mover mi derecha y así poder conseguir mi pistola. No era una zurda demasiado buena, pero era mejor que nada.

Grité:

—¡Micah! —Con balas volando, lo quería conmigo.

Pero no fue Micah el que se cernía sobre mí. Rose inclinó su gran forma oscura sobre mí, le ordené:

—No lo hagas.

—Déjame salir —dijo.

—No —dije. Dispararon contra él, aunque sabía mejor que nadie que las balas no podían hacer nada. Él era un zombi, no sentía dolor. Me agarró y me levantó del suelo cuando le disparé a quemarropa en el pecho. Su cuerpo se sacudió con el impacto, pero eso era todo.

Unas garras florecieron a través de su garganta un momento antes de que me diera cuenta de que Micah estaba detrás del zombi, sólo sus manos estaban a medias en forma de garras, como sólo los cambiaformas realmente poderosos podían hacer. Pero no se podía matar a los muertos.

Rose me golpeó con su cuerpo y yo a mi vez golpeé con una lápida. El interior de mi cabeza de repente estaba llena de destellos blancos, entonces se volvieron destellos carmesí, y en el interior de mi cabeza se derramó un oscuro terciopelo, y eso fue todo lo que percibí. La oscuridad de terciopelo, y nada.



Me desperté mirando hacia un techo blanco. Micah estaba de pie junto a la cama, sonriéndome. ¿Al lado de la cama? Mi brazo izquierdo estaba sobre una tablita y había agujas y tubos en él. Mi brazo derecho estaba vendado como una momia. Alguien había dejado un arreglo de flores en una esquina cerca de la ventana, completando esa tontería globos Mylar.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, y mi voz sonaba graciosa. Mi garganta se sentía como el papel de lija.

—Cuarenta y ocho horas. —Encontró una de esas tazas con una pajita articulada y me lo acercó. El agua sabía dura y metálica de una forma nada sabrosa, pero mi garganta se sintió mejor. La puerta se abrió, y un médico, una enfermera, y Nathaniel entraron por la puerta. Al médico y la enfermera los había esperado. Alcancé a Nathaniel y descubrí que mi brazo derecho en realidad funcionaba.

Me dio esa sonrisa maravillosa, pero no llegó a sus ojos. Se veían tristes

y sabía que había dejado esa mirada particular allí. Yo, haciendo daño.

El nombre del médico era Nelson, y la enfermera era Debbie. Enfermera Debbie, como si no tuviera un apellido, pero no protesté. Si no le molestaba a ella, supongo que no debería molestarme a mí.

El Dr. Nelson era pequeño y redondo, con la mayoría de su pelo oscuro hacía atrás en torno a un rostro que parecía demasiado joven, ya sea por el nacimiento del pelo o el peso.

—Es bueno verte despierta, Alguacil. —Y se rió, como si fuera divertido—. Lo siento, pero cada vez que lo digo, sigo pensando en, Gunsmoke, el programa favorito de mi papá.

—Me alegro de que pueda divertirlo —dije, y tuve que limpiarme la garganta otra vez.

Micah me dio un poco de agua, y Nathaniel se movió hacía el otro lado de él. Tocó un lado de mi cara, e incluso el roce de sus dedos me hizo sentir mejor.

Los ojos de la enfermera Debbie se movieron a los dos hombres, y entonces su rostro recuperó ese aspecto profesional y agradable otra vez.

—Lo primero, vas a estar bien —dijo Nelson. Tenía a la enfermera sosteniendo mi brazo hacia arriba mientras que él comenzaba a cortar los vendajes.

—Me alegro de saberlo —dije con una voz que empezaba a sonar más como yo.

—En segundo lugar, no tengo ni idea de por qué. Tomaste una bala de un rifle de un calibre muy grande alrededor de tu brazo derecho. Debería haber daño muscular, pero no lo hay. —Deslizó las vendas, y las entregó a la enfermera para que las tirara. Me tomó la mano entre las suyas y levantó el brazo para que pudiera verlo. Había una mancha de cicatriz, color rosa en un lado de mi brazo, alrededor de una pulgada y media de ancho en su parte más amplia—. Han pasado sólo cuarenta y ocho horas, alguacil. ¿Podrías explicarme como este que te curaste tan rápido?

Puse una mirada agradable con los ojos en blanco.

Suspiró y puso el brazo sobre la cama. Tomó una de esas linternas y comenzó a revisar mis ojos.

—¿Algún dolor?

—No —dije.

Él me hizo seguir sus dedos hacia atrás y adelante, incluso me hizo mirar hacia arriba y hacia abajo.

—Tu cabeza se golpeó contra una lápida de mármol, por lo que me dijo el FBI. Nuestras pruebas mostraron que tenías una conmoción cerebral. Inicialmente pensamos que tu cráneo estaba roto, y estuviste sangrado en lugares dentro de tu cabeza en los que no quieres sangrar. —Sus ojos estaban muy serios mientras estudiaba mi cara—. Hicimos una segunda serie de pruebas antes de programar la cirugía, y ¿qué te parece, alguacil? Ni una hemorragia interna. Desaparecieron. Pensábamos que habíamos interpretado mal la primera prueba, pero tengo las radiografías para mostrar lo que vimos la primera noche. Había una fractura de cráneo, y una hemorragia, pero más tarde esta mañana, se había detenido. De hecho, el segundo conjunto de pruebas mostraron que se había reparado. Curado como tu brazo se está curando. —Su expresión seria se intensificó—. Sabes, la única persona que he visto sanar de esa manera, era un licántropo.

—De verdad —dije, dándole mi mejor cara.

—En realidad —dijo, y miró a Micah. Tenía puestas sus gafas de sol de nuevo sobre los ojos de gato Kitty, pero algo en la forma en la que Nelson le miró me dijo que el médico había visto probablemente a Micah sin las gafas—. Tuvimos que sacar tu tipo de sangre para la cirugía. Hay ciertas cosas que buscamos en el análisis de sangre, algo rutinario en estos días. ¿Adivina que encontramos?

—Ni idea —dije.

—Mierda curiosa —dijo.

Me eché a reír.

—¿Debo preocuparme? Quiero decir, ¿los médicos deben decir a sus pacientes «mierda curiosa»?

Se encogió de hombros, riendo, pero ya era demasiado tarde para volver al disfraz de buen doctor. Tenía una mente muy rápida, y alguien que solo hacía el bien a sus pacientes porque se suponía que debía hacerlo.

La enfermera Debbie se movió, casi inquieta, a su lado.

—No eres un licántropo, pero eres portadora, lo cual es imposible. Una persona tiene la licantropía, o no la tiene. En realidad tienes cuatro tipos diferentes. Lobo, leopardo, león, y una que ni siquiera pueden identificar, todo lo cual es imposible. No se puede contraer más de una especie de licantropía, porque una vez que tienes una, te haces inmune a las demás. —Me miró como si la mirada fuera suficiente para romperme y confesar. Yo solo parpadeé. Sospechaba del leopardo y el lobo, pero la única vez que había sido tocada por un hombre-león había dado lugar a pequeñas heridas.

Habían sido del antiguo líder de Micah, Quimera, en forma de hombre-león. Me había hecho sangrar, pero era inusual coger la licantropía felina basada en daños tan pequeños. Maldita suerte la mía.

—¿Me has oído, alguacil? Tienes cuatro diferentes tipos de licantropía. —Siguió dándome su mirada dura-como-clavos.

Continué parpadeándole. Si pensaba que su rostro médico amenazante era suficiente para hacerme hablar, entonces no había visto nada verdaderamente espeluznante en su vida. Solo le miré.

—¿Por qué creo que esto no es nuevo para ti?

Me encogí de hombros, los tubos y agujas tiraron de mi brazo izquierdo. Eso me dolió más que cualquier otra cosa.

—Fui atacada por algunos cambiaformas hace algunos años, afortunadamente, no he cogido nada.

—¿No lo entiendes, Blake? Te estoy diciendo que lo tienes. Está circulando en tus venas en este momento. Pero no eres licántropo, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros de nuevo.

—Honestamente, doctor, no lo sé.

—Bueno, si pudiéramos encontrar la manera de poner eso en otras personas y no volverlos cambiaformas, podríamos hacer a la gente casi indestructible.

—Le diría cómo funciona si lo supiera.

Me miró con esa mirada dura de nuevo.

—¿Por qué no puedo creer eso?

Sonreí.

—Si pudiera decirle algo que ayudará a millones de personas, lo haría. Pero creo que soy una especie de milagro metafísico, doctor.

—He leído los periódicos. He visto las noticias —dijo—. Sé que eres el sirviente humano del Maestro de la ciudad de St. Louis. ¿Es eso lo que hace que este tipo de curación sea posible?

—Honestamente no lo sé, doctor. No con seguridad.

—¿Ser siervo humano de un vampiro te ayuda a sanar de esta manera?

—Me ayuda a hacer más daño —dije.

—¿Y la licantropía?

—Eso no lo puedo responder, doctor.

—No puedes, ¿o no quieres?

—No puedo —dije.

Hizo un sonido de impaciencia.

—Muy bien. Estás en forma, lo suficientemente bien para volver a casa. Voy a comenzar el papeleo. —Se fue hacia la puerta. Se giró con la mano en la puerta—. Si alguna vez entiendes cómo funciona la curación, me encantaría saberlo.

—Si es algo que pueda ser duplicado, lo compartiré —dije.

Se fue sacudiendo la cabeza.

Miré a la enfermera, y ella no me miraba a los ojos.

—Tengo que sacar las intravenosas. —Debbie dudó y luego dijo—: ¿Un poco de privacidad, tal vez? —Lo dijo como si no estuviera segura. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

Micah y Nathaniel me miraron. Me encogí de hombros de nuevo. Nathaniel me sonrió, y la sonrisa tenía un toque de picardía en él. Micah negó con la cabeza, sonriendo también, y se fueron.

Debbie fue tan gentil como podía. En realidad, duele más quitar la cinta que sacar la aguja. Cuando tuvo mi brazo libre de toda la parafernalia, dijo con una voz casi avergonzada.

—¿Cuál de ellos es tu novio?

—¿Quieres decir, Micah y Nathaniel?

—Sí —dijo ella.

—Ambos lo son.

Ella me lanzó una mirada.

—El señor Callahan te dijo que dijeras eso, ¿no? Han sido incorregibles, burlándose de todos nosotros.

—¿Burlándose de todos vosotros? —pregunté.

—Diciendo que vives con ambos, tratando de hacernos adivinar quién es tu novio. —Ella se sonrojó—. Hay un grupo de apuestas, por lo que cualquiera que estuviera aquí cuando te despertaras tenía que preguntar.

—¿Un grupo de apuestas para qué?

—Cuál de ellos es tu novio. Algunas personas incluso apostaron a que los dos lo eran. Algunos incluso dijeron que ninguno. —Parecía casi dolorosamente avergonzada—. Tengo que preguntar. Lo siento.

—Vivo con los dos —dije.

Ella me miró otra vez, como si no me creyera.

—Lo juro, cruzo mi corazón y espero… bueno, ya sabes.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y cuál es el trabajo del Sr. Graison?

Tuve que sonreír.

—Es stripper.

Se puso las manos en las caderas y casi me dio una patada.

—No todo puede ser verdad.

Se abrió la puerta detrás de ella. Era mi hombre y el Agente Especial Fox. La enfermera les lanzó una mirada y se apresuró a salir.

—¿Qué has estado diciendo a las enfermeras mientras he estado aquí?

—Las enfermeras estaban tratando de ser amigables al principio —dijo Micah—, pero cuando respondimos a sus preguntas con sinceridad, no nos creyeron.

—Nadie vive con dos hombres —dijo Nathaniel, imitando la voz de alguien que no recordaba haber oído—. Y los federales no viven con strippers.

—Una vez supimos que ibas a estar bien, Nathaniel bromeó un poco —dijo Micah.

Fox se echó a reír.

—Un poco.

Levanté mi mano izquierda hacia Nathaniel, y él la tomó con una sonrisa.

—¿Estás loca? —preguntó.

—No. La broma era sobre los federales que no viven con strippers, ¿cierto? —dije.

Se encogió de hombros.

—Tal vez.

—Las enfermeras parecían más interesadas en tus novios que en ti —dijo Fox.

—Bueno —dije—, es difícil competir cuando los chicos son así de lindos.

Micah dio la vuelta y tomó la otra mano. Pasó el dedo sobre la nueva cicatriz.

—Finalmente conseguiste una cicatriz en tu brazo derecho.

Suspiré.

—Mi único brazo sin cicatrices. Maldita sea.

Fox dijo:

—Vengo hasta aquí para decirte lo que te perdiste, y no creo que te

importe un comino.

Le sonreí a Fox.

—La verdad es que estoy contenta de estar viva. Cuando me golpeé con el mármol, sabía que estaba herida.

Su rostro se puso muy serio.

—Sí, te hiciste daño. Todos pensamos… —Hizo un gesto con la mano —. No importa lo que pensamos. Cuando caíste, el zombi atacó a Salvia. No pudimos detenerlo. Sin mencionar que había un tirador en el cementerio.

—Recuerdo decir a Salvia algo sobre no dispararme. Que el zombi se había levantado y no serviría de nada.

—No lo estaba retrasando sólo para irritar. Estaba retrasándolo para dar tiempo al tirador para llegar al cementerio. La idea era que con tu muerte o gravemente herida, tendrían más tiempo para pensar en un plan C.

—¿Plan C? ¿Qué pasó con el plan A y B?

Micah empezó a frotar su dedo pulgar sobre mis nudillos en pequeños círculos. Nathaniel me apretó la mano contra su pecho. Todo lo que iba a oír, no me iba a gustar.

Fox me dijo:

—Después de que tú y Micah fuerais a un hotel diferente, un vendedor se registró en la habitación que habíamos reservado para el alguacil Kirkland. El vendedor recibió un disparo en su habitación. Entonces, el asesino colocó una señal de «No molestar» en la puerta y probablemente tomó un avión a otra ciudad. Un golpe muy limpio y profesional. Micah al buscar un romántico fin de semana salvó vuestras vidas.

Micah mantuvo mi mano, y Nathaniel me sostuvo, como si hubiera más.

—Salvia debió haber recibido el shock de su vida cuando se enteró que la alguacil Anita Blake había llegado a levantar el zombi. Buscó alrededor y contrató a un no tan «profesional tirador».

—Pero casi funcionó —dijo Micah.

—Finalmente recordé de dónde conocía el nombre de Salvia —dije—. Es el abogado de algunos antiguos mafiosos de un real núcleo italiano.

Fox asintió con la cabeza.

—Si he entendido bien lo que Salvia y Rose estaban discutiendo, Georgie es el hijo del jefe de esa familia. Es un pedófilo, y Salvia y otros habían ayudado a encubrirlo.

—Sí.

—Jesús, María y José, Fox, ¿no crees que la familia del hijo intenta detener el testimonio?

—La Mafia antigua no ataca a los funcionarios federales. Es malo para los negocios —afirmó Fox.

—Anticuado es la frase operativa aquí, Fox. Si lo que queda de la mafia italiana descubrió que uno de los suyos había escondido a un pedófilo violento, incluso su propio hijo, los federales serían el menor de las preocupaciones de la familia de Georgie. Los otros mafiosos buscarían limpiar la casa por su cuenta mucho antes de citaciones judiciales y fechas de juicio para no ser pillados.

—En retrospectiva, tienes razón —dijo.

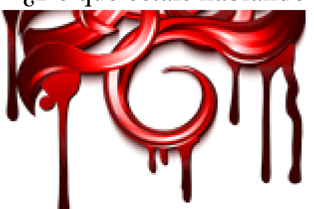
—En retrospectiva, podrían haber conseguido asesinar a Anita —dijo Micah.

Fox tomó una gran cantidad de aire y lo soltó lentamente.

—Tienes razón, Micah. Casi te jodo la vida otra vez.

Le fruncí el ceño a los dos.

—¿De qué estáis hablando ahora?



—Cuando Micah estaba en una cama como tú ahora, le dije que quería poner una alerta dos días antes de que él y su tío y un primo fueran a cazar. Quería poner una alerta para mantener a los cazadores fuera de los bosques, pero no era el agente al cargo. Demonios, era el indio que tuvo suerte, porque algunas de las primeras matanzas fueron en tierras indias. Era minoría, y me gustaba mi carrera más de lo que me gustaba la idea de salvar vidas. Le dije a Micah que le debía una. —Fox nos miró a todos—. Y ahora le debo una nuevamente, porque deberíamos haber tomado más precauciones para tu seguridad.



Le miré.

—Yo creía que el FBI no tenía permitido admitir que estaban equivocados.

Sonrió, pero no como si estuviera del todo feliz.

—Si se lo dices a alguien, lo voy a negar.

Acerqué la mano de Micah a mis labios y lo besé. Hizo que parte de la rabia en su rostro desapareciera. Besé la mano de Nathaniel también y las mantuve cerca.

—Estoy contenta de estar viva, agente Fox.

Él asintió con la cabeza.

—También a mí me alegra. —Luego se dirigió a la puerta.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Micah suspiró no me di cuenta que había estado conteniéndose.

—Cada vez que veo a ese hombre, algo malo pasa en mi vida.

Tiré de su mano para que él me mirara.

—¿Qué pasó con el zombi?

Frunció el ceño que se notó incluso alrededor de las gafas de sol.

—Sé que Salvia trató de matarte, pero ¿preguntar primero sobre el zombi?

—Salvia está muerto —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Pensé que estabas inconsciente en ese momento.

—Lo estaba, pero una vez que no estuve allí para ayudar con el zombi, lo despedazaron, ¿verdad?

—Sí —dijo—. Se merecía morir —dijo Nathaniel, y había una mirada en su rostro, tan feroz, tan despiadada, que casi me asustó. Había visto un montón de miradas en su rostro, pero nunca una tan fría.

—Dispararon al zombi, le cortaron, pero desgarró a Salvia.

—¿Atraparon al tirador?

—Lo tienen —dijo Micah—. Está muerto, también.

—¿Consiguieron el testimonio de Rose? —pregunté.

Bajó sus gafas para darme toda la fuerza de su mirada verde amarillenta. La mirada era elocuente. Nathaniel se echó a reír.

Micah nos miró a ambos y finalmente me dijo:

—¿De verdad crees que contigo muriéndote, Salvia muerto, y un asesino muerto a tiros, iban a interrogar al zombi?

—Bueno, ¿por qué no? Tuvieron que esperar a la ambulancia, ¿verdad?

Micah sacudió la cabeza. Nathaniel volvió a reír y se inclinó para plantarme un beso en la frente. Miró a Micah.

—Si hubiera estado allí y despierta, hubiera interrogado al zombi —dijo.

—Muy bien, si no interrogaron a Rose, ¿qué pasó con él? Sin mí no le han podido poner de nuevo en la tumba.

—Larry voló.

Nathaniel señaló el enorme racimo de globos Mylar.

—Esos son de Larry y Tammy.

Entonces me di cuenta de lo que la muerte del vendedor habría significado para Larry. No había sido un vendedor en el lugar equivocado en el momento equivocado, sino que habría sido la muerte del Alguacil Larry Kirkland.

—Estaba muy molesto, Anita. Se culpaba.

—No es culpa suya. —Apreté la mano de Micah—. Aunque gracias por la habitación del hotel romántico. ¿Quién sabía que iba a ser un salvavidas?

—Vamos a vestirte —dijo—: y volvamos a casa.

Nathaniel me besó la mano y comenzó a buscar mi ropa, donde sea que las enfermeras la hubiesen escondido. Micah fue a la puerta para ver si el doctor Nelson necesitaba ayuda con el alta. Se detuvo en la puerta y dijo:

—Me asustaste como el infierno. No lo hagas otra vez.

—Haré mi mejor esfuerzo —dije.

Apoyó la frente contra el borde de la puerta durante un momento, entonces me miró.

—Te amo.

Tenía un nudo en la garganta que no había estado allí un segundo antes.

—Yo también te amo.

Nathaniel repentinamente se volvió brincando en el aire. Tuve un segundo para hacer un ligero sonido de chicas, y luego aterrizó alrededor de mí a cuatro patas, a la perfección.

—¿Te duele algo?

—No —dije, sin aliento y riéndome.

—Bien —dijo, y se tumbó encima de mí, presionando su cuerpo contra mí con tanta fuerza que tuve que alejar mis piernas de él o arriesgarme a obtener moretones en ambas. Se quedó encima de las sábanas, los dos con la ropa puesta, pero de pronto encima de mí, y la mirada de sus ojos era más íntima que lo que hubiera hecho la desnudez. Porque lo que estaba en sus ojos era emoción demasiado real para ser lujuria, demasiado real para cualquier cosa, pero muy diferente a una palabra de cuatro letras.

Me dio un beso. Me besó como si mi boca fuera aire, alimento y agua, y se estuviera muriendo sin el sabor de la misma. Fue entonces cuando la enfermera Debbie y los demás miembros de su grupo de apuestas entraron. Gritaban como estudiantes de primer año en su primera fiesta universitaria. Y yo que había pensado que las enfermeras estaban hastiadas.

FIN



SELLING HOUSES

Título original: *Selling Houses*

Este relato apareció por primera vez en Strange Candy*, la primera recopilación de la autora Aparte de unos pocos relatos protagonizados por Anita Blake, que transcurren generalmente entre novela y novela de la serie, «Casa en venta» es la primera historia que ha escrito Laurell K. Hamilton ambientada en el «anitaverso» en la que no aparece el personaje de nuestra intrépida cazavampiros ni ningún otro conocido de la serie*.

Además de por sus méritos intrínsecos, hemos pensado que constituye una toma de contacto idónea con Anita Blake, cazavampiros*: es una historia cotidiana en la que se describe un mundo muy parecido al nuestro, y en el que algunos de sus temas fantásticos característicos se van insinuando poco a poco para que, cuando irrumpen en la narración parezcan la cosa más natural del mundo*.

Como dato cronológico señalaremos que la primera novela de la serie de Anita Blake, Placeres Prohibidos, *está ambientada en San Luis dos años después de que el vampirismo haya sido legalizado en los Estados Unidos, y que «Casa en venta», como se podrá descubrir tras su lectura, se sitúa en un momento anterior. ¿Qué incidencia podría tener una medida como la legalización del vampirismo en la vida de la gente de a pie?*



La casa, agazapada en su pequeño jardín, tenía un aspecto abatido; parecía encogerse contra la tierra, como si estuviera triste. Abbie sacudió la cabeza para desechar aquellas asociaciones: la casa era exactamente igual que las demás casas de la urbanización. Sí, bueno, tenía una cubierta a dos aguas con una inclinación pronunciada, lo que quería decir que el tejado era picudo, y además tenía dos claraboyas en el salón y una chimenea. Los Garner habían pedido unos cuantos extras. Era una casa muy bonita, con un lateral de lujo en madera de cedro y una fachada de ladrillo visto. El jardín era pequeño, del mismo tamaño que el resto de los terrenos que no hacían esquina. Y sin embargo…

Abbie avanzó a paso vivo por el camino que atravesaba el jardín. A lo largo del porche, los narcisos se agitaban desafiantes, ofreciendo una nota de colores vivos que contrastaba con el marrón rojizo de la casa. Tragó saliva, con el corazón en un puño. Sólo había hablado con Marion Garner por teléfono, puede que un par de veces, pero en aquellas conversaciones,

Marion le había explicado con entusiasmo las ideas que tenían para el jardín de la casa nueva.

La encargada de gestionar la venta había sido Sandra, pero ya no quería saber nada más de la casa; se le desbocaba la imaginación con sólo pensar en volver al lugar de la matanza.

Le asignaron el trabajo a Abbie porque su especialidad eran las casas difíciles de vender. ¿No había logrado colocarle aquel espantoso edificio victoriano que se caía a pedazos a una pareja joven que quería reformarlo? Y ¿qué decir de la lastimosa casa de los Peterson? Tuvo que dedicar varios días libres a limpiarla con tal de poder venderla, pero sacó bastante más de lo que esperaba nadie. Estaba decidida a conseguir vender también aquella casa.

Tenía que reconocer que un asesinato múltiple era un estigma considerable para una casa, y si para colmo de males, la explicación oficial era una posesión demoníaca, las cosas pintaban verdaderamente mal.

La casa ya había sido exorcizada, pero hasta Abbie, que no tenía dotes paranormales, podía notar la maldad, como si fuera una mancha que no acababa de salir. Y si los siguientes ocupantes de la casa caían presa de los demonios, los responsables serían Abbie y la inmobiliaria en la que trabajaba, por lo que más valía asegurarse de que quedara limpia. La dejaría pura e inmaculada como una virgen en su noche de bodas; no tenía más remedio.

El verdadero problema era que la prensa había montado un escándalo; no había un alma en varios kilómetros a la redonda que no estuviera al tanto, así que tocaría explicárselo a los posibles compradores. Tampoco era que Abbie pretendiera ocultarlo, aunque prefería no sacarlo a relucir hasta tener bien avanzadas las negociaciones.

Vaciló al llegar a la puerta.

—Venga —se dijo en voz alta—, sólo es una casa. No hay nada que pueda hacerte daño.

Sus palabras le sonaron vacías, pero metió la llave en la cerradura, y la puerta se abrió hacia dentro.

Tenía un aspecto tan parecido al de todas las demás casas, que se sobresaltó. Por algún motivo, esperaba que hubiera alguna diferencia, algo que la distinguiera de las demás. Pero el salón era pequeño, pese al tejado inclinado y la chimenea de ladrillo que no formaban parte del plano básico. La moqueta era de un tono beis oscuro muy socorrido, que quedaba bien

con casi cualquier decoración. Había visto fotos de cuando estaba recién construida, y en ellas salía un suelo basto sin recubrir.

Había un borrón descolorido y gastado, casi como una mancha de café pero cubría una zona muy amplia. Allí era donde habían encontrado a Marion Garner. Según la prensa, la habían apuñalado más de veinte veces con un cuchillo de carnicero.

Una moqueta nueva ocultaría la mancha.

El sol de la tarde entraba por la ventana del oeste e iluminaba un boquete del tamaño de un puño; resaltaba como un recordatorio estremecedor en mitad de la blanquísima pared. Cuando se acercó, Abbie vio salpicaduras. Normalmente, el equipo de limpieza se deshacía de cualquier rastro visible, pero en aquella ocasión era como si nadie se hubiera tomado la molestia de intentarlo. Tomó nota de pedir que terminaran el trabajo o devolvieran parte del pago.

Las manchas eran sólo rastros marronáceos de lo que habían sido, pero bastarían para ahuyentar a cualquier familia que pensara en mudarse allí. Con una mano de pintura y una moqueta nueva, el precio de la casa debería subir, aunque conseguir que pagaran su valor real… Abbie no las tenía todas consigo.

—¿A qué viene ese derrotismo? —se dijo en voz baja—. Vas a vender esta casa. —Y pensaba venderla, fuera como fuera.

La zona del comedor y la cocina americana tenía un aspecto muy alegre, con su claraboya y su puerta trasera. Había rastros de suciedad en la puerta blanca, junto al picaporte, pero el metal estaba reluciente. Se agachó a examinarlo y se incorporó enseguida; no sabía si a los de la limpieza se les había pasado o si habían decidido dejarlo. Quizá fuera hora de cambiar de equipo; aquello no tenía justificación.

La mancha era la huella de una mano pequeña, de sangre seca. Era del niño; tenía poco menos de cinco años. ¿Habría llegado hasta allí cuando intentó huir? ¿Habría tratado, en vano, de abrir la puerta?

Abbie se apoyó en el fregadero y abrió la ventana de la cocina; el ambiente le había parecido agobiante de pronto. La brisa primaveral agitó las cortinas blancas y con un estampado de hojas otoñales de tonos teja y oro viejo a juego con las baldosas de color marrón y marfil.

Le tocaba decidir adónde iba a continuación. A la derecha tenía la puerta del garaje, y justo al lado, las escaleras que daban al sótano. El garaje no tenía problemas, de modo que abrió la puerta y bajó el escalón

que conducía a él. Estaba más fresco que la casa, era como una cueva. Tenía otra puerta, que daba al jardín trasero, y no se apreciaban más manchas que las de aceite.

Volvió a la cocina, cerró la puerta y se apoyó en ella un momento. Sus ojos vagaron hasta otra puerta cerrada, la que había al final de las escaleras del sótano. El último viaje del pequeño Brian Garner había sido el de bajada de aquellas escaleras. ¿Lo perseguían, o estuvo escondido allí hasta que lo descubrieron?

Decidió que era mejor dejar el sótano para más adelante.

Las habitaciones y el baño estaban en el largo pasillo de la izquierda. El primer dormitorio era el del bebé; estaba decorado con animales de circo, de colores vivos y alegres, que desfilaban en un círculo que abarcaba las paredes vacías. Cuando ocurrió todo, sólo faltaban dos semanas para que Jessica Garner cumpliera dos años, según le había dicho Sandra.

El cuarto de baño estaba al otro lado del pasillo. Era espacioso y tenía los sanitarios blancos con detalles marrones. Faltaba el espejo; los de la limpieza habían retirado el cristal roto y habían dejado el marco plateado sin nada dentro. ¿Para qué sustituirlo si no era seguro que no se fuera a demoler la casa? Otras se habían demolido por mucho menos.

El papel pintado era bonito y no parecía dañado. Era de color marfil, con un estampado de rayas rosa claro y florecitas marrones. Abbie pasó la mano por él y notó marcas de corte. Había seis por lo menos, como si hubieran clavado un cuchillo en la pared, pero no había sangre. A saber qué pensaría Philip Garner que hacía mientras apuñalaba la pared del cuarto de baño.

El dormitorio principal estaba al lado; tenía un aseo y un ventilador de techo. El papel era beis, con un estampado oriental discreto de dibujos pequeños. En mitad de la moqueta había una mancha, más pequeña que la del salón. Nadie sabía qué hacía allí el bebe, pero era donde había encontrado la muerte. Los periódicos no entraban en detalles, lo que significaba que era demasiado macabro. Lo que significaba que Jessica Garner había conocido el infierno antes de morir. En la parte baja de una pared había una serie de manchas pequeñas; parecía el rastro de unas manitas que forcejeaban. Esas habían intentado borrarlas, al menos. ¿Por qué no habían hecho lo mismo en la cocina?

Cuanto más lo pensaba, más se indignaba. Allí había ocurrido algo espantoso; ¿por qué dejaban recordatorios tan obvios?

En el aseo del dormitorio predominaban blancos y plateados, interrumpidos por una mancha oscura en la pared, frente al lavabo. Abbie se agachó para observarlo, pero ya sabía que era: sangre. La habían limpiado casi por completo, pero se había quedado entre los azulejos, como la mugre debajo de las uñas. Nunca había visto un equipo de limpieza tan descuidado.

La habitación del niño ocupaba una esquina delantera de la casa. El papel pintado era color azul cielo, decorado con coches de carreras rojos, verdes, amarillos y azul oscuros, que recorrían las paredes vacías a toda velocidad con sus conductores diminutos. La moqueta era la única llamativa de toda la casa, de color azul eléctrico. Quizá fuera el color favorito del niño. Las puertas correderas del armario empotrado estaban arrancadas, y tenían cicatrices de madera desnuda asomando por debajo del barniz. Una puerta estaba apoyada en la pared. ¿Se habría escondido allí Brian Garner hasta que su padre lo sacó a la fuerza?

También podía ser que Philip Garner sólo hubiera buscado a su hijo allí, porque lo cierto era que el niño había muerto en otro sitio. En su cuarto, no había manchas de sangre ni huellas de manos desesperadas.

Abbie salió al pasillo. A lo largo de los años había examinado cientos de casas vacías, pero nunca había sentido nada parecido. Era como si hasta las paredes contuvieran la respiración, a la espera. Pero ¿a qué esperaban? No había tenido esa impresión hacía un rato; de eso estaba segura. Intentó desechar la sensación pero fue inútil. Lo mejor que podía hacer era terminar con la inspección cuanto antes y salir de allí.

Por desgracia, sólo le quedaba el sótano.

Ya lo había postergado, pero con aquella expectación que se había adueñado del aire, le apetecía menos aún. Pero si ni siquiera era capaz de recorrer la casa, ¿cómo iba a venderla?

Se dirigió a la escalera decidida a no prestar atención a la moqueta manchada de sangre ni a la mano de la puerta. Pero el esfuerzo de no mirar las manchas la hizo más consciente de su presencia. La muerte, y sobre todo la muerte violenta, era difícil de pasar por alto.

Una moqueta de color teja cubría los escalones que desembocaban en una puerta cerrada que, por algún motivo, Abbie encontró amenazadora. Pero bajó.

Vaciló cuando llevaba la mano al pomo pero abrió con rapidez. El sótano, como cabía esperar, estaba fresco y húmedo. Era como cualquier

otro sótano, aunque no tenía ventanas. El señor Garner había pedido expresamente que no las hubiera, nadie sabía por qué.

El suelo de cemento desnudo se extendía, gris e ininterrumpido, hasta las paredes, también de cemento desnudo. Las tuberías vistas salían del techo y se perdían en el suelo; la bomba de la fosa séptica, situada en la esquina, parecía funcionar correctamente. La caldera estaba fría, esperando a que alguien la pusiera en marcha.

Las tres bombillas se encendían con cordeles. Abbie tiró de ellos para disipar las tinieblas, pero las propias bombillas desnudas proyectaban sombras al oscilar a su paso. Y allí, en la esquina más alejada, vio la primera mancha.

Era pequeña, pero teniendo en cuenta que el niño tenía cinco años, le pareció grande.

Había un reguero de manchas que conducía detrás de la escalera. Eran irregulares, y su forma indicaba que el niño estaba sangrando mientras lo arrastraban.

La última mancha tenía forma de pentáculo, basto pero inequívoco. Había sido un sacrificio.

Una pared tenía salpicaduras altas, sin un origen visible más abajo. Sería allí donde Philip Garner se había saltado la tapa de los sesos.

Apagó dos bombillas y se quedó parada con el cordón de la última, la más cercana a la puerta, en la mano. El ambiente de expectación se había disipado. Cabría esperar que el sótano donde habían torturado al niño pusiera los pelos de punto, pero no era así; parecía más vacío y normal que la planta superior. Abbie no sabía a qué se debía, pero tomó nota de comentárselo al vidente que se encargase de la casa.

Apagó la luz y salió del sótano. Cerró la puerta a sus espaldas. Las escaleras eran simples escaleras, como las de cualquier otra casa, y la cocina tenía un aspecto alegre con sus paredes blancas. Cerró la ventana de encima del fregadero; no quería que entrase la lluvia.

Acababa de entrar en el salón cuando decidió dar media vuelta. La huella de la puerta trasera la incomodaba; era como un grito mudo que pedía ayuda, refugio, una vía de escape.

—No puedo dejarla ahí —susurró en el silencio caldeado por el sol. Se sacó del bolso los pañuelos de papel, humedeció uno en la pila y se arrodilló frente a la puerta para restregar la mancha marronácea.

El agua diluyó la sangre y la hizo parecer fresca, de color carmesí.

Abbie contuvo un grito y se apartó sobresaltada. El pañuelo estaba empapado de sangre, y lo dejó caer al suelo. La huella de la mano sangraba, y un reguero descendía lentamente por la puerta blanca.

—Brian —susurró. Oyó unos pasos de pies minúsculos, que bajaron hasta el sótano por la escalera enmoquetada. Abbie oyó que la puerta se abría y se cerraba con un *clic*.

El silencio se hizo tan opresivo que le costaba respirar, pero al cabo de un momento, fuera lo que fuera, desapareció. Abbie se puso en pie y se dirigió al salón.

«Así que tenemos un fantasma —se dijo—. No es la primera vez que vendes una casa con fantasmas».

Pero no recogió el pañuelo ensangrentado ni se volvió para mirar hasta dónde había llegado la sangre.

Salió al porche y cerró con llave, moviéndose tan deprisa como pudo sin perder la compostura; no sería conveniente que los vecinos vieran a la agente inmobiliaria salir corriendo. Se esforzó para no correr mientras bajaba los escalones flanqueados de flores amarillas, pero notaba una desazón en la espalda, como si la observaran.

No volvió la vista; no iba a correr, pero tampoco le apetecía ver la cara de Brian Garner apretada contra el cristal. Puede que los del equipo de limpieza lo hubieran hecho lo mejor que habían podido; tenía que averiguar si todas las marcas sangraban como si estuvieran frescas.

Sería necesario volver a bendecir la casa y, probablemente contratar a un médium que convenciera al fantasma de que había muerto. A mucha gente le parecía que tener una casa encantada era un símbolo de estatus, pero eso dependía del tipo de fantasma; ni los poltergeist, ni las paredes sangrantes, ni las apariciones tremebundas, ni los gritos a horas intempestivas se cotizaban demasiado. Si tuviera una luz fantasmal en un pasillo, o un espectro en la biblioteca ataviado con ropa del siglo XVIII, los aficionados a las fiestas se la quitarían de las manos. Las fiestas con fantasma eran el último grito, y quienes no tenían uno propio podían ir a ver el de los amigos mientras tomaban unas copas y algo de picar.

Pero Abbie estaba segura de que nadie querría tener el fantasma de Brian en casa. Tener vagando por ahí a un explorador del siglo XVI que había muerto asesinado sería muy romántico, pero alguien que acabase de morir, y encima un niño… Bueno, las víctimas históricas son una cosa, pero los fantasmas de los que se habla en los periódicos son otra muy

distinta.

Abbie esperaba que no resultara difícil lograr que Brian Garner descansara en paz. A veces, los fantasmas sólo necesitaban que alguien les dijera que habían muerto. Pero otras veces era necesario tomar medidas más drásticas, sobre todo cuando había muertes violentas de por medio. Curiosamente, los fantasmas de niños eran muy frecuentes. Abbie había leído un reportaje sobre el tema en el suplemento dominical del periódico. Según los expertos, se debía a que los niños no tienen asimilado el concepto de la muerte, por lo que son más propensos a no asumirla: se convertían en fantasmas porque seguían intentando vivir.

Pero ya había gente que se encargaba de elaborar esas teorías; Abbie sólo vendía casas. Puso el motor en marcha y encendió la radio. No quería silencio.

Estaban dando las noticias, y una voz de dicción cuidadosa inundó el coche mientras se alejaba de la casa.

—En el día de hoy, el Tribunal Supremo ha ratificado el veredicto de los juzgados de Nueva Jersey, según el cual, Mitchell Davies, conocido banquero e inversor inmobiliario, sigue estando vivo legalmente a pesar de ser un vampiro. Este dictamen viene a respaldar el proyecto de ley que se presentó el año pasado, en el que se proponía una ampliación del concepto de vida que incluyera algunas formas de no-muerte. Vamos con los deportes…

Abbie cambió de emisora; no estaba de humor para escuchar noticias ni deportivas ni de ningún tipo. Ya había tenido suficiente realidad y sólo quería irse a casa, pero antes tenía que pasar por la oficina.

Cuando llegó era muy tarde, y hasta el recepcionista se había ido. Casi todas las luces estaban apagadas, y las tres hileras de mesas que llenaban la sala de extremo a extremo estaban en penumbra. En el centro, un fluorescente iluminaba la mesa de Sandra, que estaba sentada de brazos cruzados, esperando; ni siquiera fingía que hacía algo.

Levantó la vista cuando oyó entrar a Abbie, y su alivio fue visible en sus ojos azules y en la forma en que relajó los hombros.

Abbie le dedicó una sonrisa, y Sandra le devolvió algo parecido.

—¿Cómo está?

Abbie se acercó a su propia mesa, dos a la izquierda de la de Sandra y se puso a recoger papeles mientras meditaba la respuesta.

—Será necesario arreglar unas cuantas cosas antes de ponerla a la

venta. —Oyó el repiqueteo de los tacones de Sandra, que se acercó hasta quedar detrás de su compañera.

—Sabes perfectamente que no me refería a eso —protestó Sandra. Abbie se volvió para mirarla. Los ojos de Sandra estaban demasiado brillantes; la miraba con demasiada intensidad.

—Sandra, por favor, todo ha pasado, olvídalo.

—Dime cómo está —insistió, sujetándole el brazo hasta clavarle los dedos.

—Me estás haciendo daño. —Sandra dejó caer el brazo, inerte.

—Por favor, necesito saberlo —dijo en un susurro.

—No hiciste nada malo. No fue culpa tuya.

—Pero yo les vendí la casa.

—Y fue Philip Garner quien se puso a hacer espiritismo. Él le abrió la puerta a aquello.

—Pero debería habérmelo olido. Debería haber notado que había algo que no encajaba. Me dio mala espina cuando Marion se puso en contacto conmigo, y debería haber hecho algo.

—Algo como ¿qué?

—Llamar a la policía.

—¿Y decir que un cliente te da mala espina? No estás registrada como vidente; no te habrían hecho ni caso. Y es que no eres vidente, Sandra. Te has convencido de que sabías que algo iba a salir mal, pero no es cierto; nunca se lo comentaste a nadie de la oficina. —Intentó hacerla sonreír—. Y seamos realistas: si hubieras sabido algo así, no habrías sido capaz de guardártelo; eres una porteraza. Lo haces sin mala intención, pero el caso es que eres una cotilla.

—Eso es verdad —confirmó Sandra, aunque no llegó a sonreír—. Guardar secretos no es mi fuerte.

—No te tortures por algo con lo que no tuviste nada que ver. —Abbie la rodeó con un brazo para reconfortarla—. No fue culpa tuya, así que déjate ya de monsergas.

Sandra se apoyó en ella y se puso a llorar.

Se quedaron así hasta que se hizo de noche y a Sandra se le secaron las lágrimas.

—Te voy a hacer llegar tarde a casa.

—Charles lo entenderá —contestó Abbie.

—¿Estás segura?

—Tengo un marido muy comprensivo.

—Gracias. —Sandra asintió y se sonó la nariz con el último pañuelo de papel de la oficina.

—Para eso están los amigos. Ahora, vete a casa y descansa un poco, que te lo mereces.

Antes de cerrar la oficina, Abbie llamó a su marido para decirle que iba a casa. Sí, era muy comprensivo, pero también era algo propenso a preocuparse. Después acompañó a Sandra a su coche y se aseguró de que se marchaba.

* * *

Pasaron varias semanas antes de que Abbie volviera a ver el salón con la moqueta cambiada. Habían pintado símbolos cabalísticos en puertas y ventanas, y un sacerdote había bendecido la casa. También había acudido un médium para decirle a Brian Gardner que había muerto. Abbie no sabía ni quería saber si había costado convencer al fantasma para que se marchara.

La casa tenía un aspecto limpio y nuevo; parecía recién construida. Puede que un vidente fuera capaz de detectar algún rastro de maldad y horror, pero no era el caso de Abbie.

La puerta blanca de la cocina estaba inmaculada. No había ni rastro de las manchas; lo habían arreglado y ocultado todo. Y, maravilla de maravillas, había quedado con un cliente para enseñarle la casa.

El cliente, un tal Channing, estaba al tanto de lo ocurrido allí, pero su familia y él tenían sus propios problemas: nadie quería venderles una casa.

Pero a Abbie le daba igual. A fin de cuentas, también eran personas. Ya había un precedente jurídico.

Había dejado encendidas las luces del salón y la cocina, y su resplandor amarillento ahuyentaba la oscuridad. A Charles no le había hecho gracia que quedara a solas con aquellos clientes, de noche, pero Abbie sabía que no se le puede vender una casa a un cliente que se sienta rechazado o tenga la impresión de que no confían en él. De modo que esperó a solas en la luz artificial, intentando no dejarse vencer por supersticiones caducas. Como muestra de buena fe, no llevaba nada que la protegiera.

El timbre sonó a las diez en punto. No había oído que se acercara

ningún coche.

Abrió la puerta con su mejor sonrisa profesional, y no le costó mantenerla, porque le pareció una familia muy normal. El señor Channing y su mujer eran una pareja joven y atractiva. Él medía más de un metro ochenta; tenía una densa mata de pelo castaño y ojos azul claro. Ella era un poco más baja, y rubia. Pero no sonreían; el único que sonreía era el hijo. Rondaría los catorce años y había heredado el pelo castaño de su padre, pero tenía los ojos de un marrón oscuro, y Abbie se sorprendió observándolos. Eran los ojos más perfectos que había visto en su vida, de un color uniforme, sin una veta, en los que se perdía…

Una mano la sujetó, y cuando levantó la vista se encontró con que había sido el chaval, pero evitaba mirarla a los ojos.

Los tres se quedaron esperando mientras Abbie sujetaba la puerta.

—¿Quieren pasar? —preguntó por fin.

Parecieron relajarse y entraron en la casa. El niño iba un par de pasos por delante.

Abbie volvió a sonreír y le tendió la mano al padre.

—Encantada de conocerlo, señor Channing.

Se miraron e intercambiaron unas risas cortesas.

—No me apellido Channing. Pero llámame Rick.

—Claro.

Abbie intentó disimular la confusión mientras la mujer le daba la mano y se presentaba con un simple «Isabel».

Aquello dejaba un solo cliente; le tendió la mano al adolescente con una sonrisa.

—Señor Channing…

—Es un placer conocerla, señora McDonnell, pero por favor, llámeme Channing, sin el *señor*.

—Como quieras, pero será mejor que nos tuteemos. Llámame Abbie.

—Bien, Abbie, ¿nos enseñas la casa? —Tenía una mirada muy directa, muy adulta. Resultaba desconcertante ver tanta inteligencia y confianza en los ojos de un niño de catorce años—. Soy mucho mayor de lo que aparento.

—Sí… Perdona que me haya quedado mirando…

—No te preocupes. Lo ofensivo sería que te negaras a vernos.

—Bueno, voy a enseñaros la casa.

Apagó las luces para enseñarles la luz de luna que entraba por las

claraboyas. La chimenea de ladrilla tuvo un éxito inesperado; Abbie no sabía de dónde había sacado la idea de que a los vampiros no les gustaba el fuego.

Volvió a encender las luces para enseñarles las habitaciones y el baño. Puede que ellos vieran en la oscuridad, pero Abbie no estaba muy segura de que los impresionara verla tropezar.

En el dormitorio principal, Isabel se puso a dar vueltas, encantada.

—Es perfecto como estudio.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Abbie.

—Soy pintora. Trabajo sobre todo con óleos.

—Siempre me habría gustado hacer algo así, pero hasta dibujar se me da fatal.

La mujer no pareció haberla oído. Hacía mucho que Abbie había aprendido a no atosigar a los clientes, de modo que siguió enseñándoles la casa sin hacer más comentarios de los necesarios.

En el cuarto de baño, cuando todos se habían apelotonado para verlo, Abbie se volvió y chocó contra el hombre. Se apartó como si se hubiera hecho daño, y para disimular el susto, dio media vuelta… y tuvo que contener un respingo. Tenían reflejo. Los veía en el espejo, tan claramente como a sí misma. Se recuperó de la impresión y siguió adelante, pero sabía que al menos Channing se había dado cuenta: su sonrisa lo decía todo.

Puesto que se reflejaban, Abbie les enseñó la cocina con más detalle del previsto. A fin de cuentas, si un mito había resultado ser falso, quizá los otros lo fueran también. Igual comían y todo.

Dejó el sótano para el final, como hacía en la mayoría de las casas. Encabezó la marcha escaleras abajo y llevó la mano al cordón de la primera bombilla, pero no tiró de él hasta que estuvo segura de que sus clientes la habían seguido.

—Como veréis, no hay ventanas. Aquí disfrutaréis de total intimidad. —No añadió que no entraba la luz del sol, porque después de lo del espejo ya no sabía si importaba.

—Es muy adecuado. —La voz de Channing, baja y grave, llenó la oscuridad.

No era lo que se dice una reacción muy entusiasta, pero Abbie había hecho lo que había podido. Encendió la luz para mostrarles la caldera y la bomba de la fosa.

—También hay conexiones para lavadora y secadora —explicó—. Se

pueden colocar directamente.

—Muy bien —dijo Channing, asintiendo.

—¿Queréis que os deje a solas un rato para que podáis intercambiar impresiones?

—Si no te importa…

Abbie subió las escaleras, pero dejó la puerta abierta y se dirigió al salón para que estuvieran seguros de que no los espiaba. Se preguntó qué les parecería a los vecinos tener una familia de vampiros en la casa de al lado, pero no era problema suyo. Ella sólo tenía que venderla.

No los oyó subir, pero de repente los tenía delante. Tragó saliva para contener la impresión.

—¿Qué os ha parecido la casa?

—Nos la quedamos. —Channing sonrió, enseñando los colmillos.

La sonrisa con que Abbie le estrechó la mano fue completamente sincera.

—¿Cuándo queréis mudaros?

—La semana que viene, si es posible. Dejamos un depósito hace meses, y el banco nos concederá sin problemas la hipoteca por el resto.

—Excelente. La casa será vuestra en cuanto firméis los papeles.

—Nuestra. —Isabel pasó una mano por la pared, posesiva. Abbie sonrió.

—Y si tenéis algún amigo que busque casa, dadle mi número. Estoy segura de que podré encontrarle algo.

—Yo también estoy seguro, Abbie. —Channing le dedicó una sonrisa amplia y le dio un apretón de manos. Tenía la piel fría—. Segurísimo.

A fin de cuentas, todo el mundo necesita una casa que pueda considerar suya. Y Abbie vendía casas.

FIN



THOSE WHO SEEK FORGIVENESS

Título original: *Those who seek forgiveness*
Publicado en: Strange Candy, 2006.
Traducción «NO OFICIAL».

Esta es la primera vez que Anita apareció sobre el papel. El cementerio de esta historia está basado en el cementerio en el que está enterrada mi madre. Es un lugar que conocía muy bien, porque mi abuela, la que me crio, me llevaba muy a menudo. Supongo que era inevitable que terminara escribiendo sobre la muerte; mi infancia estuvo rodeada de ella. No de fantasmas reales, pero de los fantasmas de la pérdida y el recuerdo. Anita levanta a los muertos de esta historia, cosa que era lo que tenía planeado que hiciera. La idea de que fuera una ejecutora legal de vampiros no se me ocurrió hasta avanzado el primer libro. Originalmente esta historia representaba lo que pensaba que haría Anita: levantar zombis. Cuán diferentes hubieran sido las cosas si me hubiera mantenido en esa línea. Ni Jean-Claude, ni Richard ni nadie más excepto Anita hubieran existido. Qué mundo más soso sería, con solo Anita y yo en él.

LAURELL K. HAMILTON



—La muerte es un tema muy serio, Sra. Fiske. La gente que se muere nunca termina igual.

La mujer se inclinó hacia adelante, con el su rostro entre sus manos. Sus delgados hombros se sacudieron en silencio durante unos minutos. Le pasé otra caja de pañuelos. Ella extendió la mano para cogerlos ciegamente y luego levantó la vista.

—Sé que no puede traerlo de vuelta igual que era antes.

Lloró con dos lágrimas, que se le escaparon y bajaron por sus pómulos.

El bolso que agarraba tan fuertemente era de serpiente, y valía por lo menos doscientos dólares. Sus accesorios —broches, tacones, sombrero y guantes— eran tan negros como su bolso. Su traje era gris. Ninguno de ambos colores le quedaba bien, pero hacían notar más su pálida piel y sus ojos cansados. Ella era el tipo de mujer que me hacía sentir demasiado baja, demasiado oscura, y me daba el extraño deseo de perder diez libras más. Si ella no hubiera estado tan verdaderamente afectada por el dolor, no me

hubiera gustado.

—Tengo que hablar con Arthur. Ese era mi marido… era mi marido. —Ella respiró profundamente y lo intentó de nuevo—. Arthur murió de pronto. Un ataque al corazón. —Se sonó delicadamente con un pañuelo—. Su familia tenía antecedentes de ataques, pero siempre se cuidaba mucho. —Terminó con un hipo—. Quiero decirle adiós, Srta. Blake.

Sonreí de forma tranquilizadora.

—Todos tenemos cosas que quedan sin decir cuando la muerte llega de pronto. Pero a veces no es lo mejor levantar a los muertos para decirlas.

Sus ojos azules me miraban intensamente a través de una película de lágrimas. Yo iba a desalentarla al igual que hago con cada uno de mis clientes, pero esta vez funcionaría. Había algo en sus ojos que mostraba seriedad.

—Hay ciertas limitaciones en el proceso. —Mi jefe no nos permitía mostrar diapositivas o imágenes o dar descripciones muy gráficas, pero sí podíamos decir la verdad. Una buena imagen de un zombi pudriéndose hubiera hecho que la mayoría de mis clientes salieran gritando.

—¿Limitaciones?

—Sí, podemos traerlo de vuelta. Usted ha acudido a nosotros con prontitud. Eso ayuda. Ha sido enterrado sólo hace tres días. Pero como un zombi su marido sólo tendrá un uso limitado de su cuerpo y mente. Y según pasan los días irá a peor, no a mejor.

Ella se levantó muy recta, se secó las lágrimas de su cara.

—Tenía la esperanza de que pudieran traerlo de vuelta como un vampiro.

Mantuve mi cara cuidadosamente inexpresiva.

—Los vampiros son ilegales, Sra. Fiske.

—Un amigo me dijo que… usted podría conseguirlo. —Ella terminó rápidamente, mirándome la cara. Puse mi mejor sonrisa profesional—. Nosotros no hacemos vampiros. Y aunque lo hiciéramos, no se puede convertir un cadáver común en un vampiro.

—¿Común?

Muy pocas personas que acudían a nosotros tenían una idea remota de lo raros que eran los vampiros, ni por qué.

—El fallecido tendría que haber sido mordido por un hombre lobo, vampiro, o cualquier otra criatura sobrenatural, mientras seguía con vida. Ser enterrado en el terreno que no sea sagrado ayudaría. Su marido, Arthur,

no fue mordido por un vampiro en vida, ¿Verdad?

—No, —se medio rió—, mi Yorkshire terrier le mordió una vez.

Sonreí, fomentando su cambio de actitud.

—Eso no serviría. Su marido puede regresar como zombi o no regresar.

—Lo tomo —dijo tranquilamente, seria y muy quieta.

—Le aviso de que la mayoría de las familias quieren que el zombi vuelva a reposar pasado un tiempo.

—¿Por qué?

¿Por qué? Había visto familias felices abrazando a su ser querido perdido. Había visto familias enfermas, horrorizadas, trayendo el cadáver en descomposición para ser re-enterrado. El sonriente familiar convertido en una masa horrorizada.

—¿Qué es exactamente lo que planea hacer con Arthur cuando se despierte?

Ella miró hacia abajo y destrozó otro pañuelo de papel.

—Quiero decirle adiós.

—Sí, Sra. Fiske, pero ¿Qué quiere que haga él?

Ella guardó silencio durante varios minutos. Decidí hablar.

—Por ejemplo, una mujer vino porque quería ponerle a su marido el seguro de vida. Le dije que la mayoría de las aseguradoras no aceptan muertos vivientes. —Ella sonrió ante eso—. Y así es como Arthur regresará… como muerto viviente.

Su sonrisa vaciló, y rompió de nuevo a llorar.

—Quiero que Arthur me perdone. —Ella ocultó su rostro en sus manos y sollozó—. Tuve una aventura durante varios meses. Él se enteró, tuvo un ataque al corazón y falleció. —Ella pareció sacar fuerza de las palabras, y dejó de llorar—. Como verá, tengo que hablar con él por última vez. Y decirle que le amo, sólo a él. Quiero que Arthur me perdone. ¿Puede hacer eso como un zombi…?

—He visto que los muertos normalmente perdonan cuando han muerto por causas naturales. Su esposo tendrá amplia capacidad intelectual para hablar. Será él mismo al principio. Según avance el avance, va a perder memoria. Comenzará a pudrirse, primero mentalmente y luego físicamente.

—¿Pudrirse?

—Sí, poco a poco, después de todo, él está muerto.

Los familiares no creían realmente que los zombis no estaban vivos.

Saber que una persona que habla y anda está muerta es una cosa.

Emocionalmente, es muy diferente. Pero se lo creían con el paso del tiempo, cuando él o ella empezaban a parecer un cadáver andante.

—¿Entonces es temporal?

—No exactamente. —Salí de detrás del escritorio y me acerqué a ella —. Él podría mantenerse, posiblemente, como un zombi para siempre. Pero su estado físico y mental se deterioraría hasta que no fuera mucho mejor que un robot con jirones de carne.

—Jirones de carne… —susurró ella.

Le toqué la mano.

—Sé que es una elección difícil, pero esa es la realidad. —Los jirones de carne no describían en realidad el brillo blanco de los huesos bajo la podredumbre, pero era un término que nuestro jefe nos dejaba utilizar.

Ella se apoderó de mi mano y sonrió.

—Gracias por decirme la verdad.

Pero todavía quiero traer de vuelta Arthur. Aunque sólo sea el tiempo suficiente para decirle unas pocas palabras.

Así que ella iba a hacerlo, como yo había supuesto.

—Así que usted no le quiere para semanas o días, sólo el tiempo suficiente para hablar.

—Creo que sí.

—No quiero meterle prisa, Sra. Fiske, pero necesito saberlo antes de darle una cita. Ve, requiere más energía y tiempo levantarlo y luego ponerle a descansar de nuevo de forma muy seguida. —Si lo levantaba y ponía a descansar lo suficientemente rápido, la Sra. Fiske le recordaría en sus mejores días.

—Oh, por supuesto. Si es posible me gustaría hablar durante varias horas con él.

—Entonces es mejor que se lo lleve a casa por lo menos durante la noche. Podemos citarnos la noche siguiente para enterrarlo. —Yo optaría por un descanso rápido. No pensaba que la Sra. Fiske pudiera aguantar la visión de su esposo pudriéndose ante ella.

—Eso suena bien. —Respiró profundamente. Yo sabía lo que iba a decir. Parecía tan valiente y decidida—. Quiero estar allí cuando lo traiga de vuelta.

—Su presencia es necesaria, Sra. Fiske. Verá, un zombi no tiene voluntad propia. Su esposo debería ser capaz de pensar por su cuenta al principio, pero según pase el tiempo, el zombi tiene muy difícil tomar

decisiones. La persona, o personas, que le han levantado tienen el control sobre él.

—¿Usted y yo?

—Sí.

Ella palideció aún más, apretando más fuerte su bolso.

—¿Sra. Fiske? —Le di un vaso de agua—. Bébalo lentamente. —Cuando parecía estar mejor, le pregunté—: ¿Está segura de que quiere hacerlo esta noche?

—¿Necesito llevar algo?

—Algo de ropa de su marido estaría bien. Tal vez un objeto que le gustara, un sombrero, trofeo, para ayudarle a orientarse a sí mismo. El resto lo pondré yo. —Dudé, porque había recuperado algo de color en la cara, pero era necesario que estuviera preparada—. Habrá sangre en la ceremonia.

—Sangre. —Su voz era un susurro.

—De pollo, la llevaré yo. También tendremos que ponernos unos aceites en la cara y manos. Brilla ligeramente y huele de forma extraña, pero no es desagradable. —Su siguiente pregunta era de esperar.

—¿Para qué es la sangre?

Le di la respuesta habitual.

—Tenemos que verterla sobre la tumba y sobre nosotras.

Ella tragó con mucho cuidado, palideciendo.

—Puede retroceder ahora pero no luego. Una vez haya pagado la fianza, no será reembolsada. Y una vez la ceremonia empieza, es muy peligroso romper el círculo.

Ella miró hacia abajo, pensando. Me gustó eso. La mayoría de los que aceptaban de inmediato más tarde pasaban miedo. Los valientes se tomaban su tiempo para responder.

—Sí. —Ella sonaba muy convencida—. Para hacer las paces con Arthur, puedo hacerlo.

—Bien por usted. ¿Le va bien esta noche?

—A medianoche —añadió esperanzada.

Sonreí. Todo el mundo pensaba que la medianoche era el momento perfecto para levantar a los muertos. Todo lo que se necesita es oscuridad.

Algunas personas hacían hincapié en las fases de la luna, pero yo nunca lo había encontrado necesario.

—No, ¿Qué le parece a las nueve?

—¿Nueve?

—Si eso le parece bien. Tengo otras dos citas esta noche, y tengo libre a las nueve.

Ella sonrió.

—Está bien. —Su mano temblaba mientras firmó el cheque de la mitad de la cuota, la otra mitad sería entregada después del levantamiento.

Nos dimos la mano, y ella dijo:

—Llámeme Carla.

—Anita.

—La veré esta noche a las nueve en el cementerio de Wellington.

Continué en su lugar:

—Entre dos grandes árboles y detrás de la colina.

—Sí, gracias. —Ella puso una sonrisa borrosa y se marchó.

Llamé a nuestra recepcionista.

—María, tengo la semana completa y no veré a más clientes, al menos hasta el próximo martes.

—Lo apuntaré, Anita.

Me incliné en mi silla y me empapé en el silencio. Tres reanimaciones en una noche era mi límite. Esta noche todos eran rutinarios, o casi. Yo iba a levantar a mi primer investigador científico. Sus tres compañeros no pudieron comprender sus notas, y su fecha límite, o más bien su concesión, estaba llegando a su fin. El tan querido Dr. Richard Norris regresaba de entre los muertos para ayudarles. Estaba previsto para la medianoche.

A las tres de la mañana me reuniría con la viuda Sra. Stiener. Ella quería a su marido para aclarar algunos detalles desagradables de su testamento.

Ser animador significaba tener poca vida nocturna. Las tardes las pasaba entrevistando clientes y las noches levantando muertos. Aunque éramos muy populares en un cierto tipo de fiestas —del tipo donde al anfitrión le gusta jactarse de la cantidad de celebridades que conoce, o peor aún, del tipo que simplemente les gusta mirarte—. No me gusta estar expuesta y me niego a ir a fiestas a no ser que me obliguen. A nuestro jefe le gusta que estemos en la mira y que haya rumores de que somos brujas o duendes.

Las fiestas suelen ser bastante lamentables. Todos los animadores juntos, hablando como un grupo de médicos. Pero los médicos no son llamados brujas, monstruos, ni reyes de los zombis. Muy poca gente

recuerda llamarnos animadores. Para casi todos, somos una oscura broma.

—Esta es Anita. Hace zombis, y no me refiero a la bebida. —Entonces se ríen, yo sonrío amablemente y me voy a casa pronto.

Esta noche no había fiesta de la que preocuparse, sólo trabajo. El trabajo era poder, magia, un extraño impulso oscuro para levantar más de lo que te han pagado. Esta noche no habría nubes, habría luz brillante y estrellas; lo podía sentir. Éramos diferentes, atraídos por la noche, sin miedo a la muerte y a sus múltiples formas, ya que trabajamos con ella.

Esta noche iba a levantar a los muertos.

El cementerio de Wellington era nuevo. Todas las lápidas tenían el mismo tamaño, eran cuadradas o rectangulares, y estaban dispuestas en filas perfectas. Jóvenes árboles rodeaban el camino de grava. La luna estaba alta y fuerte, iluminando el escenario, misteriosamente, de color plata y negro. Un grupo de viejos árboles estaban en un claro. Se veían fuera de lugar entre todo lo nuevo. Como Carla había dicho, solo dos crecían juntos.

El camino daba a una llanura y rodeaba la colina. El montículo de tierra cubierto de hierba estaba, evidentemente, hecho por el hombre, por lo redondo, bajo y abombado que era.

Otros tres caminos daban ahí. Hacia el oeste se situaban dos grandes árboles. Mientras la grava crujía bajo mi coche, pude ver a alguien vestido de blanco. Una llama de color naranja apareció y luego el color rojizo de la punta de un cigarrillo surgió.

Bajé del coche, lo cerré, porque pocas personas con negocios honestos visitan los cementerios por la noche.

Carla había llegado antes, muy inusual. La mayoría de los clientes quieren pasar el menor tiempo posible cerca de las tumbas por la noche.

Caminé hacia ella antes de descargar el equipo.

Había un montón de colillas, eran como pequeños gusanos blanco, a sus pies. Ella debía de haber estado aquí la oscuridad durante horas a la espera de levantar un zombi. Ella estaba castigándose a sí misma, o tal vez disfrutaba de la idea.

No había manera de saber lo que era.

Su vestido, calzado, incluso las medias, eran blancas.

Los pendientes de plata relucieron con la luz de la luna cuando me acerqué.

Ella estaba apoyada en uno de los árboles, y su negro tronco enfatizaba su blancura. Ella giró la cabeza cuando estaba a su lado.

Sus ojos se veían de color gris-plata bajo la luz. No pude descifrar la mirada de su cara. No era dolor.

—Es una hermosa noche, ¿no?

Estaba de acuerdo en que lo era.

—Carla, ¿Estás bien?

Ella me miró terriblemente calmada.

—Me siento mucho mejor que esta tarde.

—Me alegra escuchar eso. ¿Te has acordado de traer ropa y un recuerdo?

Ella señaló hacia un oscuro montón que había junto al árbol.

—Bueno, voy a descargar el coche. —Ella no se ofreció a ayudar, cosa que era normal. La mayoría de las veces el miedo les impedía hacerlo. Noté que mi Omega era el único coche a la vista.

La llamé suavemente, pero en el silencio resonó fuerte.

—¿Cómo llegaste aquí? No veo ningún coche.

—He contratado un taxi, está esperando en la puerta.

Un taxi. Me gustaría haber visto la cara del conductor cuando la dejó ante las puertas del cementerio. Tres pollos negros piaban desde su jaula en el asiento trasero. Ellos no tenían que ser de color negro, pero solo había podido conseguirlos así esta noche. Estaba empezando a pensar que nuestro proveedor de aves de corral tenía sentido del humor.

Arthur Fiske había muerto hace poco, por lo que cogí solo un frasco de ungüento y un machete. La pomada era blanca con algunas manchas brillantes verdes. Las brillantes manchas eran de moho del cementerio. No se podría encontrar en este cementerio. Sólo crecía en cementerios que tenían por lo menos un centenar de años. La pomada también contenía las obligadas telas de araña y otras cosas malas, además de hierbas y especias para esconder el olor de la magia. Si es que se trataba de magia.

Yo manché lápida con el ungüento y le dije a Carla que se acercara.

—Es tu turno ahora, Carla. —Ella dejó sus cigarrillos y se puso delante de mí. Le maché la cara, las manos y le dije—: Te quedarás detrás de la tumba durante todo el proceso.

Ella ocupó su lugar sin decir una palabra, mientras yo me ponía la pomada encima. El aroma de pino para la memoria, la canela y clavo para la preservación, la savia para la sabiduría, el tomillo y limón para juntarlo todo y que empapara en la piel.

Elegí al pollo más grande y lo metí bajo mi brazo. Carla estaba donde la

había dejado, mirando la tumba. Era un arte decapitar un pollo con sólo dos manos.

Me paré al pie de la tumba para matar a la gallina. Su primera arteria salpicó de sangre la tumba. Salpicó sobre los crisantemos, rosas y claveles marchitos. Una espina de los blancos gladiolos se volvió negra. Caminé formando un círculo con un machete sangriento. Carla cerró sus ojos mientras la sangre llovía sobre ella.

Me manché de sangre y coloqué el cuerpo todavía tembloroso en el montículo de flores. Entonces me puse de nuevo a los pies de la tumba. Ahora estábamos en el interior del círculo de sangre, a solas con la noche, y nuestros pensamientos. Los ojos de Carla me miraron en blanco cuando empecé el canto.

—¡Escúchame, Arthur Fiske! Te llamo ante tu tumba. Por la sangre, la magia y el acero, yo te invito. Levántate, Arthur, ven a nosotros, ven a mí, Arthur Fiske. —Carla se unió a mí, como debía—. Ven a nosotros, Arthur, ven a nosotros, Arthur. Arthur, levántate. —Pronunciamos su nombre aumentando el tono de voz.

Las flores se estremecieron. El montículo se levantó hacia arriba, y el pollo resbaló hacia un lado. Una mano se liberó, de palidez fantasmal. Una segunda mano, y a Carla le falló la voz. Ella comenzó a moverse alrededor de la tumba, a arrodillarse a la izquierda del montículo. Había tanta maravilla, incluso temor, en su cara, mientras yo llamaba a Arthur Fiske desde su tumba.

Los brazos estaban liberados. La parte superior de una morena cabeza estaba a la vista, pero esa parte era casi todo lo que quedaba.

El de la funeraria había hecho todo lo posible, pero Arthur había tenido un funeral con ataúd cerrado.

El lado derecho de su rostro se había desvanecido. El color blanco del hueso brillaba en su mandíbula y cráneo, y pedazos de alambre de plata, donde el hueso había estado unido. Todavía no era una cara. Los agujeros de la nariz estaban vacíos, desnudos y blancos. La piel estaba desmenuzada y cosida para que se viera mejor. El ojo izquierdo estaba fuera de la cuenca.

Podía ver la lengua moverse entre los dientes rotos. Arthur Fiske luchaba desde la tumba.

Traté de mantener la calma. Podría ser un error.

—¿Este es Arthur?

Su ronco susurro vino a mí.

—Sí.

—Eso no es un ataque al corazón.

—No. —Su voz era tranquila ahora, increíblemente normal.

—No, yo le disparé a corta distancia.

—Le mató y me has hecho traerlo de vuelta.

Arthur estaba teniendo algunos problemas para liberar sus piernas, y corrí hacia Carla. Traté de ayudarla a levantarse, pero no se movía.

—Levántate, levántate, maldita sea, ¡va a matarte!

Sus siguientes palabras fueron muy tranquilas.

—Si eso es lo que quiere.

—Que Dios me ayude, un suicidio.

La obligué a mirarme a mí en lugar de la cosa de la tumba.

—Carla, un zombi asesinado siempre mata a su asesino en primer lugar, siempre. No perdona, es una regla. No puedo controlarle hasta que te haya matado. Tienes que correr, ahora.

Ella me miró, lo comprendió, creo, pero dijo:

—Este es el único modo de quedar libre de culpa. Si me perdona, seré libre.

—¡Estarás muerta!

Arthur se liberó y se sentó sobre las flores. Podría llevarle algo de tiempo organizarse, pero no mucho.

—Carla, él te matará. No habrá perdón. —Sus ojos volvieron a posarse sobre el zombi, y la abofeteé dos veces, muy fuerte.

—Carla, vas a morir aquí, ¿y para qué? Arthur está muerto, realmente muerto. No quieres morir.

Arthur se alejó de las flores y se puso de pie inseguro.

Movió su ojo en la cuenca y finalmente nos vio.

Aunque no tenía muchas expresiones faciales, pude ver la alegría en su destrozada cara. Hubo una especie de sonrisa dedicada a nosotros mientras se nos acercaba, y empecé a alejarla a ella. No peleó conmigo, pero era un peso muerto. Es muy complicado arrastrar a alguien si no quiere.

Dejé que se hundiera en la tierra. Miré al torpe pero decidido zombi y decidí intentarlo. Me puse entre él y Carla. Le llamé con el poder que tenía y le hablé.

—Arthur Fiske, escúchame, escúchame sólo a mí.

Se detuvo y me miró. Estaba funcionando, contra todo pronóstico, funcionaba.

Fue Carla la que lo estropeó. Su voz diciendo:

—Arthur, Arthur, perdóname.

Se distrajo y trató de avanzar hacia su voz. Le detuve con una mano sobre el pecho.

—Arthur, yo te mando, no te muevas. Quién te ha levantado te ordena.

Le llamó una vez más. Eso fue todo lo que necesitaba. Él me arrojó lejos sin pensarlo. Mi cabeza golpeó contra la lápida. No fue un gran golpe, no había sangre como en la televisión, pero me quedé transpuesta un minuto. Yo estaba sobre las flores, y parecía muy importante escuchar mi respiración.

Arthur la cogió, lentamente. Algo se retorció en su rostro, y su lengua hizo pequeños sonidos que podrían haber sido «Carla».

Sus torpes manos le acariciaron su cabello. Él se medio cayó arrodilló ante ella. Ella retrocedió ante eso, asustada. Empecé a arrastrarme desde las flores hacia ellos. Ella no iba a suicidarse con mi ayuda.

Las manos acariciaron su cara, y ella se apartó, unos cuantos centímetros. La cosa fue tras ella. Ella retrocedió más rápido, pero él era sorprendentemente rápido. La retuvo bajo su cuerpo, y ella comenzó a gritar.

Me arrastré y tiré encima de la espalda del zombi.

Las manos se deslizaron sobre su cuerpo, tocándole sus hombros.

Los ojos de ella se posaron a mí.

—¡Ayúdame!

Lo intenté. Tiré de él, tratando de apartarlo de ella. Los zombis no tienen fuerza sobrenatural, no importa lo que los medios de comunicación piensen, pero Arthur había sido un grande y musculoso hombre. Si pudiera sentir dolor, me hubiera tirado sobre él, pero no había forma de distraerle.

—¡Anita, por favor!

Las manos le rodearon el cuello y apretaron.

Encontré el machete que se me había caído al suelo. Era afilado, y le hice daño, pero no podía sentirlo. Le golpeé en la cabeza y la espalda. Pasó de mí. Aunque estuviera decapitado, vendría. Sus manos eran el problema. Me arrodillé y miré su brazo. No me atrevía a intentarlo más cerca de la cara de ella.

La hoja de plata brilló. Me lancé con todas mis fuerzas, pero me costó cinco intentos romper el hueso.

La mano separada del cuerpo todavía seguía apretando. Arrojé el

machete y comencé a separar los dedos uno en uno de su cuello. Llevó mucho tiempo. Carla dejó de pelear. Grité con mi rabia contenida y de impotencia y seguí separando los dedos. Las fuertes manos siguieron apretando hasta que se escuchó un crujido. No el crujido de un lápiz que se rompe, pero el crujido de huesos rotos. Arthur pareció satisfecho. Se levantó del cuerpo. Inexpresivo.

Estaba vació, esperando una orden.

Me caí de nuevo sobre las flores, no estaba seguro de si llorar o gritar, o simplemente correr. Me senté ahí y me sacudí. Pero tenía que hacer algo con el zombi. No podía dejarlo libre.

Traté de decirle que se quedara, pero no me salió la voz.

Sus ojos me siguieron mientras me tambaleaba hacia el coche. Volví con un puñado de sal. En la otra mano cogí tierra de la tumba. Arthur me miraba sin expresión. Me paré en el borde exterior del círculo.

—Te devuelvo a la tierra de la que has venido.

Tiré la tierra sobre él. Se dio vuelta para mirarme.

—Con la sal te ato a tu tumba. —La sal sonaba como aguanieve sobre su traje. Hice una cruz con el machete—. Con el acero te devuelvo.

Me di cuenta de que había comenzado la ceremonia sin coger otro pollo.

Me incliné y cogí el anterior, le hice una raja. Liberé las entrañas todavía calientes. Brillaron bajo la luz de la luna.

—Con la carne y la sangre te ordeno, Arthur, regresa a tu tumba y no vuelvas.

Se tumbó sobre la tumba. Era como si hubiera tumbado sobre arenas movedizas. Simplemente se lo tragó. Con un último desplazamiento de las flores, la tumba estaba como antes, casi.

Tiré el pollo destripado al suelo y me arrodillé junto al cuerpo de la mujer.

Su cuello formaba un ángulo extraño con el cuerpo.

Me levanté y cerré el maletero de mi coche. El sonido pareció hacer eco, demasiado alto. El viento parecía rugir entre los altos árboles Las hojas se agitaban. Todos los árboles parecían sombras negras planas, sin final. Todos los ruidos eran demasiado altos. El mundo había pasado a tener solo una dimensión. Yo estaba en shock. Eso me mantendría entumecida y segura por un tiempo. ¿Soñaría con Carla esta noche? ¿Trataría de salvarla una y otra vez?

Esperaba que no.

En algún lugar allá arriba, los búhos volaban. Sus gritos llegaban agudos y misteriosos, haciendo eco en lo alto.

Miré el cuerpo junto a la tumba. Su blancura manchada con suciedad.

Ya no podría conseguir la otra mitad de mis honorarios.

Me metí al coche, manchando de sangre el volante y la llave. Tenía llamadas que hacer, a mi jefe, a la policía, y para cancelar el resto de mis citas.

No iba a levantar más muertos esta noche.

Tenía que decirle al taxi que se fuera. Me preguntaba cuanto marcaría el taxímetro.

Mis pensamientos corrían en asustados círculos. Empecé a temblar, con las manos temblorosas. Las lágrimas salieron calientes y violentas.

Grité y sollocé en la intimidad de mi coche. Cuando pude respirar sin asfixiarme, y mis manos estaban quietas, puse el coche en marcha. Sin duda vería a Carla y Arthur esta noche. ¿Qué importa otra pesadilla más?

Dejé allí a Carla, con el perdón de Arthur, y con una pierna sobre las flores de su tumba.

FIN



THE GIRL WHO WAS INFATUATED WITH DEATH

Título original: *The girl who was infatuated with death*
Publicado en: Bite, 2004.
Traducción «NO OFICIAL».



Esta breve historia transcurre en el intervalo entre «Blue moon» y «Obsidian butterfly».

Eran cinco días antes de Navidad, pasaban quince minutos después de medianoche.

Debería haber estado durmiendo profundamente en mi cama soñando con gominolas, con cualquier infierno que fuera, pero no lo estaba. Estaba en mi mesa bebiendo café y ofreciéndole una caja de pañuelos a mi clienta, la Sra. Rhonda Mackenzie. Ella había estado llorando durante toda la reunión, así que había borrado la mayor parte de su maquillaje, dejando sus ojos pálidos e indefinidos, juveniles, más como se verían cuando estaba en la escuela secundaria. El perfecto lápiz labial oscuro hacía que sus ojos se vieran huecos, más vulnerables.

—Normalmente no me comporto de esta manera, Sra. Blake. Soy una mujer muy fuerte. —Su voz tomo un tono que indicaba que ella se creía eso

y que incluso podría ser verdad. Planto sus oscuros ojos marrones en mí y había una fiereza en ellos que podría hacer a una persona débil perturbarse. Incluso yo, «dura como clavos», «cazadora de vampiros» como soy, tenía problemas para encontrarme con la ira en esos ojos.

—Está bien, Sra. Mackenzie, usted no es el primer cliente que grita. Es duro cuando has perdido a alguien.

Me miro asustada.

—No he perdido a nadie, aun no.

Descanse mi taza de café sin beber de ella y la miré.

—Soy reanimadora, Sra. Mackenzie.

Levanto a los muertos si la causa es lo suficientemente buena. Asumí que su cantidad de dolor era porque venía a pedirme que levantase a alguien cercado a usted.

Ella sacudió su cabeza, sus profundos rizos marrones en desorden rodeaban su cara como si hubiera estado corriendo sus manos a través de lo que una vez fue una perfecta permanente.

—Mi hija, Amy, está muy viva y deseo que ella permanezca de esa manera.

Ahora sólo estaba simplemente confusa.

—Levanto muertos y soy ejecutora legal de vampiros, Sra. Mackenzie. ¿Cómo cualquiera de esas dos tareas la ayudaran a mantener a su hija viva?

—Quiero que me ayude a encontrarla antes de que termine suicidándose.

Sólo la mire, mi cara profesionalmente en blanco, pero por dentro, estaba maldiciendo a mi jefe. Él y yo habíamos tenido discusiones sobre la exacta descripción de lo que era mi trabajo e hijas suicidas no formaba parte de esa descripción.

—¿Ha ido a la policía? —pregunté.

—Ellos no hacen nada hasta las veinticuatro horas, pero para entonces será demasiado tarde.

—Tengo una amiga que es detective privado. Esto encaja mucho más con ella que conmigo, Sra. Mackenzie. —Yo ya estaba llegando al teléfono —. La llamaré a su casa por usted.

—No —dijo—. Solo tú puedes ayudarme.

Suspiré y enlacé mis manos por encima de mi limpio escritorio. La mayoría de mi trabajo no eran tareas de oficina en el interior, por lo que el escritorio realmente no se usaba mucho.

—Su hija está viva, Sra. Mackenzie, por lo que no es necesario que la levante. Ella no es un vampiro granuja, así que no necesita a un ejecutor. ¿Cómo podría ser de cualquier ayuda para usted?

Ella se inclinó hacia delante, el pañuelo colgaba de sus manos, sus ojos feroces de nuevo.

—Si no me ayuda por la mañana ella será un vampiro.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Ella está determinada a convertirse en uno de ellos esta noche.

—Toma tres mordiscos convertirse en vampiros, Sra. Mackenzie, y todos tienen que ser del mismo vampiro. Usted no puede convertirse en uno en una sola noche, y no puede convertirse en uno si ha tenido encuentros ocasionales con más de uno.

—Ella tiene dos mordeduras en sus muslos. Accidentalmente estaba con ella cuando salía de la ducha y los vi.

—¿Está segura de que eran mordiscos de vampiro? —pregunté.

Asintió.

—Hice una escena. La agarré, pelee con ella para poderlos ver con claridad. Eran mordiscos de vampiro, justo como las imágenes que difundieron en la última reunión de la PTA así pude reconocerlas. Usted sabe que una de las lecciones que dan a la gente es cómo reconocer si tus hijos están involucrados con los monstruos.

Afirmé. Conocía al tipo de personas de las que hablaba. Algunos daban información valiosa, algunas solo eran tácticas asustadizas, y algunos eran racistas, si fuera ese el término. Prejuzgaban por lo menos.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Tiene diecisiete.

—Eso es tan sólo un año de distancia para ser legal, Sra. Mackenzie. Una vez que cumpla los dieciocho, si ella quiere convertirse en vampiro, no podrá detenerla legalmente.

—Lo dice con tanta calma. ¿Lo aprueba?

Tomé una respiración profunda y la solté, lentamente.

—Estaría dispuesta a hablar con su hija, trataría de hablarle sobre el tema. Pero ¿cómo sabe usted que esta noche es la noche? Tienen que ser tres mordiscos en un corto plazo de tiempo o el cuerpo lucha contra la infección, o con cualquier infierno que suceda. —Los científicos seguían discutiendo sobre que era exactamente lo que hacía que alguien se convirtiera en vampiro. Existían cambios biológicos antes y después, pero

había también cierto grado de misticismo involucrado, y la ciencia siempre ha sido muy mala descifrando ese tipo de cosas.

—Los mordiscos son frescos, Sra. Blake. Llame al hombre que hizo la conferencia en nuestra escuela y dijo que acudiera a usted.

—¿Quién era?

—Jeremy Ruebens.

Ahora fruncí el ceño.

—No sabía que había salido de la cárcel —dije.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Cárcel?

—Él no mencionaría en su discurso que fue encarcelado por conspiración cometiendo asesinato… sobre una docena cálculo, quizás cientos. Era cabecilla de Humanos Primero cuando trato de acabar con todos los vampiros y algunos cambia formas en St. Louis.

—Habló sobre eso —dijo—. Dijo que él nunca habría tolerado ese tipo de violencia y que eso pasó sin su conocimiento.

Sonreí y sabía por lo que sentía que era desagradablemente.

—Jeremy Ruebens una vez se sentó en esa silla donde está usted ahora y me conto que Humanos Primero tenía el objetivo de destruir a cualquier vampiro en los Estados Unidos.

Ella solo me miro y lo dejo pasar. Ella creería lo que quisiera creer, la mayoría de la gente lo hacía.

—Sra. Mackenzie, si usted, o yo, o Jeremy Ruebens, lo aprobamos, o no, los vampiros son ciudadanos legales con derechos legales en este país. Eso simplemente es de esa manera.

—Amy tiene diecisiete, si esa cosa la convierte siendo menor es un asesinato y lo enjuiciare por asesinato. Si mata a mi Amy, quiero verlo muerto.

—¿Sabe con certeza quién es él?

—Los mordiscos estaban muy, muy arriba en su muslo. —Ella miro hacia abajo sobre su regazo—. Su muslo interior.

Me habría gustado dejar el punto de vista de una mujer vampiresa fuera, pero no podía porque estaba comenzando finalmente a ver lo que la Sra. Mackenzie necesitaba que hiciera, y por qué Jeremy Ruebens me la había enviado.

—Usted quiere que encuentre a su hija antes de que ella consiga el tercer mordisco, ¿verdad?

Ella sintió.

—El Sr. Ruebens parecía pensar que si alguien podría encontrarla a tiempo, esa seria usted.

Después de que Humanos Primero tratase de matarme durante su gran limpieza de la ciudad, la fe de Ruebens en mí era un poco extraña.

—¿Cuánto tiempo hace que ha desaparecido?

—Desde las nueve, poco después. Ella estaba tomando una ducha preparándose para salir con sus amigos esta noche. Tuvimos una terrible pelea y subió a su habitación. La castigué hasta que dejase esa idea loca de convertirse en vampiro.

—¿Entonces subió a echarle un vistazo y ella se había ido? —Le hice la pregunta.

—Sí. —Se removió en su silla, arreglándose la falda. Parecía que era un hábito nervioso—. Llame a sus amigos con los que se suponía que iba a salir y no hablaron conmigo por teléfono, así que fui a la casa de su mejor amiga en persona y ella me contó. —Se arregló la falda de nuevo, tocando con sus manos las rodillas como si necesitasen atención, todo se veía en su lugar para mí—. Tienen identificaciones falsas, dijo, en las que indica que pasan de los veintiuno. Han estado yendo a clubs de vampiros por semanas.

La Sra. Mackenzie bajo la mirada hacia su regazo, con las manos en puños apretándolas.

—Mi hija tiene cáncer óseo. Para salvarle la vida van a cortarle la pierna izquierda desde la rodilla hacia abajo, la próxima semana. Pero esta semana empezó a tener dolores en su otra pierna justo igual que los dolores que tenía cuando empezó todo esto. —Entonces levanto la mirada, y espere lágrimas, pero sus ojos estaban vacíos, no sólo de lágrimas, de todo. Era como si el horror de todo esto, su enormidad, la hubiera drenado.

—Lo lamento, Sra. Mackenzie, por ambas.

Ella sacudió su cabeza.

—No lo lamente por mí. Ella tiene diecisiete, hermosa, inteligente, de la sociedad de honor, y, en lo peor, ella iba a perder una pierna la semana que viene. Ahora estaba usando un bastón. Sus amigos lo astillaron y le trajeron un magnifico bastón gótico, de madera negra y con una calavera plateada en lo alto. A ella le encanta, pero no puedes usar un bastón si no tienes ninguna de las piernas.

Hubo un tiempo en que pensaba que ser un vampiro era peor que la muerte, pero ahora, simplemente no estaba segura. Yo sólo no tenía

suficiente habitación para tirar piedras.

—No perderá la pierna si es un vampiro.

—Pero perderá su alma.

Ni siquiera intente argumentarlo con algo. No estaba segura si los vampiros tenían alma, o no, simplemente no lo sabía. Conocía a unos cuantos buenos y otros malos, igual que a gente buena y gente mala, pero una cosa era segura: los vampiros tenían que alimentarse de los humanos para sobrevivir. No importa lo que veas en las películas, la sangre animal no hace su trabajo. Nosotros somos su alimento, no hay que darle más vueltas a eso. Sacando voz, dije:

—Ella tiene diecisiete, Sra. Mackenzie, creo que probablemente cree en su pierna más que en su alma.

La mujer asintió, demasiado rápido, sacudiendo la cabeza.

—Y esa es mi falta.

Suspiré. No quería participar en esto pero pensaba que la Sra. Mackenzie haría exactamente lo que había dicho que haría. No era que la chica me preocupara demasiado mientras el vampiro se limitara solo a convertirla. Ella era menor y eso significa que si la convertía, eso era una sentencia de muerte automática. Las penas de muerte para los humanos normalmente significaban cadena perpetua, pero para un vampiro, morir en unos días, semanas a lo sumo. Algunos grupos de derechos civiles se quejan de que los juicios de vampiros son demasiado rápidos para ser justos. Y quizás algún día la Corte Suprema cambiara alguna de sus decisiones, pero eso no hará que el vampiro este «vivo» de nuevo. Una vez que el vampiro es estacado, decapitado y tiene el corazón fuera, todas las partes se queman y se dispersan en agua corriente. No regresaran de la tumba si los reduces a alimento para peces.

—¿Algún amigo sabe cómo es el vampiro, tal vez un nombre?

Ella sacudió la cabeza.

—Barbara dijo que era la elección de Amy. —La Sra. Mackenzie meneo la cabeza—. No es así, no hasta que ella tenga dieciocho.

Estaba de acuerdo con Barbara pero yo no era madre, así que quizás mis simpatías hubieran sido otras si mi situación fuera distinta.

—Entonces usted no sabe si el vampiro es un hombre o una mujer.

—Hombre —dijo, muy firme, demasiado firme.

—¿La amiga de Amy le contó que era un chico vampiro?

La Sra. Mackenzie sacudió la cabeza, pero demasiado rápido,

demasiado de golpe.

—Amy no dejaría a otra chica hacerle eso a ella, no… allí abajo.

Me empezaba a no gustar la Sra. Mackenzie. Hay algo en algunas personas que están en contra de todo lo que es diferente que me pone los dientes de punta.

—Si supiera con seguridad si es un chico, entonces se reduciría la búsqueda.

—Es un vampiro hombre, estoy segura de eso. —Ella estaba trabajando muy duro en esto, lo que significaba que no estaba segura del todo.

Lo deje pasar, ella no iba a ceder.

—Necesito hablar con Barbara, la amiga de Amy, sin usted o sus padres presentes, y necesitamos empezar buscando los clubs de Amy. ¿Tiene una foto de ella?

La tenía, aleluya, había venido preparada. Era uno de esos anuarios estándar disparatados. Amy tenía un largo cabello liso con un bastante corriente color marrón, ni lo suficientemente oscuro para ser llamativo, o lo suficientemente más claro que cualquier otro. Estaba sonriendo, con un rostro franco, ojos chispeantes, una foto de su salud y su brillante futuro.

—La foto fue tomada el año pasado —dijo su madre, como si necesitase explicar el por qué de que la foto se viese de la manera que se veía.

—¿Ninguna más reciente?

Saco otra foto de su bolso. Era de dos mujeres con los ojos perfilados en negro y complementado con la pintura de los labios, uno de pintalabios purpura y el otro de negro. Me tomo un segundo reconocer a la chica a la derecha como Amy. El cabello corriente estaba amontonado en la parte superior de su cabeza en un moño casual con rizos sueltos que le dejaban despejada la marcada estructura ósea de su cara como en una sencilla pintura, algo para admirar. El dramático maquillaje era adecuado para colorearla. Su amiga era rubia y no correspondía con su tono de piel tan bien. La imagen parecía más un posado que la otra que tenía, se estaban divirtiendo con sus vestidos levantados y estudiándolas, ambas se veían pasadas de moda, dramáticas, atractivas, adorables pero casi indistinguibles de otro millar de jóvenes góticos.

Puse las dos fotos una al lado de la otra y mire de la una a la otra.

—¿A cuál de las dos fotos diría que se parece cuando se marchó?

—No sé. Ella tiene mucha ropa gótica, no puedo decirle la que falta. —

Ella se vio incomoda con esa última observación como si ella debiera haberlo sabido.

—Lo hizo muy bien con lo de ambas fotos, Sra. Mackenzie, la mayoría de personas no pensaría en ello.

Alzo la mirada en eso, produciendo casi una sonrisa.

—Ella se ve muy diferente dependiendo lo que se ponga.

—La mayoría de nosotros —dije.

Asintió, no como si lo aceptase pero si por ser lo adecuado.

—¿Qué edad tiene Barbara, su amiga?

—Dieciocho, ¿por qué?

—Voy a enviar a mi amiga, investigadora privada para hablar con ella, quizás me dirigiré a los clubs.

—Barbara no os dirá quién será… —No podía conseguir por sí misma terminar la frase.

—Mi amiga puede ser muy persuasiva, pero si usted cree que Barbara será un problema podría conocer a alguien que puede ayudarnos.

—Ella es muy terca, justo como Amy.

Asentí y alcancé el teléfono. Llame a Veronica (Ronnie) Sims, detective privado y buena amiga primero. La Sra. Mackenzie me dio la dirección de Barbara, la cual le di a Ronnie por teléfono. Ronnie dijo que me avisaría cuando tuviera cualquier novedad, o cuando llegase al barrio.

Lo siguiente fue llamar a Zerbrowski. Él era un detective policía y realmente no tenía ninguna razón para involucrarse, pero tenía dos niños y no le gustaban los monstruos, y era mi amigo. Él estaba ahora mismo trabajando, ya que pertenecía al Equipo Regional de Investigación Preternatural y trabajaban un montón de noches.

Le explique la situación, y que necesitaba un poco de musculo oficial para hacer ostentación de poder. Dijo que era una noche lenta, y estaría allí.

—Gracias, Zerbrowski.

—Me la debes.

—Esta vez, sí.

—Mmm —dijo—. Sé cómo podrías devolverme el favor. —Bajo la voz débilmente y simulo ser seductora. Había sido un juego entre nosotros desde que nos conocimos.

—Ten cuidado con lo siguiente que digas, Zerbrowski, o le contaré a Katie sobre ti.

—Mi querida esposa sabe que soy un pervertido.

—No sabrá todo. Gracias de nuevo, Zerbrowski.

—Tengo hijos, no lo cuentes —dijo, y colgó.

Deje a la Sra. Mackenzie en las eficientes manos de nuestro secretario de noche Craig, y salí a ver si podía salvar la vida de su hija, y la «vida» del vampiro que era lo suficientemente cercano a Amy personalmente para morderla dos veces en lo alto de su muslo.

El barrio vampiro en St. Louis es una de las zonas turísticas más populares del país.

Algunas personas no dan crédito al boom que ha experimentado en los últimos cinco años desde que se declaró que los vampiros vivían como ciudadanos con todos los derechos y privilegios que entrañaba, excepto el voto. Había un proyecto de ley flotando en torno a Washington que les daría el voto, otro proyecto de ley flotando entorno que les privaría de su nuevo estatus y haría legal matarlos de nuevo, solo porque fuesen vampiros. Decir que los Estados Unidos no estaban exactamente unidos en su actitud hacia los no muertos era un eufemismo.

Danza Macabra era uno de los nuevos clubs vampiros. Era el lugar más caliente de baile en St. Louis. Había actores que volaron desde la Costa Oeste para honrar al club con su presencia. Se había convertido en moda alternar con los vampiros, especialmente con los hermosos, y St. Louis tenía una gran cantidad de estos magníficos cadáveres.

El cadáver más hermoso de todos ellos estaba bailando en la pista principal de su reciente club. La pista estaba tan abarrotada que apenas había espacio para bailar, pero de alguna manera mi mirada se encontró con Jean-Claude, distinguiéndole entre la multitud.

Cuando lo vi la primera vez, sus esbeltas manos pálidas estaba por encima de su cabeza, el movimiento gracioso de sus manos atraía mi mirada hacia el remolino de sus rizos negros mientras caían sobre sus hombros. De espaldas con todo su largo cabello la camisa era simplemente escarlata, llamativa pero nada demasiado especial, entonces se giró y le eche un vistazo por delante.

El rojo satén se recogía sobre sus desnudos hombros como si hubiesen cortado los hombros con tijeras, las mangas eran largas, apretándose en la muñeca. El alto cuello rojo enmarcaba su rostro, hacía que su piel, su pelo, sus oscuros ojos se vieran brillantes, más vivos.

La música en torno a él hizo que se alejara de mí y yo tenía que verlo bailar. Siempre era grácil, pero el ritmo golpeante de la música demandaba

movimientos que no fueran gráciles sino poderosos, provocativos.

Al final me di cuenta, cuando tomaba a la mujer dentro de sus brazos, como se empastaba a sí misma contra la parte frontal de él, que tenía una pareja. Al instante estaba celosa y lo odiaba.

Había llevado la ropa que use en la oficina, y me alegraba que se tratase de una falda corta negra elegante con una camisa abotonada azul real, un abrigo de piel negro que resultaba demasiado caliente para el interior del club y unas sensitivas zapatillas negras completaban el conjunto, oh, y la funda de hombro para la potente Browning 9mm, que era la razón por la que seguía con el abrigo puesto. La gente tendía a ponerse nerviosa si le mostraba la pistola, y se veía muy bien contra el azul oscuro de mi blusa.

Para otras personas debía parecer como si tratase de impresionar, llevando todo este cuero. Nop, simplemente intento no espantar a los turistas. Pero lo que yo llevaba no era nada comparado con el espumoso, ceñido vestido y finos tacones que la mujer llevaba, nop, estaba por debajo de ese vestido.

Fue mi elección mantenerme alejada de Jean-Claude por estos últimos meses. Me había dejado su marca como su siervo humano para salvar su vida y la vida de otro novio que no estaba viendo, Richard Zeeman, Ulfric, el rey lobo de la manada local. Lo hizo para salvarles a todos ellos, pero esto me ha obligado a estar próxima a ellos, y cada acto sexual cometido es un tirante lazo místico. Podemos pensar cada uno en los pensamientos del otro, visitar cada uno de nuestros sueños. Caí dentro de los sueños de Richard cuando estaba en forma de lobo cazando a una presa humana. Probé la sangre por debajo de la piel de una mujer porque Jean-Claude se sentó a mi lado mientras él pensaba en ella. Fue demasiado para mí, así que hui hacia un amigo psíquico que me está enseñando como escudarme a mí misma metafísicamente de los chicos. Lo hago bien mientras más me mantenga como infierno lejos de ambos.

Viendo a Jean-Claude moverse como si estuviera enlazado a la música, en la sala, con energía, anticipándose no solo a la música sino también a los movimientos de la mujer como estaba en sus brazos me hacía querer correr gritando, porque realmente quería caminar hacia allí y agarrarla por su largo pelo y patearla fuera. No tenía ese derecho, además de que solo estaban bailando. Seguro.

Pero si alguien era capaz de decirme quien estaba a punto de convertir a Amy Mackenzie en un no muerto, ese era Jean-Claude. Necesitaba

quedarme aquí.

Necesitaba la información, pero era peligroso, peligroso de muchas maneras.

La música se detuvo por unos segundos, luego llego una nueva canción, igual de rápida, igual de exigente. Jean-Claude beso la mano de la mujer y trato de dejar la pista de baile.

Ella tomo su brazo, obviamente intentando persuadirle para otro baile. Él sacudió su cabeza, besándola en el cuello y dirigiéndose a un apartado, dejándola a ella sonriente.

Pero cuando ella le observo caminar hacia mí, no se veía amigable. Había algo familiar en ella, como si pudiera conocerla, pero ciertamente no la conocía. Me tomo un segundo o dos darme cuenta de que era una actriz, y alguna vez había ido a ver sus películas, quería saber su nombre. Un fotógrafo arrodillado enfrente de ella, e instantáneamente cambio de desagradable a una perfecta sonrisa, posando, acercándose a otra pareja de baile. Un segundo fotógrafo seguí por detrás a Jean-Claude, sin tomar fotos pero alerta para una oportunidad de foto. Mierda.

Tenía dos opciones. Podía quedarme allí y dejarle que tomara imágenes de Jean-Claude y mías, o podía huir a la oficina y tener privacidad. Yo no era noticia, pero Jean-Claude era el chico vampiro de portada. A la prensa le había divertido que la mujer que otros vampiros llamaban la Ejecutora, porque ella había matado a más vampiros que cualquier otro cazador de vampiros en el país, estuviera relacionándose con el Maestro de la ciudad. Incluso podría admitir que era bastante irónico, pero estando perseguida por los paparazzi me canso muy pronto. Especialmente cuando ellos trataban de tomar fotos mías trabajando en los asesinatos preternaturales de la policía. Los medios de comunicación estadounidenses si permaneces al lado de despojos espantosos no sacaban al aire las imágenes, o las imprimían, pero la prensa europea sí. Algunos medios europeos hacen que los medios americanos se vean francamente gentiles.

Cuando deje de salir con Jean-Claude, ellos se alejaron. Yo no era ni de cerca fotogénica, o amigable. No tenía que preocuparme por vencer a la prensa más, no había proyecto de ley en Washington que se centrara en conseguir matarme a mí. Los vampiros necesitaban buena prensa, y Jean-Claude era el más indicado para conseguírsela.

Decidí no observar a jean-Claude caminando hacia mí porque mi cara se vería como cambiaba igual que hacen los tabloides de la fachada. Me

vería como algún pequeño animal apresado, viendo como el tigre salta hacia mí, eso expandía el miedo, con una temerosa fascinación, de abierta… lujuria, eso habría sido muy duro verlo impreso. Así que mantuve mis ojos entorno al fotógrafo y trate de no mirar a Jean-Claude deslizándose hacia mí, mientras me apoyaba en la pared, justo al lado de la puerta que daba acceso al pasillo que llevaba a su oficina.

Podría haber huido y evitar a la prensa pero eso significaba estar a solas con Jean-Claude y no quería eso. De acuerdo, la verdad es que lo quería, y ese era el problema.

No era que no confiase en Jean-Claude, no confiaba en mí.

Estaba concentrándome tan duro en no mirarle venir hacia mí que me lleve una sorpresa cuando me percate del rojo satén de su camisa. Alcé la mirada para encontrarme con sus ojos. La mayoría de la gente no puede mantener la mirada con un vampiro, y mucho menos la de un Maestro, pero yo podía. Yo era una nigromante y me concedía un poco de inmunidad a los poderes de vampiro, y era el sirviente humano de Jean-Claude lo quisiera o no, y eso me daba incluso más inmunidad. De todos modos no estaba hecha a prueba de vampiros, era bastante complicado esquivar la mayoría de sus trucos.

No eran los poderes de vampiro los que me hacían difícil encontrarme con esos ojos azules de media noche. No, eso no era nada… tan fácil.

Él dijo algo, pero no podía oírle por encima de la golpeante música. Meneé la cabeza y él se acercó, lo suficiente que el rojo de su camisa llenaba mi visión, pero eso era mejor que encontrarme con su mirada azul. Se inclinó sobre mí y sentí como un cambio de temperatura, lo suficientemente cerca para un beso, lo suficientemente cerca para muchas cosas. Yo ya estaba aplanada contra la pared, no tenía ningún lugar a donde ir.

Tuvo que inclinar su boca a un lado de mi cara, la caída de su largo pelo se movía contra mi boca cuando dijo:

—*Ma petite*, ha pasado demasiado tiempo. —Su voz incluso a pesar del ruido, acaricio mi piel como si me hubiera tocado. Él podía hacer cosas con su voz que otros hombres no podían hacer con sus manos.

Podía oler su colonia, especiada, exótica, un toque de almizcle. Casi podía saborear su piel en mi lengua. Me tomo dos intentos decir:

—No el suficiente.

Él coloco su mejilla contra mí cuello, muy suavemente:

—Estas feliz de verme, *ma petite*, puedo sentir tu corazón temblando.

—Estoy aquí por negocios —dije, pero mi voz era resollante. Usualmente era mejor estando a su lado, pero tres meses de celibato, tres meses de nada y estando a su lado eran lo peor. Maldita sea, ¿por qué tenía que ser lo peor?

—Por supuesto, que lo estás.

Tenía suficiente. Coloqué una mano encima del satén de su pecho y le empuje. Los vampiros pueden aplastar camiones pequeños, así que él no se apartó de mí por lo que hice pero se apartó. Me dio algo de espacio, entonces movió la boca, como si me dijese algo pero no podía oírle por encima de la música y el ruido de la multitud.

Sacudí mi cabeza y suspire. Íbamos a tener que girarnos hacia la oficina para poder oírle. Estar a solas con él no era la mejor idea, pero quería encontrar a Amy Mackenzie y al vampiro que tendría que ejecutar. Abrí la puerta sin mirarle. El fotógrafo tomo imágenes mientras atravesábamos la puerta. Tuvo que tomar imágenes cuando Jean-Claude me tenía prácticamente clavada en la pared, solo que yo no me había dado cuenta.

Jean-Claude cerró la puerta detrás de nosotros. El pasillo era blanco con la iluminación más tosca que en cualquier parte del club. Me dijo una vez que había planeado hacer el pasillo ordinario para si algún cliente abría la puerta sabría instantáneamente que esto no formaba parte del espectáculo.

Un grupo de camareros, todos vampiros, salían de una puerta a la izquierda, vestían calzones cortos de vinilo y no llevaban camiseta. Habían salido por la puerta en un remolino de charla animada, deteniéndose de golpe al vernos. Uno de ellos comenzó a decir algo, y Jean-Claude dijo:

—Fuera.

Huyeron atravesando la puerta sin echar una mirada atrás, casi como si estuvieran asustados. Me hubiera gustado pensar que era por Jean-Claude que ellos estuvieran asustados, pero era la Ejecutora, su versión de la silla eléctrica, por lo que podía haber sido por mí.

—Vamos a retirarnos a mi oficina, ¿*ma petite*?

Suspire, y en el silencio del pasillo con la música solo a una tamborileante distancia, mi suspiro sonó alto.

—Claro.

Él encabezo el camino por el pasillo, al deslizarse delante de mí. Los pantalones eran de un negro satinado y se veían como si estuviesen cosidos a su cuerpo, apretados como una segunda piel. Un par de botas negras

adornaban sus piernas. Las botas estaban atadas por detrás desde el tobillo al muslo. Había visto esas botas antes, realmente eran unas buenas botas. Suficientemente buenas para admirar la manera en que sus piernas se movían con ellas aunque menos que la manera en que el satén se ajustaba a su trasero. Unas botas muy agradables de hecho.

Comenzó a abrir la puerta para mí, luego sonrió, casi riéndose y simplemente entro.

Me había tomado un tiempo romper la costumbre de que abriera las puertas por mí pero finalmente conseguí enseñarle a este viejo perro un truco nuevo.

La oficina estaba decorada con motivos orientales completada con unos ventiladores girando y unos kimonos colgados. Los colores de los tres iban del rojo al azul. Un biombo rojo lacado que tenía un dibujo de un Castillo negro situado en lo alto de una montaña. El escritorio era de madera tallada que parecía ébano y probablemente lo era. Él se inclinó enfrente del escritorio levantando las piernas, cruzo los tobillos con las manos en su regazo, sus ojos me observaban cuando cerré la puerta.

—Por favor, toma asiento, *ma petite*. —Señalo una silla plateada y negra situada en frente del escritorio.

—Estoy bien donde estoy. —Me recosté contra la pared, mis brazos cruzados encima de mis pechos, para así poder tener mi mano reconfortantemente cerca del arma bajo el brazo. Realmente no dispararía a Jean-Claude, pero tener cerca el arma me hacía sentir mejor. Era como un pequeño manto de seguridad. Además, nunca iba a ningún sitio por la noche desarmada.

Su sonrisa era divertida y condescendiente.

—No creo que la pared se caiga si dejas de apoyarte en ella.

—Necesitamos averiguar quién es el vampiro que ha estado haciéndoselo con Amy Mackenzie.

—Dijiste que tenías fotos de la chica. ¿Puedo verlas? —La sonrisa había desaparecido de los bordes de su boca pero sus ojos todavía contenían una débil diversión y condescendencia, lo utilizaba como mascara para ocultar cosas.

Suspire y alcance el bolsillo de mi chaqueta de cuero. Le acerque las dos fotos. Estiro sus manos por ellas pero no se movió para acercarse a mí.

—No voy a morderte, *ma petite*.

—Sólo porque no te dejo —dije.

Hizo un gracioso encogimiento de hombros que significaba todo y nada.

—Es cierto, pero todavía no puedo obligarte a nada porque te mantienes a unos cuantos pasos de mí.

Tenía razón. Estaba siendo tonta, pero podía notar mi pulso en mi garganta mientras caminaba hacia él, la chaqueta nueva de cuero se deslizaba rodeándome, de la manera que siempre lo hacía el cuero nuevo. Se trataba de una chaqueta que sustituía una que un vampiro me había descuartizado. Le acerque las fotos y él se inclinó hacia delante para tomarlas de mí. Incluso me senté en la silla enfrente de su mesa mientras él las estudiaba. Podríamos ser civilizados en este caso. Claro que podríamos. Pero yo no podía dejar de mirar la forma de sus hombros descubiertos junto a la tela escarlata, la manera en que su cuello alto hacía que su cabello fuera casi pura oscuridad como el mío. Sus labios parecían más rojizos de lo que recordaba, como si hubiera usado un lápiz labial con brillo y yo no podía apartar la mirada de ellos. Pero él no necesitaba maquillaje para estar hermoso, él simplemente lo era.

Habló sin apartar la mirada de las fotos.

—No la reconozco, pero ella podría haber venido por aquí ocasionalmente y no tendría por qué reconocerla. —Levanto la mirada encontrándose con mis ojos, pillándome mientras observaba sus desnudos hombros.

La mirada en esos ojos me decía que sabía exactamente qué es lo que había estado observando. Esa mirada fue suficiente para hacerme sonrojar y odiaba eso.

Mi voz salió enfadada y me complacía. La ira era mejor que la vergüenza cualquier día.

—Me dijiste por teléfono que podías ayudarme.

Dejo las fotos sobre el escritorio y cruzo sus manos en su regazo. La colocación de sus manos era totalmente educada pero también se enmarcaba en cierta parte de la anatomía y el satén estaba muy apretado y podría hablar sobre otras cosas que estaban también muy apretadas.

Me hizo sonrojarme de nuevo y me hizo enfadarme igual que en los viejos tiempos.

Me hubiera gustado ser una pequeña sabelotodo y decir algo que le incomodara, pero no quería admitir que lo notaba, así que las opciones eran ser educada, me levante y le di la espalda.

—Ninguno de mis vampiros se atrevería a convertir a alguien sin mi permiso —dijo.

Eso hizo que me girase.

—¿Qué quieres decir?

—He ordenado una… como podría decirlo… congelación de contratos, hasta que ese desagradable proyecto de ley en Washington este derrotado.

—Congelación de contratos —dije—. ¿Quieres decir que ninguno de tus vampiros puede hacer más hasta que la ley del Senador Brewster esté dentro de las llamas?

—*Exactement*.

—Así que ¿estás seguro de que ninguno de tus vampiros está haciendo esto? —dije.

—No quieren arriesgarse al castigo.

—Así que no puedes ayudarme. Maldita sea, Jean-Claude, podrías haberme dicho eso por teléfono.

—Llamé a Malcolm mientras estabas de camino —dijo.

Malcolm era el cabecilla de la Iglesia de la Vida Eterna, la iglesia vampiro. La única iglesia que no mostraba objetos sagrados por mucha iglesia que fuera, incluso el color en la vidriera era arte abstracto.

—Porque si no es uno de tus vampiros, entonces es uno de los suyos —dije.

—*Oui*.

A decir verdad, solo asumí que era uno de los vampiros de Jean-Claude porque la iglesia era muy estricta en lo que concernía a sus humanos seguidores para pasarlos al lado de la muerte y la iglesia también comprobaba a fondo sus antecedentes.

—La amiga de la chica dijo que había conocido al vampiro en un club.

—¿Puedes no ir a la iglesia los fines de semana e ir a un club?

Asentí.

—Vale, has hecho un punto. ¿Qué hay de lo que dijo Malcolm?

—Que se pondría en contacto con todos sus seguidores y daría órdenes estrictas de que ese vampiro y la chica tenían que ser encontrados.

—Ellos necesitaran la foto —dije. Mi beeper se activó y salte. Mierda. Comprobé el número y era el del móvil de Ronnie.

—¿Puedo usar tu teléfono?

—¡Cualquier cosa que tenga es tuya, *ma petite*! —Miro al teléfono negro encima del escritorio negro y se hizo a un lado así podía andar

rodeando el escritorio sin él inclinado sobre mí. Consideración por su parte, lo que probablemente significaba que iba a hacer algo incluso más irritante.

Ronnie respondió en el primer ring.

—¿Anita?

—Soy yo, ¿qué ha pasado?

Ella bajo su voz a un susurro.

—Tu amigo detective convenció a Barbara de que si Amy se mataba a sí misma, ella sería acusada de conspiración por cometer asesinato.

—No creo que Zerbrowski pueda cumplir esa parte.

—Barbara cree que puede.

—¿Qué te contó ella?

—Que el nombre del vampiro es Bill Stucker. —Ella deletreo el apellido para mí.

—Un vampiro con apellido. Tiene que ser realmente reciente —dije. El único otro vampiro que había conocido con apellido había muerto hace menos de un mes.

—No sé si él es nuevo o viejo, sólo su nombre.

—¿Ella tiene su dirección?

—No, y Zerbrowski la empujo bastante duro. Dice que nunca estuvieron allí y le creo.

—Vale, dile a Zerbrowski gracias, te veré el sábado en el gimnasio.

—No te olvides —dijo ella.

—Oh, y gracias a ti también, Ronnie.

—Siempre feliz de salvar a alguien de los monstruos, lo que me recuerda, ¿estás con ya sabes quién?

—Si te refieres a Jean-Claude, sí, lo estoy.

—Vete de ahí tan pronto como puedas —dijo.

—No eres mi madre, Ronnie.

—No, solo una amiga.

—Buenas noches, Ronnie.

—No te quedes —dijo ella.

Colgué. Ronnie era una de mis mejores amigas, pero su actitud hacia Jean-Claude estaba empezando a ponerme de los nervios, sobre todo porque estaba de acuerdo con ella. Siempre odie estar equivocada.

—¿El nombre de Bill Stucker significa algo para ti? —pregunte a Jean-Claude.

—No, pero puedo llamar a Malcolm y ver si significa algo para él.

Le entregue el receptor del teléfono y me aparte de su camino, es decir, fuera de la distancia para tocarnos. Su parte de la conversación consistió en dar el nombre y decir:

—Por supuesto, —y—. Sí. —Me entrego el teléfono—. Malcolm desea hablar contigo.

Tomé el teléfono y se apartó, realmente dándome algo de espacio.

—Sra. Blake, me disculpo por cualquier cosa que mi iglesia pueda haber hecho. Él está en nuestro ordenador con su dirección. Tendré un diácono en su domicilio en cuestión de minutos.

—Dame la dirección y me moveré hacia allí para comprobar a la chica.

—Eso no será necesario. Una hermana asistente de la iglesia era enfermera antes de su conversión.

—No estoy segura que Amy Mackenzie necesite a otro vampiro, no importa lo buena que sea la intención. Déjame tener la dirección.

—Y yo no creo que mi vampiro necesite a la Ejecutora tirando su puerta abajo.

—Podría darle el nombre a la policía. Ellos encontraran la dirección y si ellos llaman a su puerta puede que no sean tan amables como yo.

—Ahora eso último es difícil de imaginar.

Creo que se estaba burlando de mí.

—Dame la dirección, Malcolm. —La ira endureciéndose sobre mis hombros, me daban ganas de hacer girar mi cuello y tratar de eliminarla.

—Espera un momento. —Me puso en espera.

Mire a Jean-Claude y deje que la ira se uniera a mi voz.

—Me puso en espera.

Jean-Claude se había sentado en la silla que yo deje libre, sonriendo, se encogió de hombros, tratando de permanecer neutral. Bastante sabio por su parte. Cuando estoy enojada tengo la tendencia de extenderla a mí alrededor, incluso con personas que no lo merecen. Trato de reducir mis malos hábitos pero algunas costumbres son más fáciles de romper que otras. Mi humor es uno de los más duros.

—Sra. Blake, era la línea de emergencia. La chica está viva, pero apenas, la han llevado directa al hospital. No estamos seguros si ella pudo hacerlo. Entregaremos a Bill a la policía si ella muere, le doy mi palabra de eso.

Tuve que tomar su palabra, porque él era un antiguo vampiro de siglos y si consigues que te ofrezcan un juramento, lo mantienen.

—¿Qué hospital?, así poder llamar a su madre.

Me lo dijo. Colgué y llame a la madre de Amy. Una histérica llamada de teléfono más tarde conseguí colgar, ahora era mi turno de sentarme en el borde del escritorio y mirarle a él hacia abajo.

Mis pies no tocaban el suelo, lo que hacía difícil que me viera agraciada. Pero, bueno, yo nunca trate de competir en gracia con Jean-Claude, algunas batallas están para perderlas.

—Hubo un tiempo, ma petite, que habrías insistido para ir de cabeza a rescatarla tú misma, interrogando a la amiga de la chica y negándote a incluir a la policía de cualquier manera.

—Si hubiera pensado que amenazando a Barbara violentamente o disparándole la hubiera hecho hablar, habría sido perfecta para ese trabajo. Pero no voy a disparar, ni herir a una chica de dieciocho años que trataba de ayudar a su mejor amiga a salvar su pierna, a pesar de su vida. Zerbrowski podía amenazarla con la ley, un tiempo en la cárcel, yo no puedo hacer eso.

—Y tú no amenazas nunca a nadie que no puedas amenazar, o que quieras hacerlo —dijo, suavemente.

—No, no lo hago.

Nos mirábamos el uno al otro. Él estaba cómodo en el respaldo recto de la silla, su tobillo apoyado en la rodilla opuesta, sus dedos jugueteaban enfrente de su cara así que la mayor parte que veía de él eran sus extraordinarios ojos, enormes, un azul tan oscuro que en los bordes se volvía negro, pero nunca dudarías que sus ojos eran puro azul, sin adulterar, como las aguas del océano donde corren intensamente profundas y frías.

Ronnie tenía razón, tenía que marcharme pero no quería marcharme. Quería quedarme. Quería recorrer con mis manos su camisa, para acariciar la espectacular desnudez de esos hombros. Y porque lo quería tan lamentablemente, salte del escritorio, y dije:

—Gracias por tu ayuda.

—Estoy siempre dispuesto a asistirte, *ma petite*.

Podría haber caminado pasándole en su silla pero sería como insultarnos a ambos. Solo tenía que caminar pasando la silla y salir por la puerta. Simple. Estaba casi pasando la silla, casi detrás de él cuando habló:

—Puedes incluso llamarme si no necesitas salvar algún humano. —Su voz fue tan normal como pudo intentarlo. No estaba tratando de usar trucos

de vampiro para hacer que las palabras fuesen más de lo que era y que me detuvieran. Una honesta pregunta era más difícil de responder que un truco de seducción.

Suspire y me gire para encontrarlo mirándome directamente. Mirándole a la cara con solo dos pies de distancia hizo que tuviera que recuperar el aliento.

—Tú sabes el motivo por el que me mantengo lejos.

Se removió en la silla, poniendo un brazo en el respaldo, lo que mostraba un destello de sus hombros descubiertos de nuevo.

—Sé que te resulta difícil controlar los poderes por las marcas de vampiro cuando estamos juntos. Es algo que debería acercarnos, no separarnos. —De nuevo su voz era tan cuidadosamente neutral como podía hacerlo.

Meneée la cabeza.

—Tengo que irme.

Le dio vuelta a la silla recostando ambos brazos en el respaldo, descansando su barbilla en las manos, su cabello enmarcaba toda la tela roja, la pálida carne, esos ojos apagados. Menos de dos pies de distancia, casi lo suficientemente cerca que podría alargar la mano y le tocaría. Trague tan duro que casi duele. Apreté mis manos en puños porque podía sentir el recuerdo de su piel contra mis manos. Todo lo que tenía que hacer era cerrar esa distancia pero sabía que si lo hacía, no me marcharía, no por un rato de todos modos.

Mi voz salió en un resuello.

—Debo irme.

—Si tú lo dices.

Me habría girado y encaminado hacia fuera pero no podía llevarme a mí misma a hacerlo. No quería hacerlo. Quería quedarme. Mi cuerpo estaba tenso por la necesidad, húmedo por ella, solo con la imagen de él completamente vestido, apoyándose en la silla. Maldita sea, ¿por qué no estoy caminando lejos? Pero tampoco estaba haciendo nada para aproximarme, tenía unos puntos por eso. A veces consigues puntos solo por mantenerte sobre el suelo.

Jean-Claude se puso de pie, muy lentamente, como si temiera que escapase corriendo, pero no lo hice. Me quede allí, con mi corazón en mi garganta, con mis ojos un poco ensanchados, con miedo, con ansia, necesitándolo.

Él se paró a unas pulgadas de mí, bajando la mirada, sin tocarme aun, las manos a cada lado, el rostro neutral. Levanto una mano, muy despacio, e incluso con ese pequeño movimiento sentí las puntas de sus dedos deslizándose por mi chaqueta de cuero. Al no apartarle, alcanzo los bordes del cuero con sus dedos tirando de ellos abriendo la chaqueta hasta mi cintura. Comenzó a deslizar su mano hacia arriba, por encima de mi cintura, mi estómago y entonces rodo el dorso de sus dedos sobre mis pechos, sin titubear, moviéndolos más arriba hacia el cuello de mi chaqueta, en un rápido barrido mi cuerpo se tensó, deteniendo mi aliento en mi garganta.

Su mano pasó de mi collar a mi cuello, los dedos se deslizaron debajo de mi cabello hasta que los ahueco en la parte posterior de mi cuello, descansando su pulgar en el margen pulsante de mi cuello. El peso de su mano en mi piel era más de lo que podía tomar, como si pudiera hundirme en él a través de una mano.

—Te he echado de menos, *ma petite*. —Su voz era baja y acariciante al mismo tiempo, resbalando por mi piel, llevándose mi respiración al agitarme.

Le había echado de menos pero no iba a obligarme a mí misma a decirlo en voz alta. Lo que pude hacer fue estirarme de puntillas, apoyándome en él con una mano en su pecho, sintiendo su corazón contra la palma de mi mano. Se había alimentado de alguien o no podría tener latidos, de algún donante dispuesto e incluso eso no fue suficiente para detenerme de inclinar mi cara de nuevo, ofreciéndole mis labios.

Sus labios cepillaron los míos, con suaves caricias. Atraída de nuevo por el beso, deslice mis manos sobre el satén de su camisa, sintiendo la firmeza por debajo de él. Estaba haciendo lo que quise hacer desde el momento que le vi esta noche. Pase mis dedos sobre la desnuda piel de sus hombros, tan suaves, muy suaves, muy firmes. Corrí mis manos por sus hombros y el movimiento permitió a nuestros cuerpos caer juntos, suavemente.

Sus manos encontraron mi cintura, resbalando por mi espalda, presionándome contra él, no suave, duro, lo bastante duro que podía sentirle incluso a través del satén de sus pantalones, la tela de mi falda, el encaje de mis bragas. Podía sentirle presionándose tan apretado y listo que tuve que cerrar mis ojos, escondiendo mi cara en su pecho.

Trate de ponerme sobre mis pies en el suelo, alejarme de él, solo un

poco, lo suficiente para pensar de nuevo, pero sus manos me sujetaron a su cuerpo. Entonces abrí mis ojos, preparada para decirle que me dejara irme al infierno pero cuando levante la mirada y su rostro estaba tan cerca, sus labios a medio camino, no me llegaron las palabras.

Bese esos labios a medio camino tan suave como lo había hecho él. Sus manos se volvieron más estrictas en mi espalda, mi cintura, presionándonos uno contra el otro, muy fuerte, muy cerca. Deje escapar mi aliento en un largo suspiro y me beso. Su boca se cerraba sobre la mía, mi cuerpo se hundía con el suyo, abrí mi boca para sus labios, su lengua, para todo. Corrí mi lengua entre las delicadas puntas de sus colmillos. Era un arte el realizarle el beso francés a un vampiro, y yo no lo había perdido, sin perforarme a mí misma con esas delicadas puntas.

Sin romper el beso, se inclinó y envolvió sus brazos rodeando la parte superior de mis muslos, levantándome, cargándome sin esfuerzo hacia la mesa. No me apoyo en ella que era lo que medio esperaba. Se dio la vuelta y se sentó encima del escritorio, deslizando mis piernas a cada lado, tanto que de repente estaba presionado entre mis piernas con solo dos trozos de tela en medio. Él estaba de espaldas sobre el escritorio, y yo estaba montándolo, rozando nuestros cuerpos unidos a través del satén de sus pantalones y mis bragas.

Sus manos se movieron subiendo por mis piernas localizando el encaje de mis medias hasta que sus dedos encontraron la parte superior del encaje en lo alto del muslo. Me apreté sobre él lo bastante fuerte para que su cuerpo se arqueara, uniendo nuestros cuerpos. Y entonces, sonó un golpe en la puerta. Ambos nos congelamos, luego Jean-Claude dijo:

—¡No estamos para ser molestados!

Una voz que no reconocí dijo:

—Lo siento, Maestro, pero Malcolm está aquí. Él insiste en que es urgente.

Evidentemente Jean-Claude conocía la voz, porque cerró sus ojos y maldijo en francés gradualmente con su respiración.

—¿Qué es lo que quiere?

Resbale apartándome de Jean-Claude, dejándolo tendido en su escritorio, con sus piernas colgando en los bordes.

La suave voz de Malcolm vino después.

—Tengo un presente para la Sra. Blake.

Revise mi ropa para asegurarme que estaba presentable, extraño como

era. Jean-Claude se incorporó, pero se quedó en el borde del escritorio.

—Entra.

La puerta se abrió y el alto, rubio Malcolm con su oscura figura camino atravesándola.

Siempre vestido como el predicador televisivo que era, conservador, inmaculado, caro.

Comparado con Jean-Claude se siempre se veía ordinario, pero tanto como la mayoría de la gente. Sin embargo, había algo en la presencia de Malcolm, una calma, un tenue poder que llenaba casa habitación que le rodeaba. Él era un Maestro vampiro y su poder titubeaba pesado en mi piel. Él trataba de pasar por humano y siempre me pregunte si el nivel de poder que desprendía era su versión de nivel bajo, y si esta era la versión en tono bajo, entonces ¿cómo debería ser su poder realmente?

—Sra. Blake, Jean-Claude. —Dio una pequeña inclinación de cabeza, luego se movió de la puerta y dos vampiros con trajes oscuros y camisas blancas de diáconos venían cargando a un vampiro encadenado entre ellos. Tenía el pelo corto rubio y sangre seca en su boca, como si le hubieran encadenado antes de que tuviera tiempo de limpiarse.

—Este es Bill Stucker, la chica, lamento decirlo, acabo pasándolo.

—Es una de vosotros entonces —dije.

Malcolm asintió.

—Éste trato de huir, pero te di mi palabra de que sería castigado por tu ley si ella moría.

—Podías simplemente haberlo dejado caer en una estación de policía —dije.

Sus ojos parpadearon de Jean-Claude, a mí, a mi chaqueta de cuero olvidada en el suelo.

—Lo siento por interrumpir vuestra noche pero pensé que sería mejor acudir a la Ejecutora para que entregara ella misma el vampiro a la policía en nuestro lugar. Creo que los reporteros te escuchan cuando les dices que nosotros no toleramos esto y eres bastante honorable para decir la verdad.

—¿Estás diciendo que el resto de la policía no lo son?

—Estoy diciendo que muchos de nuestros encargados de que la ley se cumpla desconfían de nosotros y serían muy felices si nos vieran perder nuestra condición de ciudadanos.

Me habría gustado debatírselo, pero no podía.

—Voy a llevarlo fuera por ti y me asegurare que la prensa sepa que lo

has entregado.

—Gracias, Sra. Blake. —Miro a Jean-Claude—. De nuevo, mis disculpas, me dijeron que vosotros dos ya no salían.

—No salimos —dije, un poco demasiado rápido.

Él se encogió de hombros.

—Por supuesto. —Miro de nuevo a Jean-Claude y le dio una sonrisa que decía más que nada que no se gustaban mucho. A él le había gustado interrumpir la noche de Jean-Claude. Eran dos tipos muy diferentes de vampiro y realmente uno no aprobaba al otro.

Malcolm dio unos pasos acabando la discusión, amordazando al otro vampiro y salió por la puerta con sus diáconos. Ninguno de ellos echó una última mirada al vampiro encadenado.

Había un grupo de camareros y camareras en sus escasos uniformes, amontonándose en la puerta.

—Tomen a este vampiro y cárguenlo en el coche de *ma petite*.

Él me miro y saque mis llaves del abrigo de cuero arrojándoselas a uno de los vampiros. Una de las mujeres recogió al vampiro encadenado levantándolo del suelo y arrojándolo sobre su hombro como si no pesase nada. Cerraron la puerta a sus espaldas sin que se lo pidiesen.

Recogí mi abrigo del suelo.

—Tengo que irme.

—Por supuesto que tienes. —Su voz salió con un poco de rabia—. Has dejado que tu deseo por mi saliese y ahora debes volver a enjaularlo, esconderlo lejos, te avergüenza.

Comencé a enfadarme pero le mire sentado ahí, con la cabeza gacha, sus manos flojas en su regazo, parecía abatido después de mirarlo por un rato, ya no estaba enojada. Él tenía razón, así era exactamente como lo trataba. Me quede donde estaba, con la chaqueta sobre un brazo.

—Tengo que llevarlo a la comisaría de policía y seguramente de hacer que la prensa obtenga la verdad, no querría que los vampiros se vieran peor de cómo ya se ven.

Él asintió sin mirarme.

Su arrogancia habitual había desaparecido, podría haberlo dejado así, pero me había mostrado su dolor y no podía solo alejarme caminando.

—Vamos a intentar conseguir nuestra rama de olivo —dije.

El levanto la mirada a eso frunciendo el ceño.

—¿Rama de olivo?

—¿Bandera blanca?

Entonces sonrió.

—Una tregua. —Se rio, y su risa bailo sobre mi piel—. No estaba enterado de que estuviésemos en guerra.

Esto me colocaba un poco más cerca de casa.

—¿Vas a dejar que diga algo amable o no?

—De ninguna manera, *ma petite*, estoy lejos de interrumpir tus gentiles propósitos.

—Estoy tratando de pedirte una cita.

Su sonrisa se amplió, sus ojos de inmediato se llenaron con un placer que me hizo apartar la mirada, porque me hacía querer devolverle la sonrisa.

—Debe haber pasado mucho tiempo desde que le pediste a un hombre salir, pareces tener poca práctica.

Agarre mi chaqueta.

—Bien, sé un pequeño sabelotodo. Veamos donde te lleva eso.

Estaba casi en la puerta cuando dijo:

—No es una guerra, *ma petite*, sino un cerco, y este pobre soldado se siente muy abandonado en el frio.

Me detuve y di la vuelta. Todavía estaba sentado en el escritorio tratando de parecer inofensivo, eso me parecía. Él era muchas cosas: bien parecido, seductor, inteligente, cruel pero no inofensivo, no en cuerpo, mente y alma.

—Mañana por la noche, elige el restaurante. —Un lado de los efectos de ser su sirviente humano era que podía saborear la comida por medio de mí. Fue la primera vez que había podido probar la comida en siglos. Era un pequeño poder para compartir pero a él le encantaba y a mí me encantaba observarlo divirtiéndose con su primer bocado de carne en cuatrocientos años.

—Voy a hacer las reservas —dijo, con voz suave de nuevo, como si temiese que yo cambiase de idea.

Mirándole, sentado en su escritorio todo de rojo y negro, de santeen y cuero, no iba a cambiar de idea. Quería sentarme en la mesa con él. Quería conducirlo a casa y meterlo dentro, ver el color de las sabanas que tenía en su gran cama.

No era solo sexo, quería que alguien me sostuviera. Quería algún lugar seguro, algún lugar donde ser yo misma. Y me gustase o lo odiase, en los

brazos de Jean-Claude podía ser perfectamente así, como era yo. Podría haber llamado a Richard y simplemente habría estado igual de encantado por saber algo de mí, habría sido muy cálido pero Richard y yo teníamos algunas diferencias filosóficas que le sobrepasaban incluso a un hombre lobo. Richard trataba de ser una buena persona y él pensaba que yo mataba con demasiada facilidad para ser una buena persona. Jean-Claude me había ayudado enseñándome que esto último prácticamente me había mantenido viva, me ayudaba a mantener a otros vivos. Pero el pensamiento de que en los brazos de Jean-Claude encontraba el refugio en este mundo era un pensamiento triste. Casi deprimente.

Él se deslizo fuera del escritorio con un grácil movimiento como si su cuerpo estuviera sujeto por unas cuerdas. Comenzó a caminar hacia mí, moviéndose como un gran felino. Sólo verle caminando hacia mí, hacía que mi pecho se apretara, agarro la chaqueta de cuero a cada lado y atrajo dentro del círculo de sus brazos.

—¿Estaría empujando los límites de nuestra tregua demasiado lejos si digo que quedan unas horas hasta el amanecer?

Mi voz salió en un resuello.

—Tengo que llevarlo a la policía y tratar con los reporteros, eso me llevara horas.

—En esta época del año amanecer es más tardío. —Susurró mientras se doblaba inclinando sus labios contra los míos.

Nos besamos y me aparte lo suficiente para susurrar:

—Intentaré estar de vuelta antes del amanecer.

Eran cuatro días antes de Navidad, una hora antes del amanecer cuando golpee en la puerta de la habitación de Jean-Claude debajo del Circo de los Malditos, uno de sus clubs. Su voz me llamo:

—Adelante, *ma petite*.

Una hora. No era mucho tiempo, pero era el tiempo que teníamos. Me había detenido en la tienda de comestibles de camino y cogí algunos preparados rápidos de helado de chocolate en uno de eso botes con tapa para conservarse. Él podía saborear el chocolate mientras yo lo comía y si simplemente pasaba que estaba encima de él mientras yo lo comía, bueno… Las sabanas de seda en su cama eran blancas y nos reíamos mientras estábamos cubiertos de chocolate y teñíamos las sabanas. Pero cuando cada parte de él que yo deseaba estaba cubierta por el espero chocolate dulce, las risas se detuvieron y comenzaron otros sonidos,

sonidos que eran incluso más deseados para mí que su risa. El amanecer nos atrapo antes de que él pudiera tomar un baño y limpiarse el pegajoso dulce. Le deje en el motón de sábanas blancas untadas de chocolate, su cuerpo todavía estaba caliente al tacto pero su corazón ya no latía. El amanecer le había atrapado llevándose si vida lejos y así se mantendría por horas, después se levantaría y volvería a la «vida» de nuevo. Realmente era un cadáver. Sabía eso. Pero tenía la piel más dulce que había probado, cubierta de dulces o sin ellos. No tenía pulso, nada de respiración, ningún movimiento, muerto. Esto debía marcar la diferencia, lo hacía. Creo que el cerco, como él lo llamo, hubiera sido más grande si él estuviera vivo, o tal vez no. Ser un vampiro era una parte demasiado grande de quien era Jean-Claude, para mí era algo que nos separaba. Hacia la diferencia, le di un último beso en su frente cubierta de helado y me marche a casa. Teníamos una cita esta noche y con la sensación de su cuerpo todavía en el mío, no podía esperar.

FIN



BEAUTY

Título original: *Beauty*

Traducción «NO OFICIAL».



UNO

Érase una vez, no había tenido a nadie para ir a casa después de una escena del crimen, pero eso fue en los días en los que no hacía otra cosa más que cazar a los chicos malos y levantar zombis. Había sido más consultor de la policía que un policía real. Había sido admitida en el servicio de U.S Marshals junto con la mayoría de los verdugos de vampiros legales del país que podrían pasar la prueba de armas. Tenía una insignia real ahora, y trabajaba más tiempo como policía que en mi trabajo original de día para resucitar muertos. Se paga mejor que el trabajo de policía, pero la gente no suele morir si falto a una cita para levantar a un zombi para una sociedad histórica para que puedan cuestionarse la exactitud de algunos datos de la batalla. La gente podría morir si me perdía este trabajo, pero había noches en las que solo necesito volver a casa y envolverme en los brazos de mis novios y olvidarme de la sangre y muerte que acababa de ver. Esta era una de esas noches, y de acuerdo con el horario, iba a casa de Jean-Claude, el

maestro vampiro de St. Louis, y uno de mis principales novios. Habíamos estado saliendo desde hacía siete años, a veces más encendido, y otras apagado, pero en los últimos años había sido muy encendido.

Sí, veía la ironía del querer olvidarme de la muerte que acababa de ver en el trabajo por un encuentro cercano y personal con un vampiro, pero confiad en mí cuando digo que los vampiros no están muertos. Son no-muertos, y están más vivos que muchos de los hombres humanos que he conocido. Siempre he tenido mejor suerte saliendo con los «monstruos» que con los seres humanos. Algunas personas dicen que es porque soy uno de los monstruos. Algunos días pienso que tienen razón, pero otros días creo que son bebés llorones envidiosos. Conseguí una gran cantidad de mierda porque era una mujer menuda y atractiva que se acostaba con muchos hombres, no por casualidad, pero de forma regular en una cita base. Si hubiera sido un hombre sinceramente, creo que gran parte de los reclamos no habrían sucedido. Algunas personas, incluyendo a otras mujeres, todavía creen que deberíamos estar esperando al príncipe azul para que podamos cabalgar hacia el atardecer de vivieron felices para siempre después en la tierra. Esta era una princesa que podía malditamente rescatarse por sí misma. Yo estaba bien peleando con el príncipe a mi lado, o, demonios, le rescataría si lo necesitaba. Pero no era del tipo de las pasivas que, esperan-por-el-verdadero-amor y la maravilla de las maravillas, había encontrado a varios hombres que me amaban por ser terca, sucia, violenta, sexualmente agresiva como soy. De hecho, ellos totalmente me animaron en esta última parte.

Normalmente, me podría haber puesto algo de lencería, o dejar que Jean-Claude me quitase la ropa, pero después de una escena del crimen, desnudarme no era por lo general parte del juego previo. Nunca sabía contra qué podría haberme rozado, o haberme parado, o si me habían rociado. E incluso para un vampiro, la sangre antigua y las tripas de alguien que había matado no era un afrodisíaco, y honestamente me molestaba más a mí que a él. Sólo quería quitarme la ropa y ponerla en la bolsa de plástico que guardaba para tales ocasiones. Las armas salieron fuera en primer lugar, sin embargo, y la mayoría de ellas fueron a la caja fuerte de armas que ahora estaba en la esquina de su dormitorio. Teníamos a mucha gente yendo y viniendo que no comprendían de armas. Demonios, hemos tenido algunos con niños pequeños. Los niños y las armas no se mezclan. Por lo tanto, teníamos cajas de seguridad para las armas de fuego, y sólo guardaba

las armas conmigo que podían caber en mí, o que podía manejar. Los guardias hacían lo mismo.

Por lo tanto, una montaña de armas de fuego, cuchillas, y munición, era colocada en la caja fuerte, entre todos los otros juguetes peligrosos. Luego la ropa quedó fuera y la puse en la bolsa de basura para que pudieran ser lavadas después, y estaba desnuda, y con una sola arma de fuego llevando conmigo al baño. Podía oír el agua corriendo en el baño, Jean-Claude llenaba la bañera grande. Tenía un llenado rápido en ella, y había un tanque de agua caliente adicional sólo para la bañera. Me enteré de que esa era la magia por la que nunca parecía quedarse sin agua caliente. Caminé desnuda y armada hacia el cuarto de baño con sólo la BDM Browning en la mano. Probablemente estaba tan segura como había estado todo el día, tan lejos en el sótano del Circo de los Malditos. Si alguien venía a través de todos los guardaespaldas, las catorce rondas de la Browning en realidad no harían mucha diferencia, pero ese no era realmente el punto. El punto era que finalmente estaba cómoda desnuda, estar desarmada, eso todavía no me gustaba.

El baño estaba decorado en mármol negro con toques de gris oscuro, todos los accesorios eran de plata brillante y los lavabos tenían un gran espejo que reflejaba la mitad de la habitación. El espejo no mostraba el inodoro con su media pared escondiéndolo de la gran bañera, que tenía un borde de mármol lo suficientemente grande no sólo para sentarse, sino también para que Jean-Claude se acostara de cuerpo entero sobre un lado para que pudiéramos hacer el amor. Los espejos rodeaban la bañera por tres lados, por lo que parecía una de esas tinas en una suite cara de luna de miel. Pero lo que me estaba esperando en la bañera se había convertido en una luna de miel que nunca olvidaría.

Jean-Claude estaba sentado en el lado opuesto de la bañera, así que tenía la mejor vista de mí caminando por la puerta. Sus brazos estaban extendidos a lo largo de la parte posterior de la bañera, y su piel se veía muy blanca contra todo el mármol negro. Había echado su pelo hacia atrás para que se agrupara detrás de los hombros, y era difícil saber dónde sus rizos terminaban y comenzaba el mármol. Su cabello era realmente negro, como el mío; sin moreno para nosotros, no importa cuán oscuro. El agua estaba todavía por debajo de la parte superior de su pecho y los pezones se veían un poco menos pálidos, la cicatriz de la quemadura en forma de cruz se asentaba a un lado de su pectoral, en algún lugar entre su pezón y su

corazón. Unos siglos atrás, un cazador de vampiros había empujado una cruz brillando intensamente en su pecho. Sabía que Jean-Claude había matado a la persona que lo había hecho, al igual que yo había matado a la gente que me había marcado mi propia cicatriz de quemadura en forma de cruz en el brazo. La mía era una marca, no una reacción de la piel vampírica a un objeto sagrado, pero tenía el mismo aspecto. Los aspirantes a vampiro que lo habían hecho pensaban que era gracioso marcarme como a un vampiro; lo habían pensado hasta la muerte. Así que, ¿quién era yo para tirarle piedras a Jean-Claude por haber matado a la persona que lo marcó? Lo justo es justo.

Finalmente me dejé mirar esa cara, y me sentí como siempre lo había hecho casi desde el primer momento en que lo había visto: que él era simplemente uno de los hombres más hermosos que existían. Los rizos negros tocaban el borde de su rostro, como si llamaran la atención sobre la curva de su boca, la línea de su mejilla, y esos ojos. Siempre parecían azules, pero eran muy oscuros. Azul medianoche con su doble hilera de pestañas negras como oscuro encaje, enmarcando el azul más profundo que jamás había visto en los ojos de nadie. Eran de un azul tan profundo como el agua del océano, donde el frío corre y finalmente se derrama hacia abajo en algo cálido y misterioso, donde las criaturas de la luz nunca han sido vistas vivir y prosperar. Esos ojos preciosos me miraban, y había amor en ellos, pero en el segundo en el que me vio en la puerta, caminando hacia él, apareció la lujuria, el deseo, y el calor que trajo un rubor a mi cara y que fue respondido con mi propio calor en mis ojos. Seis años después de la primera vez que habíamos empezado a salir y todavía estaba un poco sorprendida de que él, el más hermoso de todos los hombres, todavía me quisiera tanto. Todos hablaban de quemarse el uno por el otro, y nosotros lo hacíamos, todavía. Nunca parecía superar la sorpresa de darme la vuelta y verlo allí. Uno pensaría que me acostumbraría a ver a un hombre tan bello y saber que era mío, pero nunca lo hacía, como si su belleza y el hecho de que fuera mío, y yo de él, siempre me sorprendiera.

Caminé hacia él como si tuviera un propósito, porque lo tenía. Sonreí, y gracias al espejo que estaba detrás de él pude ver que era una sonrisa de confianza, posesiva. La expresión de mi cara se hizo eco en la suya con su pura lujuria; deseo, deseo, yo lo quería y él me quería, todavía. Me parecía increíble, también, como si hubiera pensado siempre que nos aburriríamos el uno del otro, o que él se aburría de mí. Si era honesta conmigo misma,

eso era todo. ¿Cómo podía una pequeña pueblerina de clase media mantener el interés de este hombre, este vampiro de siglos de antigüedad, que había seducido toda Europa y por lo menos la mitad de los Estados Unidos? Y, sin embargo, lo tenía.

Oí su voz en mi mente, como un soplo.

—¿Cómo puedes dudar de tu belleza todavía? —Le miré en la bañera, y fruncí el ceño. Tuve que levantar mi voz sobre el agua que aún se vertía.

—No deberías ser capaz de leer mi mente sin mis escudos bajados, o al menos saber que estás en mi cabeza.

—No leí tu mente, *ma petite*. Leí tu cara, tu lenguaje corporal. Vi que la sombra de la duda cruzaba sobre ti.

Dejé de avanzar y le miré, una mano fue a mi cadera por costumbre. Había encontrado cuando estaba desnuda que aún tenía que hacer algo con mis manos. La pistola la cargaba solo una de ellas.

Él rió, y fue ese sonido tangible, que refrena tu mano y que se funde en tu piel que me hizo temblar.

—Tan tramposo —dije.

—Solo sería trampa si lo usara para seducirte. Quieres estar aquí conmigo. No tengo que hacer uso de trucos.

Eso era difícil de discutir, aunque una parte de mí quería salir por costumbre. Finalmente lo dejé ir, sacudí mi cabeza, y sonreí.

—Bien, sí, no tienes que seducirme ya, estoy lo tan seducida como puedo conseguir.

—Esa expresión cínica, incluso ahora, es muy tuya, *ma petite*.

Levanté la mirada a los espejos y vi esa mirada cínica devolviéndome la mirada. Eso me hizo sonreír, la mano en la cadera, la pistola en la mano, desnuda. Parecía como la proverbial chica dura de alguna película mala. Eso me hizo reír, y tuve un repentino destello de Jean-Claude. La emoción era alegría. Él adoraba que yo estuviera allí de pie desnuda y riendo. Le eché un vistazo recordando que estaba allí de pie desnuda. Le eché un vistazo recordando cómo había sido cuando nos conocimos. Cuan incómoda la desnudez, con él, con el sexo, con… mucho. Eso me hizo ir al borde de la bañera, así podía mirarle en el agua, y eso siempre me sorprendía, también. Había tenido a mucha gente diciéndome que no era cuando crecía, que no era alta, nórdica, rubia, y ojos azules haciéndome como algo pequeño, la mancha oscura en el árbol familiar.

Él se movió a través del agua, levantando sus manos hacia mí. Me senté

en el borde del oscuro mármol. El agua estaba caliente —no demasiado caliente, sólo lo justo— pero entonces Jean-Claude sabía a qué temperatura me gustaba el agua. La bañera era uno de nuestros lugares favoritos para los juegos preliminares, aunque el sexo actual era fuera, o en la cama. Tomé su mano y le dejé guiarme a través del agua. Mantuve la pistola fuera del agua. La puse sobre las toallas en el lado más cercano donde a él le gustaba sentarse, como yo normalmente hacía.

Me tiró contra su cuerpo. Tener a este hombre alucinantemente adorable diciéndome que era maravillosa, y quería decirlo, era como algún tipo de milagro, o equilibrio kármico para toda la gente que me había hecho sentir menos que maravillosa, como si hubiera hecho mi tiempo metido en el feo infierno y despertara dándome cuenta que realmente era ese cisne elegante después de todo.

El agua estaba tan profunda que estaba medio flotando cuando puse mis manos en sus hombros para estabilizarme e inclinarme por un beso. Sus manos estaban flojas en mi espalda, pero solo nos tocábamos mutuamente con nuestras manos en ese primer beso. Fue una cosa de labios gentil, con el vapor del agua tocando sus labios con humedad, así que fue casi como beber al tocar sus labios.

Colocó sus brazos a mí alrededor, abrazándome, pero el movimiento me tiró hacia él, así que la parte superior de nuestros cuerpos se acariciaron mutuamente, mis pechos se frotaron en su pecho en un movimiento tembloroso y feliz. Era natural que mis brazos rodearan sus hombros, todo ese largo y oscuro pelo rozando mi piel cuando me empujé más cerca de él.

Nos besamos otra vez, pero esta vez había más movimiento, nuestras bocas se encontraron una a la otra en esa dulzura largamente practicada. Yo había dominado el arte del beso francés en vampiros hacía años, y lo demostraba ahora, cuando nuestras manos se pusieron más impacientes, presionándonos juntos con los remolinos del agua entre nosotros cuando envolví mis piernas alrededor de su cintura. Nuestra diferencia de altura significaba que aunque mis partes íntimas estuvieran presionadas contra él, las suyas seguían pulgadas abajo de las mías, por lo que era íntimo, pero no tan íntimo como debería.

Oímos un ruido al otro lado de la puerta cerrada. Alcancé mi arma, el otro brazo y las piernas todavía envueltas alrededor de Jean-Claude. Él giró en el agua de modo que tuviera el arma apuntando a la puerta cuando esta se abrió.

Asher vaciló en la entrada, su sombrero de copa de seda azul en una mano y la otra mano sobre el pomo de la puerta, congelado inmóvil como sólo un vampiro puede hacer, como si ahí sólo estuviera parado, sin respiración, sin pulso o ritmo de vida, como una estatua atravesando la puerta. Sólo su pelo dorado hasta los hombros se movía ligeramente en el aire del sistema de ventilación. El pelo ocultaba la mayor parte de su cara, dando sólo un atisbo de claros, ojos azules de hielo y el más hermoso de los perfiles, la boca besable.

—Llamar a la puerta estaría bien —dije, la voz baja y cuidadosa cuando levanté la Browning hacia el techo y Jean-Claude giró en el agua de modo que pudiera poner el arma de vuelta en las toallas.

Asher parpadeó, y de repente se movió, y fue como si la magia hubiera soplado vida en alguna estatua hermosa. Se aproximó en sus ajustados pantalones azules de satén metidos en botas hasta la rodilla. El frac era azul, también, y todo eso hacía sus pálidos ojos azules más azules todavía, como cielos de principio de primavera en lugar del azul de invierno. Sus ojos eran de un azul tan pálido como los de Jean-Claude eran oscuros.

Asher dejó la puerta abierta detrás suyo y, el sombrero literalmente en la mano, dijo:

—Mis más sinceras disculpas, Anita, debería haber llamado, porque siempre estás armada. —Entonces sonrió, y fue esa sonrisa particular suya la que decía que parte de él había disfrutado al irrumpir por la puerta para ver qué pasaría. Empujaba su suerte, haciéndolo nuestro Asher. Tenía algunos recuerdos de Jean-Claude, así que sabía que Asher había empujado su suerte así durante cientos de años. Él simplemente no era capaz de evitarlo.

—Si sólo estuvieras realmente arrepentido —dije, y abracé más cerca a Jean-Claude.

Entonces sonrió, lo suficientemente amplio como para que fuera casi una sonrisa, raro en él. Me hizo sonreír, y sentí cierta tensión liberarse de Jean-Claude, como si hubiera sostenido su propio aliento, aunque en realidad no respiraba en ese momento. Ahora que lo había notado, tuve que poner mi mano sobre su pecho para ver si podía sentir el latido de su corazón, a veces lo hacía, a veces no.

Él presionó mi palma en su pecho y sentí el lento, el fuerte ritmo de su corazón.

—Late por vosotros dos, ambos —dijo, sonriendo. La última vez que

había sido capaz de decir lo mismo de Asher y otra mujer había sido hacía más de doscientos años atrás con su amada Julianna. Había sido la Sierva humana de Asher, donde yo lo era de Jean-Claude, pero ella había amado a ambos, y habían sido un trío feliz durante más de veinte años.

Ella había sido ejecutada por la Iglesia como una bruja, porque se juntaba con vampiros. Jean-Claude había llegado a tiempo para salvar la vida de Asher, pero demasiado tarde para salvar a la mujer que amaban.

Ahora, estaban juntos otra vez conmigo, y era lo más feliz que había visto a cualquiera de ellos desde su muerte, porque una vez más tuve recuerdos de los tres juntos. Me acordé de verla sentada junto al fuego, tejiendo, aquella risa tranquila, feliz en su cara, y me acordé de amarla, y al final de ese pensamiento estaba el dolor de perderla.

—Sé que sabías que vendría a unirme a vosotros en el baño, o en la cama, después de trabajar, Anita, así que realmente no te sorprendas. —Él puso su sombrero frente al lavabo y empezó a desatarse la corbata de seda azul, soltando el botón de la camisa blanca de su esmoquin, y nos sonrió en la bañera.

—No estaba segura de lo pronto que ibas a venir, eso es todo.

—Oh, me voy a venir, pero no demasiado pronto. —Se desabrochó los puños de su camisa.

Me costó un momento darme cuenta del doble sentido, y cuando lo hice me ruboricé, lo que me hizo esconder la cara contra el cuello de Jean-Claude, no por vergüenza, sino porque odiaba que todavía me sonrojara tan fácilmente.

Jean-Claude puso un tierno beso en mi cara.

—Adoro que todavía te ruborices, *ma petite*.

—Yo no —murmuré junto a la suavidad de su cuello.

Asher se echó a reír, y tenía parte de esa energía sexual palpable, que Jean-Claude podía tener, como si sólo el sonido de su risa pudiera extenderse a lo largo de tu piel.

—Ambos preferimos a nuestras mujeres un poco inocentes.

Me di la vuelta, fulminándolo con la mirada, pero en ese momento tenía la camisa abierta ondeando y estaba deshaciéndose de sus pantalones, el fulgor no duró mucho. Logré decir, con voz insegura.

—Yo no soy inocente.

—Ya no es así —dijo, y se deshizo de sus pantalones, bajándolos por sus largas piernas, quedándose con un tanga blanco de seda y la camisa

abierta del esmoquin que colgaba hasta sus caderas. Parecía incluso más alto que sus seis pies mientras estaba allí; sus piernas eran eternas antes de perderse en los faldones de la camisa.

Sólo contemplándolo, sin palabras, me sentí estúpida, golpeada por su visión. Jean-Claude estaba muy quieto, mientras me abrazaba, como si estuviera teniendo la misma incapacidad de pensar que yo. Esa sonrisa se curvó en sus labios, la que yo sólo podría describir como malvada. Nos sonrió con una brillante, ansiosa, bella, y malévola sonrisa, puso los pulgares en la parte delantera de su tanga, y empezó a deslizarlo por su cuerpo, observándonos mientras lo hacía. Se puso en pie, con el en la mano, todavía llevaba puesta la camisa desabrochada, así que enmarcaba su ingle, la tela sólo un poco más blanca que su piel. Estaba fláccido, no estaba listo entre sus piernas.

Jean-Claude tuvo que aclararse la voz para decir:

—Aún no te has alimentado.

—Sabía que Anita me esperaba, ¿por qué iba a querer alimentarme de nadie más?

Desde que uno de los dones de vampiro de Asher era la habilidad para hacer que su mordida fuera Orgásmica, realmente no podía discutir su razonamiento.

—Funciona para mí —susurré.

—Bien —dijo Asher, y dejó caer el tanga al suelo. Utilizó esas largas piernas y simplemente dando un paso entró en la bañera, dejando que el agua llegara hasta su cintura, empapando la parte inferior de su camisa blanca. Mientras se movía más en el agua, la tela se aferraba a su cuerpo y se volvió opaca, de manera que no le escondían mucho pero marcaba su cuerpo como una maravillosa ropa interior improvisada.

Cayó de rodillas y luego de repente sumergió completamente el cuerpo, así que cuando se incorporó y se echó hacía atrás, la camisa se aferraba a cada una de las curvas y músculos de su cuerpo. Ponía de manifiesto su masa muscular, su esbelta cadera y cintura, los anchos hombros, la diferencia de textura de la piel de un lado de su pecho y estómago al otro, porque la Iglesia que había matado a su Julianna, también había usado agua bendita para sacar al demonio de Asher.

El agua bendita era como ácido en la carne de los vampiros, y las cicatrices eran más duras bajo la tela mojada, pero me encantaba que estuviera dispuesto a hacer alarde de su cuerpo, de todo su cuerpo. Todavía

estaba usando su pelo para esconder el lado derecho de su cara, donde lo habían marcado hacía mucho tiempo. Era un maestro en usar su pelo, para hacer sombras y esconder sus cicatrices, luciendo sólo su mitad sin cicatrices. Rastreó con sus manos a lo largo de la tela mojada, y mi mirada siguió sus manos como si fuera mi destino hacerlo, hipnotizada de cómo se acariciaba la parte delantera de su cuerpo.

Sus manos se deslizaron hacia abajo, hacia la ingle, que estaba justo al nivel del agua, de modo que cuando acunó las manos para jugar consigo mismo, la vista era la mitad en el agua y la otra mitad fuera. Sabía lo que quería hacer a continuación.

Se echó a reír, rico, arrogante, tan felizmente lleno de sí mismo, y no necesitó ningún poder de vampiro para que me hiciera temblar feliz. Jean-Claude se movió en el agua mientras me abrazaba. Me hizo mirar su cara, para encontrar una mirada que reflejaba la mía; los dos estábamos apreciando el espectáculo.

—Me encanta que los dos me miréis así. Que me queráis tanto.

—¿A quién no le gustaría? —pregunté.

Me sonrió entonces, pero no era más que la lujuria en él mismo, o incluso de estar satisfecho de sí mismo, sino que tenía algo más tierno que eso.

—Gracias, *ma Chou*. Eso realmente crees que significa aún más. Confía en mí, hay quienes me ven como en mal estado.

—Son tontos —dije, mirando cuando se alzó sobre nosotros, el aspecto de un anuncio para una revista erótica de clase alta.

Se rió de nuevo, y esta vez lo hizo para mantener su poder, para que el sonido bailara en mi cuerpo, me hiciera temblar en los brazos de Jean-Claude. Pero dado que mis piernas estaban envueltas todavía alrededor de su cintura, hizo que ciertas partes de mí rozaran con la solidez de su cuerpo. Me dieron ganas de frotarme contra él, pero había otras maneras mucho mejores de hacerlo. Las posibilidades tanto con Asher y Jean-Claude en la bañera conmigo eran casi infinitas.

La anticipación comenzó a hacer mucho del trabajo de preparación para mí. Sólo de pensar en lo que había hecho con ellos en el pasado, conociendo sus habilidades aceleró mi pulso un poco.

Asher se arrodilló en el agua de modo que le llegaba justo por debajo de los pezones, lo que mostraba círculos ligeramente más oscuros detrás de la camisa mojada. Desenrollé mis piernas de Jean-Claude y nos movimos

hacia Asher. Nos separamos y llegamos por los dos lados, como si quisiéramos desbordarle. El agua que sólo alcanzaba la parte superior de su pecho estaba a la altura de mi barbilla sobre mis rodillas, de modo que medio nadé hacia él.

—¿Quién está superando a quien esta noche? —Preguntó Asher con una voz que ya había descendido ligeramente. Me miró, medio perdido en el agua, luego de vuelta a Jean-Claude, con el torso desnudo y tan cerca.

—Creí que íbamos a superar a *ma petite* juntos —dijo Jean-Claude.

Los dos me miraron. Fue una mirada depredadora. Me puse de pie en el agua, más alta que unos cuantos centímetros con ellos sobre sus rodillas. Lo había hecho, porque estar sumergida hasta el cuello en el agua no parecía muy dominante, pero sí de pie, desnuda, mis pechos al aire, y a su mirada. Estaba atrapada entre querer cubrirme y adorar la manera en la que me miraban. En conflicto, ¿quién, yo?

Dije que lo único que se me ocurrió decir.

—Sí.



DOS

Lamí el agua de los dos, tomando turnos para dirigir mi boca a su pecho y estómago, y finalmente terminé con Asher sentado en el borde de la bañera, donde el mármol se extendía en la plataforma de espejo. Me arrodillé en el agua caliente, con sus largas piernas a cada lado de mí, mientras iba sobre él. Todavía no había tomado mi sangre, así que estaba muy débil y pequeño cuando lo chupé y puse mi boca sobre él. Me encantaba la sensación de un hombre antes de que se hiciera grande, y con la mayoría de los hombres un poco de sexo oral y eran cualquier cosa menos pequeños casi de inmediato. Pero hasta que un vampiro tomaba sangre no había suficiente presión arterial como para hacer ese cambio maravilloso de textura y tamaño, por lo que podría aspirar el contenido de mi corazón, sin que se convierta en un desafío para la respiración alrededor de algo demasiado grande para pasar por mi garganta lo bastante lejos. Me encantaba garganta profunda, pero a mi cuerpo no siempre le gustaba no ser capaz de respirar. Era capaz de

presionar mi boca por completo sobre él hasta que mis labios besaron su cuerpo con todo él dentro de mi boca. Era una sensación increíble.

Giré los ojos hacia arriba y observé el rostro de Asher mientras me miraba, los ojos abiertos de par en par, jadeante, pero no construyendo su liberación. Hasta que no tomara mi sangre, no habría ninguna liberación para él.

Jean-Claude había elegido mirar. Había dicho:

—Quiero ver su cara mientras le das placer, sabiendo que no se liberará hasta que no tome tu sangre.

Así que eso me funcionaba totalmente.

Sentí que el agua se movía a mí alrededor, chapoteando y acariciando mi cuerpo, y supe antes de que las manos me tocaran, que Jean-Claude se había cansado de observar y estaba a punto de unirse a nosotros. Eso me funcionaba totalmente, también.

Se puso de rodillas en el agua, y sentí lo suficiente de su cuerpo para saber que estaba descendiendo en el agua como esperaba. Me moví hacia atrás lo suficiente del cuerpo de Asher para empezar a mirar hacia él, pero él me tocó la cara y me dijo:

—No te dije que miraras o pararas.

Normalmente podría haber aceptado el «decir», pero él estaba parado, lo que significaba que estaba al cargo, y en el dormitorio me dejaba el poder a veces. A veces era una de las cosas más relajantes del mundo no ser la responsable de un cargo.

Volví a Asher, con una mano jugando sobre la soltura delicada de sus testículos, y con la boca bajando sobre el resto de él.

Las manos de Jean-Claude acariciaban mi culo, suavizando entre mis muslos, abriendo mis piernas más ampliamente. Entonces sus dedos encontraron mi apertura y, con la práctica de años, deslizó un dedo dentro de mí. Me hizo jadear y detenerme, congelada con Asher enterrado tan profundamente como podía en la boca.

—El agua siempre te hace muy apretada, pero no te dije que parases. Quiero que grites tu placer con él en la boca —dijo Jean-Claude.

Asher dijo:

—Dame sangre primero y cuando la traigas ambos nos iremos.

—No —dijo Jean-Claude—. Quiero ver tu cara mientras sus gritos vibran alrededor de tu cuerpo, pero no puedes tener la liberación de toda esa sensación.

Giré los ojos hacia arriba para ver la cara de Asher. Parecía casi dolorido. Giré mi boca sobre él hasta que la punta se deslizó de entre mis labios, y le di un beso antes de tragarlo de nuevo. Miró hacia abajo con los ojos muy abiertos, casi con pánico, luego a Jean-Claude.

—Pensaba que estábamos aderezando a Anita, no a mí.

—He cambiado de opinión —dijo Jean-Claude, y puso a trabajar su dedo dentro y fuera de mí hasta que hice pequeños ruidos indefensos alrededor del cuerpo de Asher, como si fuera un chiste viviente.

—*Mon Dieu*. —Exhaló Asher casi en un suspiro.

—Si te quejas, no te permitiré tener la liberación, —amenazó Jean-Claude, y su voz tenía el borde de oscuridad que los raros momentos de sadismo levantaban.

Vi la mirada de sorpresa en el rostro de Asher mientras lo miraba, como si él no pudiera creer lo que significaba para Jean-Claude, pero todo lo que veía en la otra cara del vampiro le convenció, porque, dijo:

—No me quejo.

—Bueno —dijo, y luego hizo que sus dedos entraran y salieran de mí más y más rápido, como si me estuviera follando con ellos. La combinación de Asher en la boca y los dedos de Jean-Claude entre mis piernas me hizo gritar con mi boca pegada tan apretada contra la parte frontal del cuerpo de Asher que solo pude gemir.

Él gritó por encima de mí, y sabía que no estaba teniendo un orgasmo conmigo, porque no podía, pero las vibraciones de mis gritos inclinaron su cuello, haciendo que sus manos se aferraran a las toallas en las que estaba sentado.

—Por favor, Jean-Claude, por favor —rogó.

—No. —Jean-Claude levantó mis caderas más arriba en el agua, hasta que me sostuve de pie. Comencé a levantar la cara hacia arriba, pero la mano de Jean-Claude presionó la parte posterior de mi cabeza, me mantuvo donde estaba—. Sostenla en su lugar, tu cuerpo es mordaza mientras la follo. Si se mueve de tu cuerpo te negaré lo demás esta noche. —Jean-Claude retiró la mano, y la mano de Asher de repente estaba allí, presionando la cabeza hacia su ingle. En realidad él era suave, por lo que podía respirar y permanecer cómodamente donde estaba, pero no podía evitar el intentar levantarme. Asher me dejó sentir la fuerza en su mano mientras simplemente me mantenía hay alrededor de su cuerpo. La fuerza me hizo comenzar a luchar, porque no podía evitarlo. A continuación, Jean-

Claude se colocó junto a mi cuerpo y pude sentir la punta de su pene y oh tan listo cuando él mismo se empujó dentro de mí.

Empecé a gritar casi tan pronto como empezó a entrar en mí, no por un orgasmo con exactitud, sino de placer. Y me encantó la sensación de Asher en mi boca mientras me sujetaba cuando Jean-Claude se abrió paso dentro de mí. La combinación me hizo luchar para liberarme, sabiendo que no podía, sabiendo que en realidad no quería, pero a veces la lucha es parte del juego.

Jean-Claude encontró su ritmo, largos y profundo golpes acariciando una y otra más dentro de mí, mientras que Asher me mantenía en mi lugar y su cuerpo me llenaba la boca.

El orgasmo me tomó por sorpresa, estaba disfrutando un momento, y al siguiente Jean-Claude me llevó gritando, rastrillando las uñas en los muslos de Asher cuando me mantuvo en el lugar mientras mi cuerpo se resistía lo suficiente para salpicar agua sobre todos nosotros.

Jean-Claude gritó, y sentí su cuerpo hacer un último fuerte empuje, y su sensación dentro de mí me trajo de nuevo. Asher estaba maldiciendo suavemente en francés, su cuerpo la única mordaza amortiguaba mis gritos. Clavé mis uñas en sus muslos y olí el cobre dulce de la sangre fresca. Le hice sangrar.

Mis ojos se pusieron en blanco, y sólo el brazo de Jean-Claude a mí alrededor por la cintura y Asher en la parte posterior de mi cabeza me impidieron hundirme abajo el agua.

—Ahora suéltala —dijo Jean-Claude en un hilo de voz que mostraba el esfuerzo que acababa de poner.

Asher me dejó ir, y me levanté, por lo que la mitad del cuerpo de Jean-Claude seguía junto a mí, con el brazo sosteniéndome en posición vertical. Envolvió su mano libre en mi pelo y me tiró hacia atrás en un movimiento brusco que me dejó sin aliento y no hizo nada para ayudarme a recuperar el control de mis piernas.

Usó el pelo como un mango para estirar el cuello hacia un lado.

Asher se empujó en el agua, hasta situarse en frente de nosotros, pero Jean-Claude no esperó. Me hundió sus colmillos en el cuello, y me fui chillando mi placer haciéndose eco alrededor de los espejos. Vi mi cara, creí que era de dolor, pero no lo era. Había tenido relaciones sexuales suficientes como para que la mordedura se tradujera directamente en el orgasmo, y bailaba en los brazos de Jean-Claude, retorciéndome y

contorsionándome, mientras se alimentaba de mí. Cuando me había reducido a ojos revoloteando fláccidos, utilizó el pelo para girar la cabeza y exponer al otro lado de mi cuello.

—Aliméntate.

Asher no necesitó una segunda orden. Se presionó a mi otro costado, con sus brazos alrededor nuestro, apretándose contra mí, lo más fuerte que pudo, por lo que ambos estaban sosteniéndome. Sentí su mano en mi cara y luego sus labios en mi cuello. Me besó, suavemente, y luego hundió sus colmillos en mí, y su mordedura hizo lo que ningún otro vampiro podía hacer: lo tradujo directamente en placer. Un minuto estaba muy débil, temblando por los orgasmos que Jean-Claude me había dado, y al siguiente estaba de vuelta gritando mi placer en el cuarto de cristal y mármol, para que mis propios gritos resonaran de nuevo hacia mí, como si cada imagen mía en todos los espejos estuviera gritando cuando me veía retorcer, las uñas hincándose en la parte superior de los brazos de Asher. Su cuerpo se puso grueso y duro entre nosotros, así que cuando se retiró de la mordedura, sabía que estaba temblando, listo.

—Ahora, cambiemos de lugar —dijo Jean-Claude. Medio me llevó, medio me tiré a través del agua hasta que se sentó en donde Asher había comenzado, y permitió que colapsara de rodillas en el agua. Asher me cogió por la cintura, y su cuerpo estaba duro y listo. Jean-Claude tuvo tiempo de deslizar mi boca sobre él, pero no era pequeño; ya estaba más grande cuando mi boca se deslizó sobre él, con su mano envuelta todavía fuerte y rápida en mi pelo, hasta que casi me dolió, era casi demasiado. Se había aclarado en el agua, pero pude probarme a mí misma en él, y ligeramente a él. A continuación, Asher se deslizó lo más profundo y repentino y duro que pudo dentro de mí. Me robó el aliento antes de que el cuerpo de Jean-Claude pudiera.

Asher estaba impaciente, porque empezó a follarme tan rápido como podía, encontró un ritmo duro, rápido, de manera que nuestros cuerpos golpeaban juntos con un sonido denso, carnoso. El agua salpicaba a nuestro alrededor, empapándome y casi a ellos.

Jean-Claude había hecho demasiado trabajo de preparación y llegué al orgasmo casi inmediatamente, gritando mi placer alrededor del cuerpo de Jean-Claude y él se empujó a sí mismo tan lejos en mi garganta como pudo. Y luego no hubo más gritos, porque no había más aire con el qué gritar. Él sostuvo mi cabeza abajo, su cuerpo estaba enterrado tan profundo como era

posible. Olas de placer se seguían derramando sobre y a través de mí cuando Asher me golpeó, pero ahora mi cuerpo también estaba tratando de respirar y no podía, por lo que la lucha ya no era completamente un juego. Sabía que me soltaría, sabía que no me lastimaría, pero mi cuerpo no lo hacía. Sólo sabía que necesitaba respirar, y no podía.

—Estoy cerca —dijo Asher, con voz ronca y profunda.

—Juntos —dijo Jean-Claude—. Pero haz una pausa. —Asher se enterró tan dentro de mí como pudo, pero dejó de moverse. Jean-Claude me dejó subir lo suficiente como para respirar, y preguntó—: ¿Estás bien con nuestro juego, *ma petite*?

Tomé dos respiraciones jadeantes, y dije:

—Sí, realmente sí.

Él me sonrió, y luego me obligó a bajar la cabeza a su grueso y largo miembro, hasta que lo enterró en el fondo de mi garganta y tuve que bajar y tragármelo porque él no me dio otra opción.

—Ahora —dijo, y Asher se retiró casi afuera de mi cuerpo, luego dentro y fuera, dentro y fuera, una y otra vez. Sentí el calor construyéndose dentro de mí, mientras luchaba por llegar a la superficie y decirles algo. Jean-Claude me levantó lo suficiente para que pudiera respirar, y luego me empujó hacia abajo antes de que pudiera decir nada. Y cuando su cuerpo golpeó en ese momento en mi garganta, tuve dificultad para ir más profundo, pero él me empujó más hasta que mis labios se apretaron contra la parte delantera de su cuerpo. Y luego, Asher se sumergió dentro de mí en el último momento, y tuve un orgasmo otra vez, pero no hubo gritos en esta ocasión, sólo estaba allí la sensación de Jean-Claude y Asher más allá de mi cuerpo, como solo ellos dos lo podrían conseguir. Y luego se fueron juntos, tal como Jean-Claude había dicho. Me tragué el líquido caliente que de pronto se derramó en mi garganta porque ahora no tenía otra opción.

Jean-Claude me desprendió lentamente de su cuerpo como si disfrutara de cada pulgada. Asher se derrumbó sobre mí, con un brazo alrededor de mi cintura y con el otro en el borde de la bañera como si esa fuera la única forma en que se mantenía en posición vertical.

Jean-Claude se inclinó y se dieron un largo beso con ternura, luego Jean-Claude me beso a mí profunda y tiernamente. Asher también me besó, lamiendo con su lengua mis labios, pero sabía que estaba probando en ellos el sabor salado de Jean-Claude.

—Gracias, *ma petite*.

Cuando pude hablar, me las arreglé para murmurar:
—El placer es mío. —Y lo había sido.
Lo había sido.

FIN